



THRILLER Y SUSPENSO ROMÁNTICO

CUANDO EL AMOR ES UNA DEBILIDAD QUE
PUEDE SER EXPLOTADA

**LA AGENTE
CARTER Y
EL DIRECTOR
WILSON**

PAOLA NOGUERA FRANCO



THRILLER Y SUSPENSO ROMÁNTICO

CUANDO EL AMOR ES UNA DEBILIDAD QUE
PUEDE SER EXPLOTADA

**LA AGENTE
CARTER Y
EL DIRECTOR
WILSON**

PAOLA NOGUERA FRANCO

LA AGENTE CARTER

Y EL DIRECTOR WILSON

Cuando el Amor es una

Debilidad que puede ser explotada

Autora: *Paola Noguera Franco*

Edición y Corrección: *Caro Blanca*

Portada: *Rogue*

Contacto Twitter: *paolanoguera3*

Facebook: *Las novelas de Paola Noguera Franco*

Copyright © 2018 Paola Noguera Franco

Todos los derechos reservados a nombre de la autora de
la obra

Todos los nombres y situaciones utilizadas o nombradas
dentro de la obra son meramente ficticias y con sencillo
efecto de entretenimiento.

Dedicatoria y Agradecimientos.

A Caro Blanca, por haberme ayudado y

darme tanta luz para esta libro

A las chicas que me acompañan en todo

este camino:

Imelda Gerónimo, Khriss Salas, Paula Andrea Delgado,

Nanda Carmesí, Yohana Téllez, Roxy Gonzalez, Yennely

Perez y las hermosuras de la Caja de los Libros.

Bárbara Rosado Cruz, Claudia Herrera Ulloa, Luz

Lozano, Mey Gonzalez, Silvia Fernández.

Lucy Montiel, Isa Sánchez.

A quienes agradezco el haberme apoyado en este camino de aprendizaje.

Xoli Perez, a quien nunca he visto, pero sí sus comentarios en las redes. Es la única forma que tengo de agradecerte que nunca me abandonas y que te tengo en cuenta.

Fanny Musa y su increíble equipo de Apolo entre libros.

Y a todos los lectores, sin excepción, gracias por confiar en mi trabajo y por haber descargado este Ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo final](#)

[Sobre la Autora](#)

Capítulo 1

Tenía quince años cuando se encontró con él por primera vez.

Era muy joven aún para entender las consecuencias de su primer encuentro con Luke Wilson, pero lo suficientemente sensible para quedar impresionada por aquel sujeto imponente.

Hasta ese entonces, Jin Carter, una huérfana de padres desde hace dos años y bajo la tutela de su hermano mayor Ethan, no tenía mucho conocimiento del mundo y era especialmente perceptiva por haber perdido a sus padres en un accidente, en una etapa delicada de su adolescencia. A pesar de las

circunstancias de la vida, el carácter de Jude Carter, a quien el apodo de Jin era uno que su padre le había dado, no podía definirse como débil, sino que bastante

sagaz y mordaz. Típico de una hija de dos ex agentes de campo del Pentágono,

muertos en un accidente provocado en Rusia.

Un horrible gaje del oficio, que dejó sin familia a Jin, pero con el legado de que habían criado a sus hijos, con cierta fuerza para vivir en un mundo que podía ser cruel. A Jin y su hermano nunca le ocultaron las verdaderas circunstancias en los que murieron sus padres.

Nunca fue un misterio para nadie. No había necesidad de buscar vendettas, porque el matrimonio murió en una misión.

Ethan Carter era diez años mayor y había seguido en su momento la premisa y vocación familiar, reclutándose apenas terminó la escuela. Quería ser

agente y habilidades no le faltaban. En la actualidad ocupaba un cargo bastante

interesante dentro de la Agencia de Seguridad Nacional, que le permitía explotar

sus habilidades de inteligencia lógica y sus capacidades innatas para el combate, fortalecidas con entrenamiento y preparación.

Era riesgoso el trabajo que desempeñaba, de alta peligrosidad y cargando además con el deber de tutelar a su hermana pequeña, quien insistía en seguir sus pasos.

Por ello, es que el primer encuentro entre Jin Carter y Luke Wilson significó tanto para ella y de algún modo fue fundamental, porque implicó tanto conocerlo

a él, así como su pase y entrada a un mundo, al que ella deseaba entrar con desesperación. Un primer encuentro, marcado a fuego para la muchacha, apenas

una adolescente, fácilmente impresionable por un hombre con Luke Wilson.

Muchos podrían llamarlo complejo de Edipo por la diferencia de edad de algo más de quince años.

El porte alto, seguro, sardónico del director de la Agencia, con una ligera sonrisa de autosuficiencia adornando sus labios y una expresión propia de un hombre experimentado, fueron suficientes para deslumbrar a la muchacha, que desde aquella vez quedó prendada de ese sujeto portentoso y autoritario.

No era un hombre guapo como algún muñequito estirado, pero sí de

imponente y atractiva presencia, de rasgos exóticos asiáticos por sus ojos estirados y la piel bronceada, herencia de su madre japonesa y su padre americano. Pero eso sí, nacido en los Estados Unidos.

Jin había ido hasta la oficina principal de la Agencia, a buscar a su hermano,

con quien había tenido un gran disgusto, porque Ethan no deseaba que ella entrase a la Agencia y justamente para desafiarlo había ido por él, como una demostración de rebeldía y falta de miedo. Ethan se negaba completamente a la

descabellada idea de su hermana. Era demasiado joven, ni siquiera había acabado la preparatoria y el hombre había tenido que usar todo el poder de su tutelaje para detener a su laboriosa hermana. Obvio que no contaba con la resolución de ella, que era más fuerte que cualquier prohibición.

Porque la muchacha engañó y distrajo a la seguridad de la entrada, y

penetró el recinto a buscar a su hermano. Y fue cuando quiso entrar de sigilo en

las Oficinas de la Agencia, es que la atraparon Y había sido él, el mismísimo director quien la había sorprendido infraganti, cuando Jin, quiso escabullirse por una de las rendijas.

“¿Pero qué rayos hace una niñata como esa por aquí?”, pensó Wilson al toparse con la adolescente. El director reconocía a la jovencita como la persona

que aparecía en los archivos del agente Ethan Carter, como una familiar de sangre. Wilson se la quedó mirando como quien encuentra una rata inoportuna,

pero Jin se había quedado congelada observando al sujeto, al verse atrapada de

sorpresa. Y desde aquella vez ya nada volvió a ser lo mismo para ella.

Wilson, ante aquella imprudencia y atrevimiento, se llevó a la pequeña

bribona a una de las celdas que había en el sitio, encerrándola, hasta que su hermano Ethan volviera de una misión, y pudiera entregársela. Pero tampoco pensaba avisarle antes. La agencia no era lugar para cuidar niños. Wilson la dejó ahí, y más tarde volvió a su oficina, pero cuando estaba entrando, pudo percibir

que alguien se escondía entre las sombras de uno de los escritorios. “*Esto es el colmo*”, pensó al notar que era nada menos que la misma muchachita, quedando sorprendido ante la sagacidad de ésta.

¿Cómo era posible que alguien así pudiese salirse de una celda provisoria?

El sitio no era seguro, lo admitía, pero a cualquier persona sin

entrenamiento o aún altas aptitudes de supervivencia, le sería imposible el escape. Luke sonrió. La chiquilla no era ninguna inútil, y a Wilson le agradaban

que lo sorprendan, ya que difícilmente algo era capaz de llamarle la atención. La chiquilla era ágil e inteligente, y pudo salirse de la celda sin muchos problemas.

Digna hermana de Ethan Carter e hija de otros agentes que habían servido fielmente en su momento

Porque a Wilson jamás se le escapaba esos datos. Conocía al dedillo a todos

los agentes a su servicio, así como también tenía ojo para notar que las

habilidades innatas de la joven merecían ser pulidas en algún momento. Le había

resultado muy interesante el que una muchacha delgada y de aspecto enclenque

hubiese sido capaz de engañar a la seguridad de la entrada, así como luego escaparse de la especie de celda en donde la había metido.

Wilson, quien la había zarandeado para quitarla de su escondite, la soltó.

—Bueno. Ahora me dirás que es lo que te traes. Acabas de cometer otro delito federal saliéndote de la celda. ¿Acaso quieres que encierre a tu hermano también? —increpó el hombre, con el afán de provocarla.

No tenía intención de hacer eso, pero le gustaba tantear a la jovencita que lo miraba con ojos asustados ante esa insinuación.

“*Se nota que su hermano es su gran debilidad*”, pensó Wilson, un experto en el estudio de las personas.

Jin tragó saliva. Los penetrantes ojos del hombre que la interrogaba

parecían ser capaces de estudiar su alma. Aparte tenía ese *no-sé-qué* que le había producido a Jin una tremenda sensación de seguridad. Sentía que podía confiar

en ese hombre, aunque sus actitudes y pose la asustaban. Qué sensaciones más

contradictorias.

—He venido aquí, porque voy a ser agente —terminó confesando.

Wilson bufó, para evitar echarse a reír, al tiempo que encendía un cigarrillo, sin apartar la mirada en la delgada figura que se cernía frente suyo. Pareció

estudiarla durante algunos segundos, mismos que a Jin que le parecieron eternos.

Luego se volteó por todo el cuarto, sin decir palabra alguna. Jin tenía mucho miedo, porque temía que con esto estuviera perjudicando a su hermano. El sujeto

gigante se sentó, sin desdibujar la sonrisa en su rostro y sin dejar de ver a Jin.

—Me has sorprendido con este detalle de que pudiste salirte de la celda.

Pero si de verdad quieres sorprenderme, niña, tendrás que hacer mucho más que

eso. Hazlo, y entrarás a la Agencia —espetó de repente Wilson, como si hubiere reflexionado su respuesta.

Jin, que sudaba ligero, no podía creerse lo que oía. Aun así, decidió seguirle el juego y preguntar.

— ¿Pero que podría hacer para sorprenderlo?

—Si te lo dijera, no me servirías. Como dije, si quieres ser una espía, pues ingéniate. Hazlo, y si me sorprendes, haré una excepción contigo y te haré ingresar a la Agencia.

—Pero mi hermano quizá no esté de acuerdo —musitó Jin, recordando la causal de la pelea que había tenido con su hermano mayor.

— ¿Quieres o no entrar a mi equipo? No me gustan aquí las niñas lloronas ¿entiendes lo que digo? Si quieres dudar o ponerte depresiva, ve a la escuela —

la interrumpió Wilson. Lo cual era cierto. No quería dramas familiares dentro y

aunque había quedado sorprendido con la joven, le impacientó la duda que ella

mostraba.

Aquella especie de *ultimátum-sermón* fue suficiente para hacer razonar a Jin.

—Quiero trabajar para usted, señor —contestó Jin,

—Bueno...pues, ahora lárgate —le ordenó él, satisfecho con la respuesta de la joven.

—Claro, señor —se apresuró en responder, y se hubiera ido enseguida, pero en cambio regresó por sobre sus pasos.

— ¿Algo más? —le increpó el hombre, extrañado del regreso de la joven.

¿Es que le gustaba ser regañada?

—Nada señor, solo me preguntaba cuál podría ser su nombre —preguntó ella

Era claro que era algún sujeto importante, por la oficina que ocupaba y por su aspecto. Si alguien le hacía tal ofrecimiento, es que debiera ser importante, en el caso que todo esto no fuera una jodida y maldita broma.

El hombre alzó su mirada a ella, fijándola en los inocentes ojos verdes de la muchacha.

—Luke Wilson, director de la Agencia ¿es que no has leído el

identificadorio que esta sobre la mesa? —replicó el hombre sin dejar de fumar.

Jin casi se cae de espaldas. Todo el tiempo había estado charlando nada menos que con Wilson, el temido director del cual su hermano solía hablar en ocasiones y que dirigía toda esta red de inteligencia tan importante. ¡Había hablado nada menos que con él e incluso había hecho un trato! El día había comenzado mal para ella, pero ahora no podía creer su increíble suerte.

Nunca supo si fue suerte o una treta del destino. Como sea, desde aquel momento, las cartas de Jin fueron echadas y directamente se conjugaban con las

de aquel hombre.

Había pasado una semana, y durante ese lapso, hasta Wilson había olvidado su encuentro con la impetuosa jovencita. Tanto así que ni siquiera informó a su

hermano que Jin había irrumpido en el sitio, y tampoco Ethan pareció sospechar

nada. De todos modos, era deber del agente Ethan Carter cuidar de su hermana y

no el suyo.

En una noche cualquiera, al menos para Wilson, fue que volvió a recordarla.

Al salir de las oficinas de la Agencia, había decidido ir a un sitio, que habitualmente no se visita a esas horas, pero a Wilson le interesaban un rábano

las reglas. Pero era uno de sus sitios favoritos. Sentía que mucho de lo que él era estaba plasmado en ese lugar.

Aunque había nacido en los Estados Unidos, su padre había sido un coronel de Armada, pero su madre había sido una miembro del servicio secreto japonés.

Una mujer nipona, tan respetuosa de sus orígenes y de sus tradiciones que acabó

transmitiendo a su único hijo el amor y tremendo gusto por su cultura.

Cuestión que se veía bastante acrecentada porque la madre de Wilson era descendiente de una figura histórica poderosa del Japón: Hajime Saito^[1], uno de los capitanes de la legendaria tropa de espadachines samurái “*Lobos de Mibu*”, que vivieron para proteger al Shogun en su momento. Un hombre que había vivido con certeras convicciones que ahora eran evocadas por su descendiente, mitad norteamericano, con bastante devoción.

No iba a encender una vela o un incienso en el particular sitio al que había venido, que era un pequeño monumento colocado en honor a aquellos ilustres guerreros japoneses, en una especie de jardín de lo que parecía un depósito deshabitado, porque no se le daba la gana, pero en otras ocasiones sí lo hacía.

Hasta hace unos años, ese lugar no era un mero sitio conmemorativo. Era un refugio utilizado por Wilson y otros agentes secretos, quienes llamados por la profunda filosofía de los *Lobos de Mibu* habían creado una especie de legión secreta para protección del gobierno republicano de turno y cuyas bases se esgrimían con idénticos principios de aquella legendaria tropa japonesa.

Eran los verdaderos agentes de protección ultra secreta que tenía el gobierno. El presidente tenía un equipo que se encargaba de las situaciones de cara a la galería, pero el verdadero brazo ejecutor era el grupo del que Wilson era un miembro prominente.

Con la caída del partido republicano, al que ellos eran afines, y la subida al poder de los Demócratas, Los Lobos de Mibu se disolvieron, pero ni siquiera el

nuevo gobierno pudo resistirse a hacerle una propuesta a quien fuera uno de sus

líderes, entregándole un cargo de responsabilidad y confianza como la dirección

de la Agencia de Seguridad, dándole a entender con ello el profundo respeto, no

exento de temor, que le tenían.

Wilson no hubiera aceptado, de no ser por un poderoso motivo: sus

inflamados ideales de *Justicia* a cualquier precio.

Con aquel puesto, podía controlar y cuidar la integridad de la nación. Él no sentía que debía su lealtad al Gobierno, sino a los Estados Unidos. Con esta posición podía seguir ejerciendo lo que él era. Wilson no era ningún fanático, pero sí que un extremista en cuanto a la Justicia.

Luke Wilson recordaba aquellos tiempos, con algo de nostalgia, aunque de inmediato los botó, cuando percibió que alguien se acercaba de forma sigilosa.

De inmediato se ocultó entre las sombras, y cuando vio a la figura aproximarse,

saltó a teparle la boca y tomar sus brazos para retorcerlas hacia atrás.

Seguramente era alguna emboscada, pero él era especialista en evadir estos menesteres.

¿Es que los terroristas nunca entendían que justamente con él, es con quien no debían meterse?

No estaba preparado para notar que el cuerpo que estaba bajo sus brazos, a punto de ser estrangulado, era bastante pequeño, pero al hacerlo bajó la guardia.

No era algún sujeto con aspecto de mercenario, como los que habitualmente se

encontraba.

Era la niña del otro día. La muchachita, la hermana de Ethan. La que quería ser espía.

—¿Qué demonios haces aquí?! —espetó Wilson, con cierto dejo de rabia, porque no le gustaba que invadieran un espacio tan personal como ese.

Jin jadeó de cansancio al verse liberada del agarre del hombre.

—¡Por Dios! Solo estoy haciendo lo que usted me dijo —jadeó—. Que le sorprendiera.

—¿Qué?

—Le traje esto —respondió Jin, extendiéndole una caja.

Cuando Wilson lo vio, sí que se quedó con los ojos como globos. Ese detalle de su vida casi nadie lo conocía.

—Esa caja contiene su antigua katana, la que usaba cuando formaba parte de la legión secreta a la usted pertenecía antes... lo robé del Ministerio de Justicia donde estaba guardado como emblema de la caída del antiguo partido político que gobernaba nuestro país y del cual usted era defensor. Y por eso intuí que usted podría estar en este sitio, uno que de fachada es un memorial para unos guerreros de elite japoneses llamados Los Lobos de Mibu, pero que por dentro era el escondite favorito de esta legión secreta que lleva el mismo nombre. Usted era uno de ellos. Imaginé que debía estar aquí —incredó Jin con una seguridad

sorprendente.

Wilson sí que quedó atónito.

—¿Cómo rayos...? —quiso saber.

—Usted me dijo que lo sorprendiera...

El hombre entonces sonrió. Era cierto. Él se lo había puesto como condición y vaya que la muchachita había cumplido. En verdad que lo había impresionado.

No le preguntaría como había sido capaz de averiguar todo eso.

“*Sera una buena espía*”, pensó Wilson, al tiempo que volvía a encender un cigarrillo y se lo llevaba a la boca, sin dejar de estudiar a la joven.

— ¿Y luego, señor? —preguntó Jin, curiosa del futuro que podría plantearle el hombre de ojos dorados.

“*Y más aún si puedo moldearla para mí*”, siguió pensando el director.

Sus ojos sardónicos adquirieron un tono de brillo infernal ante la idea. Se notaba a leguas que ella sería leal. Y era lo que él necesitaba para sus objetivos de Justicia.

Porque Luke Wilson perseguía un estilo de Justicia muy particular.

Matar al mal de raíz. Inmediatamente.

Justamente, el poderoso ideal que había tenido cuando estaba en la Legión

se alimentaba de los principios de los antiguos *Shinsengumi*, nombre japonés de los Legendarios Lobos de Mibu, de los que él descendía. Luke estaba dispuesto a

seguirlo hasta las últimas consecuencias, aunque rompiera todas las reglas de mando o desobedeciera órdenes del Consejo de Seguridad, que era el organismo

que estaba por encima de Wilson en los asuntos de seguridad nacional y del servicio secreto en este país.

Ese había sido el trato.

Cuando terminó el periodo de gobierno que él protegía, los nuevos

representantes del otro partido político se acercaron a él y le ofrecieron liderar la Agencia de Seguridad Secreta, Wilson había aceptado en aquel tiempo, por una

poderosa razón. Estando cerca del poder, podía controlarlos mejor y aplicar con

ellos sus ideales de justicia en caso de que éstos se salieren del carril.

Volvió a mirar a la joven. Alguien con cero ideologías y una novata en idealismos, a quien podía moldear a su gusto y lealtad. Sería perfecta para trabajar con él. Tendría que llamar a su otro agente de confianza, el agente Danvers, para que se encargase del entrenamiento de la jovencita.

—No te preocupes por tonterías, Carter, desde este momento estás bajo mi mando directo. Sólo respondes ante mí, así que bienvenida al Servicio Secreto de

mi Agencia —fueron sus palabras exactas antes de arrojar la colilla al suelo, ante la mirada estupefacta de la joven.

—Pero ¿cómo? ¿Así nada más? —preguntó Jin, ya que no terminaba de creerse lo que ocurría

—¿Acaso quieres que te ponga por encima alguna otra cosa? —regañó él.

Ella se espabiló al instante.

Desde ese momento, a Jin Carter se le abrió un nuevo mundo. Uno al que

creía pertenecer. Uno donde por fin podía mostrarle al mundo de lo que ella era

capaz.

Un mundo junto a Luke Wilson.

Capítulo 2

Ethan no tuvo más remedio que aceptar lo que su intrépida hermana había fraguado. Después de todo no podía escapar a un destino milenario, y por la sangre de Jin siempre había corrido sangre deseosa de hacer algo que no estuviera al alcance de cualquiera.

Sus padres habían sido agentes del servicio secreto también, muertos mientras cumplían su deber, así que era regla que sus hijos quisieran seguir sus pasos. Ethan hubiese deseado que Jin tuviera una vida distinta y normal, pero también se dio cuenta de que esa no hubiese sido vida para ella.

A la par que seguía en la preparatoria por correspondencia, por el resto que sobraba de día entrenaba en la Academia para convertirse en un soldado al servicio de la Agencia, aunque con un aliciente específico: Su entrenamiento era

supervisado por Danvers, el agente que se dedicaba a trabajar en exclusiva para

Wilson. Ethan se dio cuenta de esto, pero decidió no intervenir, en parte porque

creía que estando cerca del Director y bajo su protección, más posibilidades tenía de salir bien de los trabajos de campo y de los eventuales problemas que se le pudieren presentar.

Sabía que Wilson era un ser extraño, lleno de secretos y muchos decían que era un sádico, pero no dejaba de ser justo. Claro, a su manera particular. Eso lo tranquilizaba, aunque muy por el fondo, él ya sospechaba que su hermana empezaba a albergar unos sentimientos que iban más allá de aquel que debía existir entre un jefe y una subordinada.

Jin tenía 18 años cuando emprendió su primera misión. El trabajo era simple.

Infiltración. Robo de datos. Llevar a los malos a prisión.

Pan comido para la joven prodigio. Su agilidad y rapidez eran de gran ayuda. Quizá no era muy fuerte, pero estaba entrenada bajo un régimen de temibles técnicas de combate que suplían esa falta. Para ese tiempo, Ethan, había dejado de preocuparse tanto por ella, al verla tan resuelta y lista. Jin trabajaba ya

sea con los Ninjetti, que era el equipo de Ethan en sigilo e infiltración, o con Danvers, quien era su compañero y agente superior, pero respondía directamente

ante Luke Wilson; incluso en las misiones que comandaba su hermano, Jin daba

sus reportes a éste, pero también pasaba informes al Director.

En específico, se había vuelto una espía del ex Lobo de Mibu.

A veces éste solía observarla y recordaba a Viktoria Sterling [2] cuando la veía trabajando.

“Si Sterling se hubiese deshecho de sus sentimientos en el trabajo, hubiese podido ser como ella” pensaba Wilson al recordar los tristes sucesos que acabaron con Viktoria.

Alcanzar la Justicia justificaba los medios y en ese entonces, Viktoria era una

de sus mejores agentes. Por eso no dudó en utilizarla para llegar hasta un sospechoso y crearle una debilidad... mediante ella misma. Viktoria no fue consciente de la manipulación hasta que vio sus sentimientos completamente involucrados y las cosas se salieron de control.

Aunque Skye[3], el sospechoso, resultó ser inocente, el asunto se puso tan turbio que Viktoria terminó fuera de las fuerzas de manera indefinida, su excelente carrera truncada. ¡Bah! Mujeres.

¡Qué enredo había hecho! ¡Qué desperdicio de talentos!

Afortunadamente Jin no parecía de esas, del tipo sentimental y enredado, aunque fue por esa época que había creído descubrir un brillo distinto en los ojos de Carter, al momento de pasarle sus reportes. Wilson meneó la cabeza.

Lo menos posible del mundo es que una muchachita como Jin hubiera fijado sus ojos en él.

Por esa época, ocurrió uno de los sucesos más graves que levantaron polvareda en el servicio secreto. Un atentado contra el director.

Bueno, no era de extrañarse. Wilson tenía muchos enemigos y era natural que algo así pasase, pero él era un hombre demasiado astuto para dejarse emboscar, sin contar que podía defenderse solo, pero sin embargo esta vez lo cogieron con la guardia baja, mejor dicho, alguien casi tan bueno como él, le tendió una trampa. Era la única explicación posible.

¿El resultado?

Pudo escapar a duras penas, pero recibió un balazo en un brazo y fue allí, que el mismísimo Consejo de Seguridad ordenó se creara un grupo de protección al Director, al tiempo que se buscaba al causante de todo esto. No pudieron rastrearlo.

Extrañamente Wilson en su convalecencia de brazo lastimado, porque lo

tenía vendado, decidió que quería hacerlo en su casa. No le gustaba que hubiera

agentes rondando un lugar tan íntimo y privado para él, pero tenía deseos de estar en su casa, solo y en paz.

Bueno, tampoco tanta paz, porque sentía que había caído en algún fracaso al no poder prever el ataque que sufrió. Se sentía algo ridículo por aquello y la quietud de su hogar, aparte de curarle la herida, quizá lo ayudaría a pensar en cómo fue que había ocurrido aquello.

Todavía recordaba la pelea de puños con el atacante, quien actuó con una máscara especial, había sido muy pareja y en eso Wilson no conocía rival en la

actualidad. La manera de moverse del asesino había sido muy específica, como

si le recordara a algo, pero su mente prodigiosa y laboriosa, pareciera bloquearse cuando intentaba indagar en aquel extrañísimo ataque.

Y hablando de soledad de hogar, tampoco sería tal, ya que, si bien se suponía que él no debía estar enterado, estaba seguro de que el Consejo habría

encargado al agente Ethan y su brigada de Ninjetti a realizar un merodeo de protección. Danvers le había mandado un mensaje avisándole que incluso él y Jin habían sido llamados para colaborar en aquello.

Así que tuvo que fingir como que no había agentes de incógnitos, ocultos en su alrededor.

No podía negar que eso le frustraba, el saber que, por ahora, precisaba de aquella protección.

Jin estaba de guardia esa mañana, entre las sombras y de incógnito,

observando en las cercanías del departamento de Wilson. Estaba bastante

callado

y tranquilo, y evidentemente, su objetivo de protección no había salido. Difícil con un brazo herido. Todavía podía recordar el profundo temor que se apoderó

de ella, cuando se enteró del atentado a Wilson. Sólo ella sabía cuánto había llorado de alegría cuando se enteró de que el Director había salido con vida de

aquello.

Y más se alegró después, cuando el mismísimo Consejo ordenó su reclutamiento entre el grupo de agentes que tendría que proteger a Wilson, ínterin éste se recuperaba para retomar sus tareas.

Ella había estado entrenando duro durante los últimos tres años para el puesto que tenía, y jamás olvidaría que había sido él quien le dio esa oportunidad. No quería defraudarlo, y bajo la fachada de una subordinada fiel que acataba todo lo que su jefe le mandase, se ocultaba una faceta de mujer profundamente deslumbrada por Wilson. Lo admiraba con el corazón, y no quería que nada malo le volviese a ocurrir.

A pesar de su carácter cuasi malvado y sus respuestas ácidas, que no daban lugar a dudas acerca de que él no sentía nada por ella, Jin no deseaba abandonar

esta sensación porque había crecido y madurado con ese amor, así que no dejaba

de amarlo, pese a saber que él nunca sería nada para ella. Wilson jamás la vería

con otros ojos que no fueran la de un jefe exigente o incluso por la diferencia de edad, como un padre quizá, si se pensaba en la relación de mentor/discípula.

Estaba muy ocupada con esos pensamientos tan dispares que le inspiraba

aquel hombre, hasta que percibió que una mujer que había bajado de un taxi entraba al edificio que se suponía Jin debía de vigilar, porque estaba de guardia.

Jin no la tenía identificada como una habitante del edificio, ni tampoco como posible visita de los otros inquilinos. Así que eso la activó y salió de su escondite, para intentar seguir el rastro de la mujer que había ingresado al edificio.

Jin no podía verle el rostro, solo su larga cabellera negra y el vestido blanco

que portaba encima de una figura bonita y elegante. Y pareciera confirmar que

tenía una particular sensación de las cosas ya que, la mujer se había quedado en

el piso del Director, y lo terminó de confirmar cuando vio a la elegante dama tocar el timbre del apartamento de Wilson.

¿Quién podría ser esta mujer? ¿Sería una mercenaria que había venido a terminar el trabajo inacabado y asesinar al director? Nunca la había visto.

La mujer no tenía un aura peligrosa, pero Jin había aprendido que aun, aquellas que parecían inofensivas podrían ser las más letales asesinas, así que instintivamente preparó un par de cuchillas, para lanzarlos al menor paso en falso. Se detuvo por completo, cuando la puerta se abrió como si nada, y pudo

oír claramente la voz del director.

—¿Lisa?

—¿Puedo pasar? —inquirió la mujer sacándose los anteojos oscuros,

revelando unos ojos castaños muy bonitos.

Luke no respondió, pero sí hizo un gesto para que ella pasara.

Jin observaba todo esto bajo las sombras, pero no tuvo más remedio que alejarse cuando oyó que cerraban la puerta. Era una visita privada al Director y

no debía ser de su incumbencia.

No sabía que pensar, en los años que llevaba conociéndolo, jamás le había visto compañía femenina, aunque tampoco es que se sentasen a compartir datos

de sus respectivas vidas privadas. Por primera vez en el tiempo que llevaba sobrellevando esas sensaciones hacia Luke Wilson, se sintió culpable, al darse cuenta de que quizá él podría tener una familia de la cual ella no sabía nada.

La extraña mujer de hace un instante, y que demostraba una peligrosa

familiaridad con Luke Wilson, fue un triste y patético recordatorio de su desconocimiento total.

Se escondió en una de las puertas de servicio del edificio. No le había caído bien lo que había visto, y eso que no vio nada.

¿Quién podría ser esta mujer a quien el Director había llamado Lisa con tanta confianza y además metido en su apartamento con familiaridad?

Habían pasado dos horas de aquel suceso y la mujer no salía. Viendo la dedicación continua al trabajo que éste profesaba, nunca le había pasado por la

mente que este podría tener algún tipo de relación en su vida privada, pero también recordaba que ella no sabía nada de la intimidad del Director. Escondida

entre los cubos de limpieza, su mente divagó en que a ella sí le hubiese

gustado

conocer un poco más de la vida de aquel hombre. En eso se le ocurrió mirar su

reloj. ¿Qué podrían estar haciendo?

—¡Qué tonta eres Jin! Es lógico, si es una mujer suya... lo único que podría estar haciendo con un hombre, a solas en un cuarto... —razonaba la joven, con

gesto adusto en el rostro.

Tuvo el primer impulso de llamar a Danvers, quien sería el agente que la suplantaría, pero su sentido propio pareció sacudirle la modorra. Estaba descuidando su trabajo de vigilancia. Tenía que admitir que esos molestos sentimientos o sensaciones que provocaba en ella el Director le habían nublado

el juicio, así que se acercó a la puerta del departamento cerrado hace horas.

Cualquier otro agente se hubiere cerciorado ya hace un rato, pero en cambio ella, había preferido encerrarse en la habitación de servicio, para auto compadecerse

en sus celos.

Pegó la oreja a la puerta. Ningún ruido podía percibirse. Mala señal.

No tuvo más que remedio que tomar un dispositivo que llevaba pegado a lo

que simulaba ser un reloj, y abrir la puerta que expandió un código en el picaporte cifrado. Con la otra mano tomó el arma que tenía en el bolsillo, por si alguna eventualidad. Recorrió la mirada por toda la estancia, con todo el sigilo

que pudo. El apartamento solo tenía tres habitaciones con un baño, más el balcón, por lo que puso todos sus reflejos en alerta.

Primera habitación. Una cocina con sala. Nada.

Segunda habitación. Una especie de oficina estudio. Nada, excepto que estaba escrupulosamente ordenado.

Tercer sitio. El cuarto de Wilson. Tampoco nada.

Por último, el baño en el cuarto. Ese sitio también se hallaba vacío. En el lugar no había nadie.

—¡Maldición! —masculló Jin al tiempo que guardaba su arma.

Se había distraído. El Director junto con la misteriosa mujer se habían escabullido y ella no fue capaz de verlo. ¡Por todos los cielos, que el hombre tenía un brazo vendado! ¿Quién podría imaginar que podría desaparecer sin que

ella pudiera verlo?

Definitivamente el ponerse a conjeturar sobre quién podría ser aquella

mujer tan extraña sí que le había afectado. Respiró profundo. Tenía que encontrarlo, así que tenía que hacer uso de toda la inteligencia posible y habilidad para poder hacerlo. No se animaba aún a informar a otros agentes de la

situación.

Ya se estaba volteando para salir, cuando sus ojos se perdieron un instante

en algo, en la cual no había prestado atención antes: *la cama de la habitación.*

Enorme, espaciosa y ligeramente deshecha.

No pudo reprimir el deseo de acercarse y posar una mano sobre aquellas sábanas, acariciándolas suavemente, y en un arrebato, las tomó para aspirar el suave perfume a bergamota y té verde que emanaba de ella. Tenían la ligera

nota

de tabaco, tan propio de él. Sí, sin duda que Luke Wilson dormía allí. Sus ojos

verdes adquirieron un ligero tono vidrioso ante su nostálgico amor secreto, pero

luego espabiló, soltó la sabana y salió del sitio, sin mirar atrás.

Tenía que encontrar al director.

Jin tuvo que hacer uso de toda la tecnología satelital que tenía al alcance más sus propias habilidades, para intentar encontrar al director. No quería informar aún de su desaparición, porque sospechaba que podría tratarse de algún

ocultamiento intencional, así que decidió emplear todo lo que tenía. Sí, todo eso, para encontrar a un solo hombre.

Pero no a cualquier hombre, sino a uno que forjaba los cimientos de la seguridad nacional en Estados Unidos, y a quien se suponía ella tenía que vigilar.

Pero no, en cambio se había dejado influenciar por sentimientos que hicieron que perdiera el rumbo y he aquí el resultado.

¡Tenía que encontrarlo!

Cuando creía que ya debía darse por despedida de las filas de la ASS, todos

sus esfuerzos parecieron dar fruto, porque los encontró asomados a los

barandales de la costanera, el último lugar del radio que estaba investigando, para buscarlo. Es que no se imaginaba a Wilson en un sitio como ése, tan familiar y cálido.

La hermosa mujer y Wilson parecían conversar. Parecía algo tan privado, que Jin tuvo un aguijón de celos, al verlo tan cerca de alguien, en una posición

tan íntima, como nunca antes lo había visto.

Jin se dio cuenta que no podía acercarse a ellos. A pesar de que sus sentidos le decían que allí no había peligro alguno, decidió igual regirse por los protocolos de seguridad, así que tomó uno de los artefactos especiales y ligeros

que tenía en su bolsillo, gentileza de la agencia, que poseían la facultad de un audífono muy especial, para intentar oír la charla. Se intentaba convencer a sí misma, que era a efectos profesionales y a mero cumplimiento de cerciorarse de

que el director no corría peligro.

Lo arrojó a ellos por lo bajo, fuerte, pero silencioso, para que no se sintiese el tintineo.

Cuando lo vio en una posición que la ayudaría a oír la charla, lo activó, se puso el auricular en un oído y se dispuso a escuchar. Silencio sepulcral al inicio, hasta que oyó la voz clara de la mujer. Una voz muy suave y femenina.

— *Siempre pienso en ti ¿sabes?*

— *Lisa* —luego de unos segundos, pudo auscultar la voz de él. No respondía

la declaración de ella, pero esa forma de dirigirse a la mujer, tan íntima y personal, sí que respondía a las dudas de Jin y se quitó los auriculares, sorprendida por la revelación. Esa mujer no era una espía o alguna asesina. Era

alguien importante de la vida de él.

Quiso salir de allí, pero la curiosidad la carcomía, así que volvió a ajustarse

los auriculares y se dispuso a seguir escuchando. No pudo seguir en su

cometido

porque sintió que alguien le sostenía el brazo. Jin se volvió asustada, porque no lo había visto venir y eso era imperdonable para alguien de su profesión y de las tan mentadas habilidades que suponía tener.

Se volteó y vio a Lance, uno de los agentes del equipo Ninjetti. Él más antiguo de esa agrupación, que ahora lideraba Ethan Carter. Lance había estado

cerca de ellos, desde siempre, incluso había sido compañero de los padres de Jin, así que podía configurársele como familia, por la relación que tenían, por lo que el susto de Jin al verlo fue doble, porque Lance era como un padre y un mentor,

que le había enseñado muchas de las mejores técnicas empleadas por ella, como

la utilización en combate de dagas y cuchillas, que eran su arma favorita.

También le había enseñado algo de *Kempo*[\[4\]](#).

—Jin ¿Por qué no avisaste que el director se había escabullido? —reclamó

Lance con una voz aparentemente tranquila, pero que no lo eximia de la decepción que su protegida le daba.

La joven no tuvo más remedio que quitarse el auricular de los oídos.

—Es... que yo... —tartamudeó con desconcierto, aunque ninguna respuesta

coherente podría salirle. ¿Cómo excusar una falta como ésta en pleno

cumplimiento de los deberes que le encomendaron?

No importaban los motivos, ella tenía la obligación de avisar si había movimientos en el apartamento del director. Al ver el rostro sonrojado de la joven, y que incluso temblaba ligeramente, Lance creyó entenderlo. Después de

todo, había visto crecer a Jin, y la conocía. Él era experto en leer almas y más una, tan transparente como la de esa muchachita. La soltó, e hizo ademán de marcharse, pero tuvo tiempo de advertirle:

—Cuidado, Jin. Si sigues por este camino acabarás sin trabajo, y *con el corazón roto*.

Con esto también le estaba diciendo que no tenía intenciones de delatarla frente al Consejo, pero que desaprobaba su comportamiento indebido.

Varios minutos después de que Lance se marchara del lugar, Jin había quedado recostada sobre la pared, oculta bajo las sombras y munida de cierta vergüenza, por las palabras de Lance. Se suponía que lo que ella sentía era algo secreto. ¿Es que tan obvio eran sus sentimientos hacia Luke Wilson? Además, no

le había gustado la advertencia que le dejó su amigo. Ella era una adulta y estaba en situación de disponer de su vida y su mente. En este caso particular no quería ni deseaba intromisiones en forma de consejos. Y le había dolido esa mirada no

exenta de lastima de Lance hacia ella.

Volvió a mirar hacia el sitio donde estuvo espiando al director y a la tal Lisa. Ya no había nadie. Evidentemente se habían marchado sin que ella se hubiera dado cuenta. De nuevo.

Claro, sólo una mujer como la tal Lisa, una beldad capaz de vestir de blanco immaculado, sin ensuciarse, podría ser la mujer ideal para él. Nunca debió ser tan ingenua de imaginarse cosas imposibles, que como bien le advirtió Lance, podrían costarle el trabajo y la dignidad de un corazón entero. Lo mejor que podía hacer era seguir trabajando y obedeciendo, y dejar de ser una ilusa.

Luke Wilson jamás sería para ella.

Solo unos minutos después llegó el agente Danvers a suplantarla. Iba a saludar a su compañera, quien apenas lo vio se largó corriendo del sitio, sin darle algún reporte. Al agente no le importó. Acababa de ver al director junto a una dama, entrando al edificio.

—Y a ésta ¿Qué mosca le habrá picado? —mencionó Danvers al verla irse de esa forma.

Aunque se hubiera vuelto a sorprender si se enteraba de lo ocurrido y mucho más al saber que Luke Wilson se había dado perfecta cuenta que Carter lo había seguido y espiado de forma aprehensiva.

Luke Wilson no era tan ajeno de lo que podría estar sintiendo aquella subordinada suya, pero esa fue la primera vez que entró en sospecha verdadera

sobre aquello.

Como Lance, él también poseía una habilidad para percibir auras de las personas.

Capítulo 3

Tres años después.

Jin Carter había regresado agotada de aquella delicada misión que le habían ordenado, la de asistir a esa ex agente caída en desgracia, pero había resultado herida en combate frente a Colton Benedictis, el hijo de aquel rufián Laarson Refilsson. [5]

Aquellas heridas le habían valido una semana de internación más dos de recuperación. No fueron tan dolorosas como la humillación que sintió al verse ampliamente derrotada, y recordaba como estuvo a nada de salvarse de no ser por la intervención del mismo Luke Wilson, quien la sustituyó en aquella pelea.

Como era de esperarse, el director le ganó en combate a Colton, y, según sabía,

el manipulado joven no había sido encarcelado, sino que, enviado a rehabilitación por Wilson, asombrado de las habilidades del muchacho y ya pensado en usarlas a favor de su agencia.

Esas semanas de reposo también le sirvieron para reflexionar en mucho de lo que había visto y oído, lo que le permitió adentrarse en partes del pasado que delataban la personalidad de Luke Wilson, el hombre que ella llevaba admirando

desde que era una adolescente.

Había marchado en aquella misión para ayudar, y se había topado con

Viktoria Sterling, la misma que se identificó como una víctima de un juego de tablero manejado por el Director. Ella la había ido a visitar al lugar donde se recuperaba en agradecimiento por su ayuda, pero al advertir su tono

entusiasmado cada vez que hablaba del director, había sido tajante en advertirle:

“No dejes que nadie juegue con tu lealtad, todo tiene un límite”

Jin no entendió a qué se refería aquella mujer de quien sabía, había sido agente mucho antes que ella. Le pareció cálida y admirable, pero en sus ojos pudo advertir todo el peso del dolor que cargaba, entonces Viktoria decidió hablar, sindicando al director como causante. La había utilizado en una misión con un doble propósito que ella desconocía, lo que terminó con su vida destruida

y su corazón completamente desgarrado a jirones.

Para recuperar su equilibrio, Viktoria se alejó de la Agencia y pretendió vivir una vida *normal*, pero no pudo. Hacía pocas semanas su hijo había sido raptado, obligándola a buscar a *Skye*, el padre del niño que desconocía su

existencia, con el fin de encontrarlo.

“Él era el sospechoso al que yo había tenido que investigar” le confesaría Viktoria al recordar su historia, necesitando confiar en alguien, aunque fuera

una completa desconocida y a la vez, advertirla. Jin se había quedado de piedra

al comprender los alcances de la manipulación de Wilson. Comprendió que ayudar a Viktoria contra quienes raptaron a su hijo era lo mínimo que podía hacer el director tras haberla puesto en semejante situación.

“No importa lo leal que le seas. No dudará en utilizarte a ti o a tu corazón para alcanzar sus fines, de la manera que sea, y cuando ya no tengas nada más que dar... sólo no le importará” había sido su advertencia antes de retirarse.

Por eso sentía que esa cuota exagerada de idealismo que sentía por el director se había minimizado en parte. Aunque obviamente no al nivel objetivo,

porque Jin estaba enamorada de él y eso ya no podía evitarlo, pero con aquellas

revelaciones, parte de aquella admiración posesa se había tranquilizado. Y eso que le había costado mucho tiempo asimilar a la tal Lisa cuando supo de su existencia hace un tiempo atrás.

Así que, al retomar sus tareas en el servicio, luego de la licencia, lo hizo sin

el barullo y la sonrisa locuaz que caracterizaba a la extrovertida joven, cuestión que no pasó desapercibida ante los ojos vigilantes del Director.

—¿Cuántos cigarrillos llevas? —inquirió el hombre de sonrisa bonachona, y expresión alegre al observar a su viejo compañero de armas.

—Sólo cuatro —atinó a responder Wilson, al tiempo que estiraba las

piernas en el sillón donde estaba sentado. Se había reunido con el único hombre

al que podía llamar amigo, de aquella época más gloriosa donde compartieron ideologías y la lucha bajo un bastión común.

Scott Gloval tenía la misma edad que Luke Wilson. Había formado parte de la misma Legión de Lobos de Mibu y también era un fiero creyente del apostolado de éste. Pero a pesar de las similitudes, Scott Gloval lucía mucho más joven que su ex compañero, gracias a que nunca se le borraba la sonrisa del rostro. De igual prestancia física que Wilson, a diferencia de que Gloval era caucásico y de facciones que delataban sus orígenes británicos.

Unas facciones de las cuales solía burlarse Wilson, porque aducía que tenían la delicadeza de una mujer, sin embargo, Scott Gloval, con su altura y su

presencia, resultaba alguien de mucho atractivo físico.

Habían forjado su confianza entre ellos en base a que habían sido compañeros de armas y cuando el partido político al cual servían cayó, Wilson

siguió trabajando para el nuevo gobierno luego de haber llegado a un arreglo con

las nuevas autoridades que no desconocieron la valía de aquel hombre tan preparado.

Posiblemente Scott hubiese tenido el mismo destino, sino hubiere ocurrido una desgracia que no pudo prever. Enfermó tan gravemente que tuvo que

retirarse de la vida pública e incluso pasar mucho tiempo en centros de rehabilitación en Londres, porque sus pulmones habían quedado seriamente

dañados a causa de la enfermedad.

Por eso, había quedado excluido de cualquier plan de arreglo con el nuevo gobierno.

Aun así, apenas se pudo recuperar, regresó a Estados Unidos, y si bien ya no pudo entrar en alguna esfera de poder, decidió afincarse en Suffolk, en las afueras de New York, ciudad donde se erigía la oficina central del ASS, que Wilson dirigía, quizá esperando alguna propuesta del gobierno, pero aquel trato

jamás llegó. Y en parte sabía que no podía culparlos porque si el gobierno tenía a Luke Wilson ¿Para qué querría a una sombra como él?

Y ahí estaba su viejo compañero de armas Luke Wilson. Convertido en director del servicio de seguridad e inteligencia. Sádico, desalmado, sardónico, eran solo algunas de las condiciones que lo habían hecho famoso y respetado, además de su pasión casi fanática por la justicia, por lo que no le temblaba la mano al utilizar cualquier medio para proteger esa creencia. Esas *cualidades* eran importantes y vitales en alguien que erigía los destinos de la seguridad nacional de un país.

—¿Estás viviendo con alguna mujer? Tú casa se ve con unas decoraciones extrañas...—dijo de repente Wilson, al mirar a su alrededor del salón de Scott.

Tenía unos cuadros y hasta flores en un jarrón.

Bastante ridículo para un hombre solitario.

—Ya sabes cómo son las mucamas —contestó Scott, y cambiando de tema

preguntó —. ¿Y Lisa? ¿la has vuelto a ver? —inquirió Scott, quien sabía que la

mención de aquella dama ponía de cierto humor a Wilson.

—No, y es lo mejor —adujo Wilson con tono seco. Aquella relación se había terminado hace tiempo y no le gustaba escarbar en el pasado.

Scott se limitó a beber otro trago al tiempo que observaba a su amigo. Él

había podido conocer a esa mujer y sabía que, de alguna manera, había sido importante en la vida de Wilson. Pero respetaba su reserva sobre el hecho. Ya no

seguiría indagando. Aunque de algo estaba seguro, el rostro desencajado y ligeramente nervioso de su viejo amigo respondía a alguna otra cosa.

—Vamos, a mí no me engañas, no son problemas del corazón lo que te tienen en este estado viniste a verme porque quieres un consejo ¿Por qué no me

dices qué te traes de una vez? — finalmente preguntó Scott, curioso.

—¿Tú crees en las depuraciones? —preguntó de repente Wilson, arrojando el cigarrillo al suelo y mirando a su amigo. Scott podía jurar que el aspecto de Wilson era de inquietud.

Tenía que ser algo bastante grave, como para angustiar a un hombre como ese.

—Depende que tipo de depuraciones, sabes bien que apoyo las que son necesarias para sustentar y custodiar lo que es justo —enumeró Scott, preso de la incógnita por aquella peculiar pregunta.

Wilson decidió hablar, ya que justamente para eso había venido. No podía

confiar en nadie más para esto. Tenía que ser alguien que pensara como él.

—Cuando entré al nuevo gobierno lo hice porque sabía que desde aquella posición podría controlar y seguir protegiendo por lo que tanto habíamos peleado en el pasado —declaró con cierto brillo en los ojos, que delataba su pasión por ello.

Ese brillo propio de un Lobo de Mibu, que jamás le desaparecía.

Matar al mal de raíz

Destruir el mal inmediatamente

Esos lemas y apostolados fueron la base que lo identificaban como miembro de aquella legión de elite, y que, sin duda, seguiría aplicando aun cuando en el

proceso, se produjeran algunos daños colaterales necesarios. Scott no necesitó más explicaciones. Wilson estaba tramando algo.

—Ya tengo que irme. Creo que oirás algo en las noticias —mencionó

Wilson, levantándose del sillón, para marcharse. El simple hecho de hablar, aunque sea poco de sus viejos ideales, le había regresado el alma al cuerpo.

—¿Algo de la que deba preocuparme? —sonrió Scott, quien seguía sentado, con un vaso en la mano. No debía beber, pero le gustaba desafiar las reglas médicas.

Luke Wilson le dio una media sonrisa, que le confirmó lo que ya sospechaba: el Director tenía un plan muy grande entre sus manos.

Esa noche, Wilson no le comentó a Scott acerca de sus planes. No

necesitaba hacerlo, porque tampoco quería consejos ni delatarlos de antemano, además, sabía que Scott no estaría en desacuerdo con lo que

pensaba hacer.

Wilson había descubierto algo muy grave dentro del Departamento de

Justicia, y donde no sólo estaban involucrados funcionarios importantes de la cadena de mando, sino que era liderado por el mismísimo Fiscal General del Estado, quien fungía como cabeza del Departamento de Justicia. Había

empezado cuando descubrió que el Fiscal, encargado de las funciones legales del

gobierno y cabeza principal de los aplicadores del Derecho en el país, estaba traficando influencias a cambio de dinero.

Inaudito y terrible; tuvo la opción de comunicárselo al FBI, pero prefirió guardar la información y analizar lo que podría hacer. El fiscal general había creado una red, que incluía a sus allegados en el departamento que dirigía, así como otros tres fiscales de distrito, quienes munidos de corrupción y

prebendarismo, estaban traficando influencias a cambio de dinero y poder, según

la conveniencia del caso. Liberaban presos, sobreseían casos gravísimos

haciendo desaparecer pruebas, anulaban juicios enterrando evidencias o en otros

casos, impulsaban acusaciones falsas, munidos de elementos pre fabricados. Una

situación intolerable e inaudita de parte de quienes deberían de haber defendido

el derecho de las personas.

Wilson estaba asqueado y agradecía que su meticulosidad en el control le hubiera abierto los ojos con respecto a esto. Si había algo que no toleraba es que funcionarios de este gobierno se valieren de recursos propios de quienes se corrompen apenas acceden a cierto status. Y lo peor es que Wilson les

debía, por

papeles, su lealtad. Claro, por papeles.

En la práctica, el despiadado director ya se había formulado otros planes. El único motivo por el cual había accedido a realizar un trato con este gobierno era para tener posibilidad de vigilarlos de cerca. A la menor señal de desvío,

Wilson les enseñaría que el *Matar el mal de raíz* todavía lo llevaba en la sangre.

No importa como pasen los tiempos, la verdad en la que creía permanecería igual.

Esa noche durmió muy tranquilo, ya luego de haber decidido. Al día

siguiente empezaría a poner en marcha ese plan, que llevaría a la depuración del

Departamento de Justicia.

Ya era casi mediodía, cuando Jin fue llamada de urgencia a la oficina del director, con unas directivas clasificadas de nivel "A". La joven se extrañó de recibir una directiva como esa. Ese tipo de clasificaciones implicaban que no tenía que mencionar a nadie que había sido llamada por el director, y que sea lo

que este le dijese o encomendase, era de nivel confidencial. De hecho, la reunión ni siquiera se hizo en la oficina del director, porque apenas se movió a presentarse recibió coordenadas, con una ubicación para punto de encuentro.

El asunto no era extraño, solía ser habitual que los citasen en otro sitio para entrega de materiales o evidencias. Ella y Danvers habían trabajado varias veces

de esa forma. Grande fue su sorpresa que el lugar era nada menos que un apartamento. Uno que ella conocía muy bien, porque era el piso donde vivía Wilson, de la época que le había tocado vigilar el lugar tras el atentado, sin resolver, por cierto, contra la vida de Wilson.

Aunque no comprendía porque el director utilizaría el lugar donde vivía para una reunión laboral. Recibió un texto en aquel mismo instante.

No toques, el timbre, sólo entra

Jin entonces empujó la puerta. La joven se había puesto algo nerviosa y hasta temblaba un poco, quizá por la extrañeza de encontrarse en un sitio como

ése, así como que era la primera vez que tenían una reunión con Wilson en un

ámbito tan privado. También era la primera vez que ella estaba a solas con Wilson desde su regreso de misión de salvataje a Viktoria Sterling. Era cierto que Jin había regresado muy pensativa de aquella misión, por todo lo que había

oído del director, pero sus sentimientos o sensaciones hacia él no habían mermado, y por ello, estaba afectada en estos momentos. Se sumaba también el

hecho que este sitio le recordaba mucho a aquella mujer, la tal Lisa. La muchacha tembló un poco ante aquellos recuerdos.

Aunque Wilson siempre producía esos efectos en ella, esta vez eran más agudizados, porque lo vería a solas, en un sitio tan privado como lo era su propia casa. Siguiendo órdenes empujó la puerta y entró, para encontrarse en el interior del departamento tal como lo recordaba: Inmaculado, limpio, meticuloso. Con un olor a bergamota y té verde, con esas notas de tabaco que podrían resultar insoportables para algunas personas, pero que ella añoraba.

“Como él mismo” alcanzó a pensar Jin.

—Respondió rápido a mi llamada, Carter —la sorprendió la voz de él, que no había visto venir. Mala cosa.

—Sí, aquí estoy respondiendo a su llamado de nivel de seguridad A —

adujo Jin, con la sorpresa metida entre sus narices, al verlo vestido en forma inusual, no con el formalismo del trabajo. Con unos pantalones y una camiseta

negra, una toalla en el cuello y todo el aspecto de que había estado haciendo ejercicio

—¿Qué? Estoy en mi casa —mencionó Wilson alzando una ceja, porque se había dado cuenta que su subordinada había quedado extrañada de su atuendo.

Ridículo.

—Claro, señor —se apresuró en contestar ella, dándose cuenta de que su estupidez había sido descubierta.

Wilson se acercó a la nevera, sacó una botella de agua y fue a sentarse al sillón del salón. Ella lo siguió a respetuosa distancia.

No seguiría con rodeos. Había adecuado todo este llamado para ordenarle una cosa

—La razón de esta citación es simple, Carter, y si ha sido en mi casa es porque estoy seguro de que este lugar es el más seguro del mundo, y además libre de micrófonos.

—Claro, señor.

—Siéntate —dijo él con un tono que recordó más a una orden que a cualquier otra cosa

Ella lo hizo, aunque el asunto se había puesto mucho más extraño. ¿Qué estaba pasando aquí?

No recordaba ninguna misión parecida que haya iniciado de esta forma. Lo

otro inusual era la ausencia del agente Danvers, ese pillo siempre estaba cerca de Wilson. ¿Por qué no lo estaba ahora?

—Esta noche hay una reunión entre importantes miembros del

Departamento de Justicia, aquí mismo en New York, incluido el fiscal general y

un grupo de personas que no podría calificárselas como buenas y libres de corrupción, a quien he estado siguiéndole rastro hace tiempo —espetó Wilson, sin inmutarse y con su mirada fija en Jin.

—¿Quiénes son las otras personas?

—Fiscales de otros distritos, con sus principales funcionarios. Estamos hablando de un negociado que los salpica; están vendiendo resoluciones, imputaciones, libertades, acusaciones; todo lo que quieras en un esquema de tráfico de influencias y prebendarismo. La cosa es grave, ya que no temen negociar con quien traiga dinero. Nuestro sistema de justicia está siendo seriamente dañado. Tengo rastreado que hoy tienen una reunión secreta en casa

del Fiscal General.

—¿Qué tengo que hacer? —consultó Jin.

Wilson pareció estudiarla unos segundos, pero luego añadió:

—Quiero atraparlos. Pero necesito pruebas, y quién mejor que tú para obtenerlas. Por eso te vas a infiltrar allí, en la mansión del Fiscal, y vas a implantar unos microchips, que se quedaran allí. Va a grabar todos los movimientos del lugar. Luego volverás por ellos ¿has entendido?

Jin se tensó un poco. ¿Espionaje político? ¿Por qué ella? ¿Acaso el grupo de

Ninjetti no estaría mejor preparado para ello? Aunque comprendía la gravedad de la situación porque implicaba a altos funcionarios, ella jamás había realizado una tarea de esta magnitud. Por un pequeño segundo pensó en protestar, por no

considerarse apta para una misión tan delicada, pero por el otro, se sentía halagada en su amor propio, por el alto concepto que Wilson tenía de ella. Aun

así, la duda en sus propias capacidades dejaba una sombra que se veía en sus ojos. Una sombra que Wilson no tardó en desarmar, dirigiéndole una potente mirada de que esto no era una petición, sino una orden.

Aunque para Jin, implicaron algo más que una orden. Ella no podía resistirse a él.

Aquellas palabras de Viktoria Sterling, que la habían alertado a tener cuidado de su lealtad con respecto a Wilson, fueron olvidados en un segundo.

—Solo deme los microchips que deba implantar y programaré mi misión para enseguida —se limitó a responder, con la seguridad propia de una agente secreta.

Wilson sonrió y se llevó el cigarrillo a la boca con satisfacción. Jin seguía siendo la misma mujer leal que era, desde antes de irse a ayudar a Viktoria Sterling en esa estúpida misión.

Había estado algo escéptico con respecto a las ideas que esa mujer pudiera haber sembrado en la cabeza de su favorita, pero no era así, y Jin seguía siendo

leal a él. Él la había creado, no podía ser de otra forma.

Jin fue la única agente infiltrada esa noche en la mansión del Fiscal General.

El director había sido específico en mencionar que el agente Danvers no estaba en conocimiento de esto y fue tajante en señalar donde quería que los aparatos fueran colocados. La joven, haciendo uso de su gran capacidad de sigilo e inteligencia, pudo hacerlo sin mayores problemas, burlando sistemas de

seguridad bastante sofisticados. Sabía que sus acciones podrían ser tachadas de

ilegales, porque estaba prohibido realizar espionajes o escuchas secretas con altos funcionarios del gobierno, pero Jin estaba cumpliendo una orden superior.

Jin comparó fotografías que tenía almacenadas en su dispositivo con las personas presentes en la esplendorosa cena que se estaba realizando en el lugar y pudo ver al Fiscal General, así como también pudo reconocer a cada persona del

frondoso equipo con el que se había reunido. Jin se enfadó; también le desagradaban los corruptos y estas personas estaban vanagloriándose de lo que tenían y obtenían a causa de esta red de clientelismo que habían forjado, gracias a la posición gubernamental que poseían. Se ayudó de todo su equipo e implementos técnicos que había llevado para poder plantar los microchips en los

sitios estratégicos que el director había ordenado, y luego de mucha precaución

terminó saliendo del lugar.

Ya cuando hubo salido del lugar y pudo hallar un sitio seguro de referencia, recibió un mensaje en su dispositivo cifrado.

—Reporte de misión

—Objetivo cumplido —informó la joven

—Bien hecho, Carter. Puede ir a descansar. Y no hace falta que se presente

mañana. Tómese el día libre. Se lo ha ganado —fue el último mensaje del director. Parecía hasta eufórico con esto. ¿Wilson elogiando su trabajo?

Jin se sonrojó, aunque siguiendo el protocolo, se limitó a aceptarlas. A decir verdad, había sido muy fácil para ella, aunque la sustancia de la misión fue difícil, considerando a quienes fue a espiar. Esas personas estaban muy por encima de ella.

Esa noche pensaba ir a casa de su hermano, pero luego miró la hora. Ya era tarde. Tampoco podía pecar de inoportuna. Ethan podría estar acompañado.

Hubiese querido compartir con él el éxito de su misión de ese día, aunque sin contarle el contenido porque se suponía que era ultra secreto. Decidió regresar a su pequeño departamento y dormir hasta que no hubiere un mañana. Era lo único

que hacía, cuando tenía días libres.

Eso y pensar en Luke Wilson.

Esa noche, para Jin, fue casi como cualquier otra. Se había dormido muy satisfecha y orgullosa de sí misma, por haber logrado una felicitación tan efusiva por parte de Luke Wilson. También tenía un plus, porque se durmió abrazando una camiseta blanca que había tomado del departamento de Wilson cuando fue a

reunirse con él. Tuvo el atrevimiento de hacerlo; no siempre podía tener una oportunidad como ésta, de seguir alimentando una fantasía vana, pero ¿Qué podía

hacer contra sus propios sentimientos?

No podía evitarlos. Su amor era emocional, porque acababa deduciendo que no le importaba lo que le dijeran de él; que era manipulador y malvado. Mientras

podiese dormir, pegando sus narices a esa tela con olor a menta, bergamota y té

verde, y con su imaginación puesta en esos ojos de ensueño para ella, todo podría estar bien.

Wilson en cambio, no pudo dormir muy bien. Nunca antes le había

temblado la mano para hacer las cosas, y el remordimiento tampoco era un fuerte

suyo. No tenía muchos escrúpulos en lo que a su concepto de justicia se refería,

pero ahora, por una extraña razón, le daba cierto escozor haber involucrado a esa joven. Jin Carter era inocente y él no. Finalmente decidió dormirse. Procuraría descansar, aunque a sabiendas de que en cualquier momento podría estar

recibiendo una alerta de algo que él sabía muy bien.

Esa madrugada, Jin, quien esperaba dormir hasta que la cama se le hiciera

un ovillo, recibió una llamada de su hermano. La llamaba, no por razones fraternales, sino por una urgencia de trabajo. La casa del Fiscal General del Estado había explotado esa madrugada. Junto con todos lo que estaban dentro, por lo que se ordenó una alerta máxima a todos los agentes.

A Jin empezó a temblarle la mano. ¿Era una broma? ¿no?

—¿Jin, estas ahí? —pudo oír la voz de Ethan del otro lado—. Prepara tus cosas y vente de inmediato a la agencia. Todos los agentes son requeridos. Lo ocurrido es de emergencia nacional —ordenó su hermano mayor, antes de cortar.

También estaba nervioso, porque acababan de asesinar a altos funcionarios del gobierno, frente a sus propias narices, y quizá por ello no pudo ser capaz de notar la pérdida de voz en su hermana.

La joven agradeció que él no la haya podido ver. Su rostro pálido, su boca temblorosa y sus ojos brillantes de lágrimas de horror. Acababa de darse cuenta

de que lo que Wilson le había ordenado implantar no eran microchips de filmación, sino bombas. Bombas que acabaron con la vida de todos en esa casa.

Jin se llevó una mano a la boca. Por todos los cielos ¿Qué había hecho?

Capítulo 4

Había un caos en todas las oficinas de la Agencia de Seguridad Secreta. Un evento sin precedentes como el asesinato de un Fiscal General acababa de darse.

Las investigaciones preliminares que habían recabado ya a esas horas Ethan y su

equipo de los Ninjetti, arrojaron sorprendentes revelaciones. Luego de la recolección de los cuerpos de la escena del suceso, aparte del cadáver del Fiscal General y otros tantos de nivel distrital, como funcionarios coadyuvantes, se pudieron recuperar partes de equipos de un servidor subterráneo. Un servidor privado y cifrado del Fiscal General.

Fue el equipo del Ninjetti, quien se dedicó a realizar el salvataje y análisis de aquellos restos informáticos, que revelaron un esquema de compra y venta de

influencias que parecía increíble a ojos vista. Era un servidor que usaban los involucrados en esta red, para llevar a cabo las transacciones y los envíos de códigos.

A causa de esas turbias revelaciones, la agencia caratuló la situación como

ATENTADO POR VENGANZA La investigación no fue llevada de forma

pública, sino sólo manejada por la Agencia y el Poder Ejecutivo, así como la intervención del FBI. De considerarse un asunto grave de probable terrorismo, se

convirtió en un acto de revelación de una profunda corrupción con un esquema

avanzado, infectando el sistema de justicia de un país que se enorgullecía de la

transparencia en los procesos.

No fue sorprendente cuando vino una orden directa de no revelar a la

opinión pública sobre aquellos resultados de la investigación y cesarla ¿Qué más

podrían buscar? Era más que obvio lo que sucedía allí y habría que lidiar con eso, pero no al costo de implantar histeria colectiva en la población, provocando una rotura de confianza en el sistema.

Lo habían estropeado, pero podían arreglarlo silenciosamente y sin más

investigaciones. El muerto era un hombre del gobierno y este suceso vendría a manchar la reputación del Ejecutivo. Ya no buscarían a los asesinos del Fiscal. A ojos de los investigadores, esto no era más que un ajuste de cuentas donde bien

podría aplicarse el dicho de que quien mal anda, mal acaba, pero dejó patente la

orden dispositiva de verificar e investigar sobre aquella red de corrupción y su infeccioso esquema. Si eran encontrados, los llevarían silenciosamente ante la Justicia que planeaban traficar. Claro, si es que aún había corruptos vivos.

Wilson recibió las noticias de buena gana. En parte sabía que así sería. El gobierno no se arriesgaría a una inquisición pública; todavía estaban a tiempo de arreglar el desastre. También le daba cierta satisfacción, porque al

voltearse la investigación, no darían con el verdadero origen de las detonaciones que acabaron con las vidas de esos corruptos.

Luke Wilson había entregado dispositivos a Jin que eran imposibles de rastrear. No lo encontrarían de aquel modo, pero tampoco podía subestimar la capacidad de los Ninjetti.

Aunque ya no importaba. Los corruptos e injustos estaban muertos ahora.

Estas situaciones, para el director, según su extrema conciencia de justicia, eran correctas.

Jin no se reportó en ningún momento en las oficinas del director luego de haber sido llamada para las actividades de emergencia, aunque sí que presenció

de primera mano todo el incesante ajeteo de agentes. Solo se sentó frente a las

computadoras centrales, haciendo como que verificaba las cámaras de vigilancia

de las calles aledañas del sitio de la tragedia, que fue la tarea que le encomendaron. En realidad, era un simple amague, porque ella misma se había

encargado de cambiar las imágenes antes de colocar los dispositivos bombas que

destruyeron la casa del Fiscal.

Pero al menos eso le había ayudado a fingir mantenerse ocupada, hasta que recibieron las órdenes del primer ministro de cese de investigación y abandonó

aquella inútil tarea. En realidad, nada de lo que hiciera, podía apartarle de la

mente, la única idea que tenía y que la carcomía.

“El director me utilizó para asesinar a esas personas...”

Acabó despertando, casi de un salto, al sentir una mano en el hombro.

—¿Qué sucede Jin?

Era Ethan Carter, su hermano. Lucía cansado y agotado luego de largas

horas de trabajo. La joven lo notó y sintió culpabilidad; su pobre hermano estaba así por algo que ella había provocado. Por causa de un crimen suyo, ahora todos

estaban sufriendo las consecuencias. El remordimiento y la culpa se batieron más profundo en ella.

—No me ocurre nada. Sólo estoy muy cansada.

Ethan pareció estudiarla unos momentos. Jin odiaba cuando hacía eso,

porque sabía que su hermano era experto en el lenguaje facial y podía descubrirla cuando fingía. Aunque tampoco creía que llegara al extremo de creerla responsable del horrible acto terrorista acaecido horas antes.

—Está bien. Te recomiendo que vayas a dormir. Debes estar cansada, yo

haré lo mismo. También estoy agotado. Ya sabes que ordenaron cesar las investigaciones, así que ya no vale la pena —sugirió Ethan antes de salir para los vestidores y marcharse a su vez, para su casa.

Jin se quedó viéndolo. Su querido hermano, cómo deseaba poder confesarle

lo que había hecho, pero tampoco quería cargarlo con el peso de sus acciones.

Jin se odiaba a sí misma.

Nunca había matado a nadie, y ahora sentía sus manos sucias. No importa

qué razón tenía Wilson para hacerlo, lo que había hecho era un asesinato. Y peor

aún, inducirla a un engaño, para cometerlo, era sencillamente atroz.

Y las emociones de la joven, entraban en caos, porque un lado, condenaba el hecho en su forma lógica y que debía denunciar lo sucedido, pero por el otro,

su parte emocional y subjetiva guardaba el inconsciente de que debía proteger a

Wilson. Maldito y estúpido amor que venía a complicarlo todo en su existencia.

Como si sus pensamientos fueran oídos, en ese momento recibió un texto.

“Repórtate en mi oficina en este instante”, decía el escueto texto del director.

Luke Wilson observaba a su subordinada con atención. Parecía querer

extraerle hasta sus más recónditos pensamientos con una mirada. Lo cierto es que no habían interactuado desde la fatídica noche, horas antes.

—¿Por qué me ordenó hacerlo? —escupió de repente Jin.

Seguía parada, y Wilson también, pero del lado opuesto. La había llamado porque necesitaba examinarla. Él sabía que Jin Carter le era leal y fiel, pero ¿Tanto como para ocultar una masacre?

Le había entrado la preocupación de que quizá el contacto con la gente desesperada que se vio involucrada en las llamadas de emergencias y todo ese estúpido ajetreo, pudieren contagiarle algo de su exaltación. Bueno, en parte, no estaba equivocado. Jin estaba enojada. Él había previsto eso. Lo que no quería es que fuese a echar confesión con Ethan, y por eso la llamó.

—Agente... *el fin justifica los medios*. Lo que hizo usted fue para evitar un mal mayor — comenzó increpando al director, llevándose a la boca el eterno cigarrillo, haciendo que el aroma a tabaco volviese a esparcirse en el aire.

En otras circunstancias, probablemente ese aroma, haría que Jin perdiese parte de sus facultades objetivas y hasta se sintiese acorralada. Pero la joven mujer estaba perdida, con sus ojos a punto de ponerse vidriosos.

—Lo que me ordenó hacer fue un asesinato a sangre fría... y soy cómplice al callarlo —reclamó como pudo.

Se sentía nerviosa y pasmada de estar reclamándole algo a él; un sujeto tan temible como nadie. Wilson volvió mirarla de reojo, intentando descifrar a la joven.

—Tómate el día. Vuélvete a reportar desde pasado mañana. Regresa a la cama, las investigaciones han quedado canceladas. Eso debería darte una idea de

que nadie es tan inocente y que sabían de los movimientos de nuestro extinto fiscal.

Jin tragó saliva y se dio vuelta para marcharse, pero volvió a detenerla con una justificación.

—Carter, espero que te des cuenta de que estas pérdidas no cuentan. Era algo que debía hacerse. *Y alguien debía hacerlo*.

La joven salió de la oficina, sin responder. No quería que él la viera llorar.

No había podido alejarse demasiado, porque al final se había quedado

recostada en el barandal de la azotea del edificio de la agencia. Por alguna razón, el viento y el poco de vértigo le daban a Jin una ligera sensación de

libertad, como si no estuviera encadenada a nada. No podía negar que sus sentimientos y

sus objetividades la estaban poniendo en un aprieto. Hasta le había mentido a Ethan, a ¡él!, su hermano, la persona que más quería. Pero la vergüenza por sus

actos también la estaba aniquilando. El solo saber que había participado en una

matanza le producía un remordimiento feroz.

Pero eso no era lo peor, sentía como si tuviera la lengua atada. Quería gritar,

quería decir tantas cosas, pero la imagen de esos ojos asiáticos que ella atesoraba en el fondo de su corazón, bajo el estigma doloroso del primer amor, la forzaban

a una encrucijada.

La persona que más detestaba en ese momento también era la persona que

más amaba y admiraba. Esa persona la había llevado a matar. Ella nunca había

asesinado a nadie, antes.

¡Qué horrenda sensación!

Jin despertó de aquello cuando percibió que alguien le tocaba un brazo. No

lo había visto venir y mucho menos sentido. Era Lance, uno de los pocos que podían sorprenderla de esa forma.

—¿Y a mí me dirás que es lo que te pasa?

Jin no volteó, su mirada seguía oculta bajo el flequillo, y su larga trenza danzaba en el hermoso viento que ondeaba el sitio. Sin embargo, con Lance siempre tuvo esa confianza que le permitía hablar. Extrañamente mucho más

que

con su propio hermano que la había criado. Quizá porque Lance era como la figura paterna que había perdido en la infancia.

Decidió preguntárselo.

—¿Qué harías cuando tu corazón te dice algo y tu mente te dice otra, Lance?
—preguntó de Jin, volteándose, fijando sus ojos verdes en éste, quien quedó algo sorprendido de la repentina pregunta. Era una pregunta difusa. No decía, ni delataba nada en específico, pero sin embargo evidenciaba el estado de

Jin.

El hombre observó a la joven de aspecto cansado.

—Sólo sigue *a lo que te haga libre*, Jin —fue la simple y certera respuesta de Lance.

Con esa respuesta, lo que Lance le daba a entender es que debía reflexionar y escoger dentro de esas dos, porque sólo una era la correcta, y la única que podría saberlo era ella misma.

Jin sonrió ligeramente. Es que Lance siempre tenía la respuesta correcta en la punta de la lengua. Hizo amague de observar la hora de su reloj digital de pulsera.

—Creo que iré a descansar —dijo saliendo del sitio. Sólo se detuvo un instante para volver a oír la voz de Lance.

—Piensa en lo que te dicho, Jin.

La joven solo asintió con la cabeza y terminó de marcharse.

Solo debía pensar en la respuesta que podría hacerla libre. Y era decidir entre confesar y denunciar a Wilson o proteger al hombre que amaba.

—Luces espantoso —fue la primera crítica que recibió del sonriente Scott.

No era mentira.

Wilson no había pegado un ojo desde el incendio en casa del Fiscal. Y

cuando al fin pudo retirarse, tampoco quiso ir a su departamento, así que llamó a Scott. De seguro ese bueno para nada estaría libre para una ronda de tragos en su casa. Necesitaba alguien de entera confianza, para conversar sin tapujos sobre lo que había ocurrido.

Y Wilson le acertó. Ya iban por la segunda botella de escocés cuando Scott le escupió lo inevitable.

—Ese desastre que ocupó todos los noticieros, fue obra tuya ¿verdad?

Wilson no apartó la mirada de su vaso.

—El mal solo se arranca de raíz; sabes que yo nunca abandonaré esa filosofía, Scott

El aludido sonrió y volvió a servirse otra copa.

—Pero ¿Por qué llevas esa cara de cómo si hubieses extraviado tu espada especial de cuando éramos miembros de los Lobos de Mibu?

Wilson hizo una mueca, bajó el vaso, y tomó un cigarrillo, para llevárselo a la boca.

—Creo que elegí a la persona equivocada para ejecutarla.

Scott pareció estudiarlo unos momentos.

—Danvers no es un ser que guarde muchos escrúpulos y además es un peón que haría lo que le ordenes, y la que sobra... es la chica. No me digas... ¿la

mandaste a ella?

—Creo que me apresuré al enviarla a algo así. Se está comportando extraño

—mencionó exhalando el humo intenso de su cigarro.

—¿Dices que podría abrir la boca?

—Eso es lo que no sé. Y sabes que soy bueno descifrando a la gente, pero no pude leerla a ella.

—Aunque solo se le contase a su hermano.

—Ni hablar. Igual traería problemas, porque este idiota es recto como una regla. Y tú sabes bien, que como alguien que lleva dentro el estigma de un antiguo lobo de Mibu, mi único deseo es la de la justicia... por eso estoy donde

estoy, por ello acepté ayudar a este gobierno, para controlarlos de cerca —
musitó Wilson

Hubo un corto silencio, con Scott que se había llevado una mano al mentón, como analizando o pensando en algo.

—Ella no dirá nada... *si sabes apretar en el sitio indicado* —indicó Scott de modo enigmático

—¿A qué te refieres? —preguntó Wilson, aunque muy en el fondo, sabía a que podría estar refiriéndose su amigo, *aunque esa cuestión no era algo en lo que él gustase hurgar*. No entendía el motivo, pero le producía cierta molestia.

—Uno de los motivos que sostiene la lealtad de esa chica es su amor por ti.

—¡Por favor, no me vengas con eso! —lo interrumpió Wilson, parándose

del sillón donde estaba sentado

—Lo que has oído, y tú lo sabes. ¡Por Dios! Sólo la vi una vez, cuando fui a verte a tus oficinas, y pude ver sus ojos, cuando hablaba de ti. Esa chica te ama con desesperación y... admiración —masculló Scott, cambiando al semblante

serio

Wilson arrojó el cigarrillo que tenía en la mano, y volvió a sentarse, para servirse un vaso de escocés.

—Que una niña como esa no destruya tus ideales de justicia, Wilson. Tú sabes perfectamente qué hacer para manejar un asunto como este —añadió Scott.

Luke Wilson, en su interior, sabía perfectamente que aludía Scott con eso, pero era algo en lo que no le agradaba pensar. De alguna forma, siempre había

esquivado esos pensamientos, sobre los sentimientos de Jin Carter y sus motivos

ocultos para con él. Era algo de niños, nada más y Jin casi era una.

Nuevamente las palabras de Scott hicieron eco en su mente.

—Sedúcela y de esa manera, le enseñarás quien manda aquí...

Capítulo 5

Scott Gloval le había hecho esa sugerencia medio en broma, medio en serio, o quizá nunca lo sabría, pero esa estupidez recomendada por su viejo amigo de

armas, en verdad lo estaba perturbando. ¿Por qué a él, un hombre sin

intereses

mundanos, lo estaba molestando tal referencia?

Luke Wilson no podía negar que estaba nervioso por el asunto de Jin Carter y sus dudas.

Acababa de salir de la casa de Scott e iba caminando por las calles desiertas en plena oscuridad, fumando su eterno cigarrillo. No se le había subido a la cabeza, ninguna de las botellas que había bebido. No era fan de usar el vehículo

que tenía (uno especial, equipado, propio del jefe del servicio secreto de un país).

Le gustaba caminar de incognito por las calles. Igualmente, no le temía a nada, y bueno, si algún malhechor ocasional se le cruzaba, lo mínimo que Wilson le haría era romperle el pescuezo o quizá matarlo. Probablemente a Wilson le daría igual.

En estos momentos se permitía pensar en todo lo que le molestaba y temía perder todo lo que había conseguido, por causa de haber escogido a la persona

equivocada para una misión tan delicada. Recordaba lo que había logrado desde

que tenía el puesto de director y los agentes que la conformaban.

Si bien, el grupo de asesinos se desmanteló hace años, tenía al grupo de elite dirigido por Ethan, pero aun así no daban abasto. Wilson, no era partidario de dar un espacio en la Agencia y tampoco tenía ánimo alguno de cambiar el estilo

que lo caracterizaba, con su mano de hierro y bajo el concepto de una justicia

muy específica que pocos podrían entender.

Pero lo último que había mandado hacer: *asesinar a un Fiscal General, sin darle tiempo ni de defenderse*, probablemente ni el presidente podría seguir permitiendo su permanencia en las fuerzas especiales si se descubría. Wilson arrojó su cigarrillo al suelo y siguió caminando.

Cuando se dio cuenta, ya estaba bastante lejos. Sí que había realizado un largo trecho.

Paró frente a un bar en una calle, que estaba prácticamente a kilómetros de su propia casa. Ya era de madrugada, y era natural que estos sitios de mala muerte siguieran abiertos. Ya había bebido un poco en casa de Scott, tal vez beber un trago más le haría despejar la mente.

Cuando entró, su aspecto llamativo hizo que muchas vistas se posaran sobre él. Muy alto y de ojos asiáticos aterradores, aunque vestido de civil, nunca podría pasar desapercibido.

—Escoces —pidió escuetamente al *bartender*, al tiempo que ocupaba un asiento en el bar y sin mirar mucho alrededor. Estaba infestado de seres de sospechosos antecedentes. Podía sentir eso, con sólo verlos. Ya seguro, después,

mandaría un escuadrón a encargarse de esta basura.

Hoy solo quería beber y olvidar que quizá todos sus planes podrían venirse abajo por culpa de una chiquilla sentimental. Cuando el *bartender* le ofreció el vaso, Wilson se lo llevó directamente a la boca. En verdad, estaba tan concentrado en sí mismo, que no se había percatado de una presencia muy conocida por él.

“¿Carter? ”, alcanzó a pensar, sorprendido de ver a la última persona con quien pensaba encontrarse ese día, y además en un sitio como aquel.

Jin Carter, borracha como una cuba, apenas sostenida sobre el taburete.

Quién sabe cuánto llevaba allí, sentada al final de la mesada de ese horrible bar, totalmente fuera de algún sentido cuerdo. Wilson observó eso con el rabillo del

ojo. Generalmente la vida privada de los agentes no le interesaba, pero viendo así a uno, y además en un estado calamitoso e indefenso, le daban unas ganas horribles de darle un azote. Aunque no sabía porque... *pero en particular*, verla a ella así, le molestó. Evidentemente Jin ni se había percatado de su presencia.

Murmuraba cosas que no se entendían, y además tambaleaba sobre su silla.

El *bartender* le servía ron cada tanto. Vasos que ella devoraba.

—La chica de ahí ¿Cuánto lleva aquí? —preguntó, de solapo Wilson al hombre.

—Pues, casi como tres horas. Lleva como cuatro botellas de ron. Menos mal pagó por adelantado por ellas —dijo el sujeto, indiferente, para luego seguir limpiando con un trapo algunas copas vacías. Wilson siguió vigilándola. ¿Desde

cuándo Carter bebía tanto?

En su historial, que él tenía perfectamente estudiado, la jovencita era abstemia, no podía estar en este trance. Por un momento tuvo la idea de llamar a

Ethan y que se llevase a su hermana. Pero también le vino la idea de que la joven, en aquel estado, tuviese escrúpulos de hablar de lo verdaderamente ocurrido en casa del Fiscal. Lo que menos querría.

Al cabo de unos minutos, sucedió lo inevitable. Lo que pasa en todos los bares de mala leche como ese, cuando hay chicas bonitas, solas y ebrias, como

perfectas presas de hombres en pesca y búsqueda de mujeres indefensas.
Típico.

Un hombre de horrible aspecto, usual de esos bajos mundos, se acercó a la joven, que apenas podía mantenerse sentada.

—Preciosa, creo que a ti te hace falta compañía esta noche —al tiempo que le ponía una mano en uno de los muslos, de una forma atrevida.

Wilson observaba con atención. De alguna manera, esperaba que Jin reaccionara algunos de sus sentidos de agente y al menos pudiera resistirse. Pero

se dio cuenta que ella estaba perdida. Ni siquiera apartó esa enorme mano que se

paseaba sin escrúpulos por su muslo, y cuyo dueño olisqueaba su cabello. La joven no oponía ninguna resistencia. El hombre ya estaba en pose tal, alargando

sus manos, para podérsela llevar. ¿Quién podría culparlo después de todo?

La chica balbuceaba cosas extrañas y no se resistía.

—Maldición —murmuró Wilson por lo bajo, levantándose de su asiento y yendo hacia la potencial pareja—. Yo me llevaré a la chica. Así que lárgate —

ordenó el director.

—Miren nomas que tenemos aquí. Un idiota que viene tarde a la fiesta. El que se larga eres tú. Yo me llevaré a esta preciosura esta noche. Desaparece —al

tiempo que sacaba un puñal.

Wilson bufó. Juego de niños para un sujeto letal como él. Nadie en el pestilente bar supo cómo pasó, pero en menos de cinco segundos, el hombre del

puñal yacía en el suelo, con sangre que le salía como hilo de la boca, por un certero golpe en el estómago y rostro que le propinó Wilson.

El director tomó a la joven casi desvanecida en brazos, para cargarla al hombro como si fuera pluma, luego de arrojar unos billetes en la mesa del bartender, que observaba con horror la escena. Estaba acostumbrado a ver peleas, y hasta asesinatos allí, pero nunca había visto movimientos como la de ese sujeto que se llevó a la chica ebria. Tragó saliva.

En verdad que casi se orina en los pantalones de miedo.

Luego de un taxi y media hora de viaje, Wilson al fin llegó a destino. El apartamento de Jin.

Él nunca había venido allí, aunque, desde luego que conocía su ubicación.

Un superior que no conociera de sus subordinados era muy mala cosa. No le costó entrar, él no precisaba una llave para estas cosas.

¡Por Dios, estábamos hablando del señor de los espías!

Jin vivía sola en un quinto piso y Wilson hizo todo ese viaje por las escaleras, con la muchacha a cuestas en un hombro. No quería ir por el ascensor

y no tenía intención de ser visto. Solo un sujeto de una imponente condición física como la suya podría hacerla sin quejarse siquiera mínimamente, porque el

rostro de él seguía impasible.

Al llegar al bloque que le correspondía a la joven, lo abrió sin problemas.

Al principio no prestó atención, y más bien se dedicó a buscar algo que pareciera un cuarto. No fue difícil hallarlo, porque aparte de la sala comedor, había sólo otro cuarto con baño. Su lavadero estaba pegado al balconcillo del

minúsculo apartamento.

—¿Es que esta idiota, no podría pagarse algo más que esta pocilga? —

refunfuñaba Wilson bajando a Jin en la cama del cuarto, que como era la única,

suponía que le pertenecía.

La muchacha había pasado todo el viaje balbuceando cosas inentendibles,

pero cuando el enorme sujeto la acomodó allí, sus ojos verdes parecieron cobrar

cierta vida, al ver o creer percibir esa imagen que solo veía en sueños, muchas

veces, estando sola en esa habitación.

Seguro, era de vuelta *uno de esos sueños*.

—¿Wilson?... ¿eres tú? —murmuró, estirando una mano hacia el rostro de ese sujeto.

El hombre se tensó ligeramente. Nunca la había oído llamarlo tan

informalmente. Su primer impulso obviamente fue la de alejarse, pero esos ojos

verdes brillantes, que pese a cualquier signo de extrema ebriedad, evocaban algo

genuino, lo hizo detenerse ante aquel toque. Porque Jin había posado su mano sedosa sobre la mejilla de él.

— *Seas un sueño o una alucinación...* me alegra tanto que estés aquí —

volvió a murmurar Jin. Esta vez no balbuceaba, si hablaba bajo, pero había

dejado de babear o de parecer perdida. Parecía como si el verlo, le hubiese dado

impulso a alguna extraña costumbre.

¿Acaso ella acostumbraba a soñar con él?

Al fin, Wilson logró un poco de autocontrol y se alejó, saliendo para la cocina, buscando agua en el refrigerador, para metérsela a la boca. ¿Quién lo había invitado a meterse de niño? ¿Qué mierda estaba haciendo?

Su mente lógica lo convencía de que sólo ayudaba a un agente en desgracia.

Pero cuando volvió con el botellón de agua e intentó que ella bebiera, la joven levantó ambos brazos y lo envolvió con ellos.

—Pese a lo que me hiciste, a todo lo que me haces, y me sigues haciendo, yo nunca podría olvidarte ¿sabes?

Wilson abrió mucho sus ojos. La joven seguía oliendo a ron, pero en el fondo podía sentir y percibir ese aroma natural de ella. La de las malditas notas de té blanco. ¿Acaso estaba fantaseando en algún sueño?

Lo exasperaba, pero, sin embargo, ese aroma y los brazos de la joven

ajustándose por su cintura, porque Wilson estaba parado y ella medio

incorporada en la cama donde él la había puesto, en verdad le estaba creando un

ligero caos que no terminaba de entender.

— *No te vayas...*—volvió a murmurar la joven.

Sin embargo, en vez de alejarse, logró que él se sentase en la cama, y el hombre, se supone, uno de los más fríos y calculadores del mundo estaba cediendo ante un tortuoso impulso.

Una chica preciosa, que se le ofrecía sin pudor. Wilson siempre había sido un hombre que supo controlar sus impulsos o cualquier deseo que su cuerpo le

ordenase, pero ahora, quizá por el mismo motivo que lo había impulsado a rescatar a Jin de manos del libidinoso del bar apestoso; *ahora es como si su cuerpo se negaba a salir de allí.*

Y Jin, con sus ojos brillantes, sus labios entreabiertos, y sus hombros blancos descubiertos no eran de mucha ayuda. ¿Será que la muy imbécil

acostumbraba a beber así, y luego terminaba amaneciendo en la cama de cualquiera?

Wilson no podía asociar esa imagen con ella. De algún modo, no podía aceptarlo. ¿O no quería? Luego las apestosas palabras del idiota de Scott.

“Con solo unas palabras, esa chica podría destrozar tu carrera, tú ya sabes cuál es su punto débil. Úsalo. Sedúcela”

Si tan sólo ahora él moviera un dedo, estando ella tan vulnerable en este momento, podría usar ese movimiento a su favor. Jin sería completamente suya.

No habría forma que pudiera delatarlo. ¡Al diablo! Hasta él tenía que aceptar que una debilidad de Jin Carter era él mismo.

No creía que fuera amor, pero si mucha admiración y *deseo* por lo que veía y notaba con la actitud de la joven.

Las pupilas dilatadas de ella le decían que estaba excitada. Y mucho.

¡Al diablo! Él no era ningún héroe y aprovechar el punto débil de otros siempre había sido su fuerte, no interesaba cual fuere. Y además que tampoco era de piedra y Carter era muy bonita.

— *No me iré a ningún lado, Carter* —finalmente murmuró en el oído de la joven, calentando éste, con el aliento a tabaco y té verde, que Jin, aun en su estado casi alucinógeno, conocía muy bien.

Ya no había vuelta atrás. Prácticamente luego de ese susurro se arrojó sobre el cuerpo de la joven, que lo recibió con unas ansias de como quien recibe agua

en un desierto. Y fue allí, en medio de ese frenesí, en que sus labios hicieron contacto por primera vez. Los labios de Jin eran suaves y dulces, muy en contraste con los suyos.

Jin cerró sus ojos... *y simplemente se dejó hacer*. Estaba teniendo el mejor sueño vívido de su existencia.

Porque sólo era un sueño *¿verdad?*

Capítulo 6

Muchos dicen que los recuerdos, al final, son iguales a los sueños.

Eso podría decirse de alguien como Jin Carter, que llevaba tanto tiempo soñando con Luke Wilson, como una tortuosa, oscura y deliciosa costumbre, que

aquel onírico momento de borrachera, a la cual justamente había caído por causa

de sus sentimientos hacia él, le pareció sencillamente *otro sueño más*. No podía ser real. Justamente por eso Jin no se había dado cuenta de que este instante que estaba viviendo no era un sueño. En verdad ella *estaba creando un recuerdo real*.

Ese tacto sobre su piel.

Esa humedad.

Esa sensación de estar siendo absorbida.

Ese calor voraz que le abrasaba los labios.

Esa sensación de que su bajo vientre estaba siendo objeto de arremolinamientos intensos, que no había tenido antes en ningún otro sueño anterior.

Lo mismo le ocurría con esa impresión de que eran sus uñas reales lo que se clavaban con fuerza en aquella añorada espalda ancha. ¡Pero qué buena ilusión!

Jin no quería despertar nunca. Hasta había olvidado que durante todo el día albergó ese deseo de golpear a ese hombre de sus sueños, por haberla engañado

para inducirla a cometer un crimen atroz, pero ahora que lo tenía de vuelta en una de estas increíbles ilusiones nocturnas, incluso había olvidado su nombre.

Y más ahora que el sueño se veía más vivido que nunca. Más diferente. Más sustancioso, tan real. Este sueño era diferente. Podía sentir la calidez de unos dedos explorando mucho, debajo de su vientre. No era igual a las otras visiones

fantasiosas y utópicas.

Hasta que un dolor desconocido y delicioso se hizo presente, en aquel

centro de placer suyo, aquel que nunca hombre alguno había conocido ni visto antes, solo el “Wilson” de sus sueños. Tan real, que le dolía como si el alma se le fuera a salir. Sintió que gritaba, justo por culpa de ese dolor punzante y repentino, hasta que su “Wilson” pareció detenerse, como asustado ante tamaña

revelación.

¿Acaso hasta en los sueños un hombre podía darse cuenta de la virginidad de alguien y que ella misma sintiese tanto dolor?

El "Wilson" que ella creía de sus sueños la miraba con gesto asombrado. No se le ocurrió que ella fuera una doncella, después de todo ya tenía más de veinte años, pero se había encontrado con una castidad inesperada.

Se detuvo por un rato, hasta que finalmente hizo lo posible para relajar al cuerpo bajo suyo, y Jin se dejó hacer por este "Wilson", tan real. Tan sensual, delicioso, húmedo, sí, doloroso, pero al final pudo disfrutar de este sueño tan completo.

Veía al hombre que amaba posándose sobre ella, con una mano colocada a un lado, como si con ello, no quisiera aplastarla con su peso y otra mantenida sobre la cintura desnuda de ella, poseyéndola, tomándola, moviéndose lentamente al compás de una danza desconocida y nueva para la joven. Nunca había soñado esto.

Ese rostro desconcertado que tenía hace un rato, como si hubiese descubierto algo, había desaparecido y ahora el hombre la miraba como si no pudiera detenerse. Ese roce tan delicioso, continuo, de esa extensión proveniente de la figura del hombre que ella tanto deseaba. Rogaba nunca despertar.

Era demasiado real, placentero, doloroso y vibrante.

Jin sintió perder la voz cuando gritó con todo lo que daban sus pulmones cuando creyó sentir que una vibración extraña se daba en su parte baja con un líquido que parecía que se le subía por el vientre. Podía gritar lo que quisiera.

Total, sólo era un sueño.

Sus ojos verdes se abrieron con dificultad, cuando el pesar del intenso brillo matutino le entró por ellas. Siempre olvidaba comprarse cortinas y ahora era uno

de esos momentos en los cuales se odiaba por no haberlo hecho. Ese maldito sol

le entró por la cara.

Jin, en un acto reflejo estiró las sabanas para cubrirse el rostro, pero se incorporó muy rápido cuando se dio cuenta que algo no andaba bien.

No recordaba haber llegado anoche allí. La muchacha parpadeó confusa

cuando se palpó y notó que no llevaba nada de ropa. Estaba completamente desnuda, y pudo detectar a un lado de la cama sus ropas desperdigadas. Eso la

alarmó ligeramente.

Pero el verdadero sobresalto le vino cuando sintió un dolor muy patente en su zona íntima, y también en sus muslos. Eso fue demasiado.

Se levantó de inmediato de la cama, y cuando vio los rastros rojizos ya secos sobre las sabanas, sí que terminó de tragar saliva. Acercó su rostro a ella.

Parecía sangre mezclada con algo más, que el interior objetivo y consciente

de Jin ya podía sospechar que era, aunque su incredulidad y su deseo ferviente

de no haber cometido una barbaridad anoche, le rogaba que no fuese aquello.

Pero luego de ver esa mancha, el desorden de su cama, sus ropas tiradas, las marcas rojizas entre sus senos, su vientre... pero por sobre todo el dolor punzante entre sus muslos. Se llevó las manos a la boca.

¿Qué había hecho?

En ese instante, un olor intenso, proveniente del cuarto de a lado, a algo que ella conocía muy bien, le entró por la nariz.

El aroma de cigarrillo y té verde...

Jin se cubrió como pudo con las sabanas, y salió caminando a pasos largos al otro cuarto, de dónde provenía el olor, y cuando vio el humo y la figura alta de espaldas, fumando en el ventanal abierto, casi se cae de espaldas.

—Tú...

Wilson se volteó a mirarla, sacando el cigarrillo de la boca y sin cambiar su mirada impasible.

—Ve a bañarte. Iremos a desayunar en otra parte —fue todo lo que le dijo.

Jin, aún confusa, agradeció mentalmente esas palabras, porque en ese momento no tenía idea ni de qué pensar ni hacer, y más con ese descubrimiento.

Necesitaba desesperadamente estar sola en algún lado y pensar. Además, vomitar. Era evidente que todavía el ron causaba estragos en su estómago. Corrió al baño del cuarto, donde se metería en la tina y rogaría no salir nunca.

—Esto no puede estar pasando... —se dijo la joven al tiempo que entraba en zancadas al cuarto de la ducha que también tenía una tina.

Wilson bien podía haberla dejado luego de los sucesos de la noche anterior, y confundirla con algunos de los sueños eróticos que solía tener la muchacha, pero prefirió quedarse allí, porque tenía motivos fuertes.

Ya desde el momento en que había tomado la decisión de poseerla había sido consciente de sus actos. Al principio pensaba tener esas relaciones sexuales y luego marcharse, para después ver qué hacer dentro de este descarado plan de

seducción y así hacerla olvidar de su confusión con respecto al engaño que la indujo a asesinar a un miembro del gobierno corrupto, utilizando aquel sexo casual de algún modo, a su favor.

Pero Wilson se había encontrado con un detalle que no se esperaba. *Jin había sido virgen.*

Y a pesar de su idea inicial, él sabía que las mujeres recién desfloradas tendían a ponerse sentimentales y quizá eso podría arruinar ese plan. Tendría que quedarse. Y como era domingo, pues llevarla a desayunar algo, quitarla del lugar

y de alguna forma definir esa "relación".

Ya la carta había sido echada, ya estaba dentro del juego y no le cabía más remedio que jugarla. Volvió a meter el cigarrillo en sus labios. Tenía que reconocer algo.

No la había pasado nada mal.

A decir verdad, el disfrute que había tenido no era como la de cualquier relación sexual que haya tenido antes, ésta de algún modo se le antojó diferente.

Quizá porque la muchacha aún era doncella y ese tipo de cosas causa una excitación diferente.

Si, quizá era eso. Igual desechó de inmediato ese pensamiento. No tenía importancia.

Debía seguir con ese juego, ya cuando ella saliese de esa ducha, tendría que hacerlo de algún modo que no se saliera de su propio carácter.

Al estilo Wilson, para que pareciera creíble.

Apenas entró al baño, tardó unos buenos minutos en entrar en la tina. Jin todavía estaba anonadada.

¿Cuándo había dejado de ser un sueño y tornarse real? Se quedó a estudiarse primero en el espejo.

Las señales de todo aquello que creyó estar soñando estaban a ojos vista.

Su cuerpo lucía muy diferente, extraño, como si la idea de saber que había sido poseído por alguien le hubiese otorgado un color y una forma diferente.

Sí. Había tenido sexo con Wilson. Eso ya podía saberlo. No había sido una ilusión o un juego de su mente Y la vergüenza apenas le entraba por los poros,

así que apartó la mirada y prácticamente se arrojó a la tina que estaba llenando

de agua muy fría.

Como si quisiera que le entrase por la piel y la ayudase a pensar con la cabeza despejada.

Algo imposible desde tiempos inmemoriales. *Cuando se trataba de Wilson nunca había podido pensar de forma clara.*

Tragó saliva. No sabía lo que pasaba, pero sin embargo él, además de

probablemente salvarla de quién sabe qué, había pasado la noche con ella, y todavía seguía allí afuera, como esperándola. Había tenido todas las

posibilidades de marcharse y dejarla confundida, pero en cambio se había quedado.

Jin tragó saliva. ¿Podría significar algo o significar absolutamente nada?

Pero, sin embargo, allí estaba. Afuera. Con su mirada impávida como si nada hubiese pasado.

En cambio, ella estaba hecha un ovillo. En unos minutos que no parecían acabar, unos golpes en la puerta la sacaron de allí.

—Oye. ¿Ya estás lista? —oyó la voz de Wilson, con un ligero dejo de impaciencia.

Jin se sobresaltó al oír esa voz aguda y más cuando miró el reloj de pulsera que estaba sobre el lavabo.

Hace más de treinta minutos que había entrado. Logró sacar un maullido de voz.

—Un segundo. Ya termino —se limitó a responder.

Ya no podía seguir ganando tiempo inútil. No quedaba más que salir y enfrentar lo que había allí afuera.

Él había ordenado fideos chinos.

No importaba la hora que fuera. Wilson nunca renunciaba a la oportunidad de comerlo, porque era su plato favorito.

Jin solo se limitó a té. Su estómago no daba para más, y además estaba demasiado nerviosa. Por el camino, que hicieron a pie, no habían cruzado

ninguna palabra, de hecho, Jin ni se atrevía a alzarle la mirada, aunque el pequeño restaurante chino sólo quedaba a unas cuerdas del apartamento de ella.

Cerca, sí, aunque Jin nunca antes había entrado.

Pero Wilson lo conocía muy bien. Ese hombre no se perdía una. Jin volvió a tragar un poco más de su té, al tiempo que miraba de reojo a Wilson que

seguía

comiendo los fideos como si nada. Con una tranquilidad pasmosa, con el mismo

rostro impassible que tenía donde sea. Ya sea sentado en su oficina de director o

en medio de algún tiroteo en alguna misión.

Sólo cuando el repentino sonido de su voz aguda le sucumbió los oídos, que

por cierto casi la hace atragantarse con el té, fue que pareció sacudirse por completo la modorra.

—¿Estas bien? —fue lo que dijo, sin dejar de mirarla, como si así quisiera poder adentrarse en sus pensamientos.

De alguna forma eso le dio valor a Jin para hablar.

—Sí, estoy bien —y dejando la taza sobre la mesa, dirigió sus ojos verdes al hombre que no le soltaba la mirada—. Ya sé que a estas alturas resulta tonto preguntar, pero ¿es verdad lo que creo que ha pasado entre nosotros?

—Si —musitó a quemarropa el hombre, sin dejar de mirarla ni por un segundo

Jin tragó saliva.

—Si es que mi memoria residual no me falla... supongo que tú me salvaste.

Él no respondió, en cambio se llevó a la boca una taza de té frío para bajar los fideos que se acababa de engullir.

La muchacha decidió atreverse a más.

—Supongo que... —quiso decir ella, sin tanta seguridad, pero fue bruscamente interrumpida por él.

—Es mejor que tu hermano no lo sepa. No lo entendería. Creo que ya sabes que Carter puede llegar a ser extraño cuando se trata de ti.

Sin dejar de mirarla siguió hablando.

—A lo que quiero llegar es que lo que pasó no fue necesariamente algo casual, ¿lo entiendes?

La joven se quedó muda ante tamaña declaración. Era evidente que con Wilson no iba a tener una de esas charlas llenas de indirectas.

—Es por eso que me quedé anoche —añadió el hombre, volviendo a llevar la taza de té a su boca—. Pero no debe salir de aquí.

—¿A qué te refieres?

—A lo que me refiero *es que quiero seguir viéndote...* pero escúchame bien, nada de juegos ni cosas extrañas. En el trabajo, las cosas no van a cambiar, seguirás siendo mi subordinada, y la situación va a mantenerse tal como estaba.

No es necesario que cambie nada. ¿Lo comprendes? —espetó Wilson de fino, aunque segundos después se reprochó mentalmente haberle dicho todo esto de forma tan fría y directa. Pero bueno, la zalamería tampoco era lo suyo, y desde

que había decidido que seguiría este juego, decidió que lo haría al "estilo Wilson".

— ¿Q-quieres que seamos amantes? —finalmente tartamudeó la joven

Wilson bajó la taza, y sin dejar la mirada glacial, añadió:

—Nunca me gustaron las etiquetas. Y eso tampoco cambiará ahora. *Quiero seguir viéndote*, pero sin complicar las cosas ni entrometer extraños. ¿Lo entiendes, ahora?

Y sí, dicen que el amor siempre se deja llevar por lo emocional y jamás por la lógica, porque si Jin hubiese razonado en esos cortos segundos que tuvo quizá

hubiese puesto algún “pero” a todo esto. Bastaba rebobinar la mente y percatarse

de que él la había encontrado en un estado vulnerable y se había acostado con ella sin interesarle su indefensión.

Es más, hasta aun después de darse cuenta de su virginidad no había parado y en cambio había terminado lo que había empezado. Pero la mente de Jin se fue

directamente por lo irracional y romántico .

A él como héroe, salvándola de un bar de mala muerte, para después terminar haciéndole el amor, quizá movido por algún sentimiento. ¡Claro! *Un sentimiento*.

El cual también era la única explicación para lo que él le estaba pidiendo.

Porque quería seguir viéndola. Si, quizá sin entrometer a terceros y sin hablarlo con nadie... pero estaba enfrente mismo de un deseo largamente anhelado en secreto.

Podía tener al hombre que amaba. Y no porque ella se hubiese puesto de buscona, sino porque él se lo había pedido. Jin se palpó el rostro por un momento.

Ya no pudo seguir conteniéndose y posó su mano sobre la que Wilson tenía

sobre la mesa, sobresaltando ligeramente a éste, que no se esperaba tamaña reacción.

Tenía la mirada oculta bajo sus flequillos oscuros y unas lágrimas

empezaron a asomarse por sus ojos verdes, muy ligeras, pero que Wilson con sus ojos de halcón no pudo dejar de notar, y fue entonces que Jin apretó la mano que

Wilson siguió manteniendo extendida tal como estaba, sin moverla siquiera un milímetro.

La muchacha no podía ni hablar. Wilson, quien esperaba una respuesta a su... ¿proposición?, se dio cuenta que no necesitaba palabras.

El calor de esa mano que apretaba la suya ya le estaba dando una. Y

bastante elocuente, además.

Jin no podía verlo, pero en ese momento, se destiló por los ojos de Wilson un brillo de alegría infernal.

Al fin, ella era suya. Por fin la tenía en sus manos.

No importaba lo que pasara ahora. Ella no lo delataría jamás.

Capítulo 7

— *¿Quieres que seamos amantes?* — finalmente tartamudeó la joven

— *Nunca me gustaron las etiquetas. Y eso tampoco cambiará ahora. Quiero seguir viéndote, pero sin complicar las cosas ni entrometer extraños. ¿Lo entiendes, ahora?*

Dos días desde esta conversación y aun Jin no acababa de creérselo. Se le figuraba como un sueño o una de esas alucinaciones quizá. Pero era algo real,

tangible y en verdad que había dormido con Luke Wilson. De todos modos, no

podieron verse desde aquello, porque al día siguiente, su hermano le asignó una

tarea junto al equipo del Ninjetti que dirigía. Su posición y jerarquía le daban la posibilidad de darle a Jin ese tipo de tareas, claro, siempre y cuando Luke Wilson o el agente Danvers no la tuvieran en otra. Era claro que luego del desastre en casa del Fiscal, Luke se cuidaría de darle una misión tan pronto.

Así que viajó a Ohio con el equipo para rastrear a unos potenciales

revendedores ilegales de armas del ejército venezolano. No es que al gobierno le

importe el nido corruptivo de aquel país, sino que no podían permitir la libre circulación de armas en esas condiciones. También valía para investigar las conexiones que tuvieron los contrabandistas para ingresar aquello.

—¡Jin! Vuelve a la tierra, muchacha... —el llamado de atención de Hayes, uno de los miembros del Ninjetti, la regresó al mundo.

Estaba totalmente idiotizada y desconcentrada. No había podido aportar

ninguna sola idea en ningún momento y vaya que siempre era bastante

parlanchina y gozaba de entrometerse mucho en los planes. Siempre había sido

una agente muy perspicaz, eso no podía negársele, sumado a su carácter alegre,

pero estaba extrañamente pensativa. Como ida. Absorta. Extraña. Y además haciendo algo que usualmente nunca hacía, como revisar de manera constante su

Smartphone, como buscando algún mensaje que nunca llegaba.

Esto no escapó de los ojos vigilantes de Lance, que fuera de la mancomunion que tenían, ya que la conocía desde que era niña, también la conocía mucho mejor que nadie. Más incluso que el propio Ethan. Tuvo un mal presentimiento.

—Esto debe ser una broma —murmuró Scott al oír parte de lo que Wilson le estaba contando.

Más que nada por la forma en que él narró haberle hecho su particular pedido.

De hecho, la invitación a este almuerzo ya era extraña, pero todo terminó por volverse hasta cómico cuando Wilson confesó que había echado a andar el plan que Scott le sugirió. La de seducir a la muchacha que podría llegar a arruinarlo, para seguir ocultando el caso del atentado en casa del Fiscal.

—Scott, deberías pensar más las palabras que vas a poner en tu boca — mencionó Wilson bebiendo sake, una bebida japonesa que le gustaba bastante.

Herencia materna. Estaban en el pequeño restaurante japonés, favorito de Wilson, que quedaba un poco alejado del edificio de las oficinas del ASS.

Justamente un detalle que le gustaba, porque no le agradaba ser visto ni que nadie supiera mucho acerca de sus gustos.

—Pero esa no es la forma... Dios, Wilson, ya sabes cómo son las mujeres.

Para ellas, y en especial, las chiquillas como esa, tienden a pensar mucho en los detalles de sus relaciones amorosas. No puedes ser tan insensible.

—Admití que el Ninjetti la llevase con ellos a una misión lejos de aquí — admitió Wilson. Todavía resultaba extraño para él lo que había pasado y lo

más

seguro era mandarla lejos, donde no le provocara pensar en ella.

—Mal —añadió Scott poniéndose serio—. Estas horas son determinantes para ti. Hazla buscar, no sé, quítale esa misión encima, dale días libres... y muéstrale un poco de esas cosas que a las mujeres tanto le importan. Sólo así estarás seguro de tenerla a tus pies. ¿Por qué eso es lo que buscas, ¿no?

Wilson, quien no era afecto de tener este tipo de charlas se estaba

incomodando. No le gustaba hablar de su vida íntima, y la charla con Scott no

había incluido detalles sobre la noche que había pasado con la joven, sólo la confesión de que la idea que él le había dado, la había puesto a funcionar, pero

de todas formas no le agradaba sentir que alguien pudiese saber algo tan íntimo e impropio de él. Porque dormir con subordinadas no era correcto. No existían prohibiciones para ello, pero no sería bien visto.

Así que arqueó una ceja cuando Scott le describía lo que podía hacerle a Jin.

—Hazla venir y sorpréndela en su departamento. Tráele unas flores,

averigua cuáles son sus favoritas. También puedes regalarle uno de esos bombones y dale una de esas noches difíciles de olvidar... créeme, las mujeres

son así de simples —y luego, señalándole con el dedo agregó—. Y tú, mi amigo, precisas tener a esa chica a tu merced. Puede destruirte. Así que debes jugarte bien las cartas.

—¿Tanto fanfarroneo? —preguntó Wilson, más animado, al recordar que

Jin podía destruirlo si quería, al denunciar lo que había ocurrido.

—Si no eres capaz de recordarlo, lo apuntaré para ti en unas notas, así no se te olvidan. Estaba obviando que justamente no eres el ser más vivaz que conozca

—agregó Scott

—Ya me arrepiento de habértelo dicho —atinó Wilson, aunque no dejaba de darle razón a su amigo y viejo compañero de armas.

Aunque quiso no dar importancia a los consejos de Scott, tras el almuerzo,

Wilson no pudo dejar de pensar en los dichos de aquel loco. Y él, pues tampoco

era tan tonto para no darse cuenta de que lo que decía tampoco era tan ilógico.

No podía refugiarse en su misantropía y dejar de reconocer que las lecciones de

ese ex Lobo de Mibu eran desatinadas.

Y eso que Scott no sabía ciertos detalles, como que Jin había sido inexperta

y que él no tuvo muchos miramientos con aquello, pero se dio cuenta de que estaba metiendo la pata al no buscarla de ninguna forma y con haber consentido

enviarla a una lejana misión, sólo porque no quería lidiar con las novedades de

su relación.

Wilson arrojó el cigarrillo en el cenicero. Tenía que admitir que Scott tenía

más tacto, y que, si no quería echar a perder todo el numerito que venía haciendo, pues tendría que adecuarse y ponerse en un plan más tierno con la

joven. Lo primero que hizo fue teclear a uno de los centros de mando y ordenar

que la agente Carter fuera relevada de su misión de inmediato, y que regresara

cuanto antes.

El hombre suspiró luego de cortar la línea. Al menos la primera parte más fácil ya estaba hecha. Ahora venía lo difícil.

Buscar alguna de esas porquerías que Scott sugirió que busque. Buscar algo que sorprenda a la joven. Porque ese era el objetivo ¿no? Aunque detestaba estar

en un plan como éste. No es que tuviese escrúpulos, pero no se sentía bien haciendo esto de manera fingida.

Él no era muy avezado en sus relaciones privadas. La única mujer con la que había llegado a estar por mucho tiempo fue Lisa, pero al final tampoco aguantó compartir sus intimidades con alguien y acabó esa relación, aunque eso

no fue impedimento para que durmieran juntos algunas veces más después.

Aunque también eso lo cortó, porque no le agradaba compartir tanto con una persona y exponerse a ella. Eso le estaría creando debilidades innecesarias y contraproducentes ¿Cómo podría hacer bien su trabajo si los tuviera?

Ya estaba dentro del juego y no estaba ahora para perder lo que ya había ganado.

Cuando recibió la orden de regresar a New York, Jin se sorprendió mucho, aunque tampoco se detuvo a analizarlo. Más bien lo único que se le pasó por la

cabeza es que quizá ya no confiaban tanto en sus habilidades. Seguramente Hayes habría informado sobre su desempeño, y eso le valió aquel trabajo.

¡Bobo!, ya se vengaría de ese estúpido. Aunque no negaba que le venía muy bien

tomarse libre, porque tenía que admitir que estaba fatal.

Quizá porque aún podía sentir sobre su cuerpo, como vagos recuerdos, las manos de Wilson sobre ella, o porque ya no era capaz de sentir en su boca, el sabor de los labios de ese hombre. O que el muy imbécil luego de proponerle

"seguir viéndose", se desentendió y ni siquiera le mandó algún texto miserable.

Si, ya sabía que él había sido claro con la regla de que en el trabajo las cosas no cambiarían. Pero se supone que en el resto sí debían cambiar. ¿Qué hacían los amantes como ellos?

Escribirse textos, amanecer algunas noches juntos, almorzar ...

Para Wilson, parecía que ninguna de esas cosas parecía algo viable o posible.

—En que problema vine a meterme —murmuró para sí, bajando del avión que había tomado para regresar más pronto a la ciudad. La agencia pagaba, así

que esos burócratas debían apañárselo. Pensaba comprar palomitas instantáneas

y ver algún drama, pero no dejaba de pensar en Wilson. Estaba como siempre, sólo que ahora tenía el detalle encima de que sí había dormido con Wilson en realidad y ya no como un sueño erótico estúpido.

Todo lo conducía a él. Y no dejaba de darle vuelta a todo. Como, por

ejemplo, que le hubiese gustado no estar ebria cuando tuvieron sexo, para por lo

menos tener imágenes con que recrearse cuando estaba así de nostálgica.

Imágenes reales y no ilusiones que se implantaba a sí misma.

También pensaba más allá y recordaba a la mujer con quien lo había visto una vez, hace tiempo de aquello, pero Jin no olvidó ese detalle jamás.

¿Seguiría

su relación con aquella dama? Tan femenina, de aspecto tan tierno y plenamente

capaz de vestirse de blanco sin ensuciarse, a diferencia de ella, que siempre se embarraba con lo que sea.

Unos celos intensos vinieron a apoderarse de ella. Misma que había sentido

desde que la conoció y la vio con Wilson. Cuando la envidia la carcomía porque

ella si había podido tenerlo, a diferencia suya, encontró la tienda abierta y entró a comprar las palomitas, y varios potes de comida instantánea.

Pensaba atiborrarse de comida y autocompasión.

Había tardado bastante en el *minimarket* comprando esas cosas que llegó ya casi pasada las once de la noche a su departamento. Obviamente el lugar estaba a

oscuras, así que ni siquiera tocó el interruptor de luz, para bajar la bolsa de la compra sobre la mesa. Solo cuando sintió que la lámpara del otro lado de la sala

se encendía, fue que sus sentidos se agudizaron.

Igual, si hubiese sido un asesino, ya la hubiese matado, porque su

perceptibilidad se vio paralizada al notar la figura que se erigía sentada en el sofá, junto a aquella lámpara. Luke Wilson estaba allí mismo, con su infaltable

cigarro en la boca y su mirada de autosuficiencia característica. Sólo eso le impidió gritar como cualquier mujer normal ante un intruso.

—Al fin llegaste.

Jin aún estaba incrédula. ¿Esto era en serio? ¿Él en verdad estaba aquí? Por un ligerísimo segundo pensó en arrojarle uno de sus zapatos para comprobar que

fuese real y que no fueran sus odiosas hormonas jugándole una broma.

Como seguía perpleja, él se levantó, pasando por su lado para tocar el interruptor de luz.

—¿Cómo entraste? —preguntó la joven, casi estúpidamente. Wilson era "el espía", así que habría sido cosa de niños para él.

—Pues por la puerta ¿Qué son esas porquerías que trajiste? —respondió él y mirando las bolsas que Jin había dejado sobre la mesada.

La joven, finalmente se repuso y fue a quitar el contenido de las bolsas.

—Traje algo de cena...

—No entiendo cómo puedes seguir viva comiendo esas porquerías, tira eso... traje comida de verdad. No quiero que vayas a trabajar mañana débil, porque no eres capaz de alimentarte bien. Esa es una regla principal en una agente —agregó Wilson encaminándose hacia la cocina y haciéndole una seña para que ella lo siguiera.

Todo esto, ante la atónita mirada de la joven, quien hacia sin chistar, lo que

él le pedía.

No podía creer que estuviera por aquí.

Para su mayor sorpresa, Wilson, quien ya había comprado y recalentado alimentos, además preparó comida japonesa con ingredientes locales en perfecta

fusión.

Vegetales salteados con salsa agridulce y arroz blanco con curry. Muy sencillo, pero intensamente delicioso.

Por primera vez, Jin comió con ganas.

—¿Cómo aprendiste a cocinar de esta forma? —apuntó la joven al tiempo que bebía

una taza de sake de la botella que él había traído. Habían acabado la cena ya.

—Tu deberías saberlo. Aprender a sobrevivir de todas las formas posibles es parte de la cualidad de un agente —observó el hombre bebiendo también lo suyo. Habían conversado poco en los minutos que tardó en cocina y la cena propiamente dicha, sólo lo básico.

Extrañamente, contrario a lo que pensaba, Wilson estaba muy relajado y calmado. La presencia de la joven se le hacía natural, y de por sí eso era extraño, porque no recordaba haber cenado en compañía de alguien en bastante tiempo.

Ella rio con todos sus dientes, y llevó una mano a la cabeza. Poco a poco también iba perdiendo nerviosismo y volver a ser la de siempre.

—Es que siempre tuve un restaurant a mano, y la verdad no cocino muy bien.

—No es algo difícil —argumentó Wilson

—¿Podrías enseñármelo? Ya sabes... algunas veces, cuando tengamos días

libres —lanzó Jin, aunque apenas lo dijo, enrojeció violentamente, porque sus palabras encerraban un significado que ambos no habían terminado de zanjar.

Pretendía desdecirse, pero Wilson la sorprendió.

—Mientras no sea molesto...

Una respuesta sorpresiva hasta para él mismo. Pero no podía negar el ambiente de distensión que le proporcionaba la joven, que fácilmente le hacía olvidar que todo esto no era más que un engaño para tenerla engatusada a él y evitar que lo delatase.

Jin ya estaba lavando los cubiertos, con el único objetivo de mantener sus manos ocupadas. Nunca le gustaron las tareas hogareñas, pero haciendo eso, podía mantener sus ojos en el hombre que leía algo en su sala y verlo sin disimulo. En realidad, ni siquiera estaba segura de qué hacer ni decir. Era la primera vez que tenía un hombre con ella de esta forma.

¿Wilson querría tener relaciones sexuales?

¿Cómo tenía que pasar?

¿Ella o él tenían que iniciarlo?

Un sinfín de interrogantes y dudas la estaban carcomiendo.

¿Esto era ser amante de alguien?

Por eso no vio venir cuando la abrazaron por detrás y ese aroma tan delicioso de té verde le entró casi al instante por las fosas nasales.

Touché.

Parecía que sus pensamientos podían ser leídos y por tanto quitarla de aprietos por causa de la inexperiencia. También olvidó el resto cuando una de esas manos empezó a darle un toque contorneando sus formas por encima de su

camiseta blanca, haciendo que la piel de Jin se erizara desde la planta de los pies.

Esas manos siguieron explorando, trazando, acariciando, y a la vez con la respiración pausada y tibia en su cuello que le hacía temblar.

Jin estaba tiesa. No podía moverse. Sentía como si una excitación se le subiera por debajo de sus caderas que no podía controlar, más cuando esas manos empezaron a distribuirse de tal forma que la hicieron gemir. Una se coló

por debajo de la camiseta, pasando sus dedos por el vientre, el ombligo y el inicio del *brassiere*, sopesando delicadamente los senos de la muchacha. La otra hacía lo mismo, bajando de su cintura y contoneaba parte de sus glúteos, haciendo que la joven pegara un respingo.

Todos esos movimientos sumados a ese eterno olor a té verde y bergamota, con notas de tabaco que salían del aliento de ese hombre ya la estaban haciendo

perder el sentido. En algún momento, esas manos traviesas desprendieron su pantaloncillo y fueron más allá, haciendo que Jin diera un gemido más fuerte.

—¿Te gusta? —lo oyó decir, pegando su aliento a su cuello, besándolo, sin dejar de explorar con sus dedos expertos.

Esos dedos finalmente fueron más allá, en las profundidades de la intimidad estrecha de Jin.

—Ay... por todos los cielos... —exclamó Jin en el medio de tan delicioso

frenesí.

—Te llevaré a uno —le murmuró él, en un momento que a Jin le pareció perfectamente íntimo. Y que la estaba llevando al borde del colapso.

—¡Si! —gritó sin pensar.

Eso bastó, para que él la volteara y en un movimiento rápido se deshiciera del pantalón de ella y de su prenda íntima que ya estaba hecha jirones a esas alturas. Jin instintivamente se cargó por el cuello del hombre y lo rodeó con sus piernas. Fue ahí que sus labios hicieron contacto apasionado.

Si fuera por Wilson, quien en verdad estaba bastante excitado, no le hubiera molestado hacerle el amor sobre la mesada, pero también recordaba que iba a ser

la segunda vez de la joven. Todavía podía dolerle, así que se la llevó al cuarto, caminando despacio con ella colgada a su cuello.

Jin se aferraba con toda su fuerza, como si con este aprisionamiento se asegurara de no dejarlo ir nunca, aunque a Wilson le supo cómo pluma.

En verdad, ella no quería dejarlo ir, que no se fuera como en sus sueños.

Wilson le hizo el amor de una forma que nunca pudo imaginar. Mejor que en sus sueños o los pocos recuerdos que tenía de su incidentada primera vez. El

hombre la besó y acarició cuanto pudo, y aunque se convencía de que lo hacía

por cumplir, la verdad es que no podía parar.

Jin se le hacía demasiado bonita. Y despedía un aroma rico. Era imposible pretender que esto era una obligación como él intentaba grabarse en su

mente.

Sus gemidos y suspiros le gustaban. Su piel era demasiado suave. Sus maneras eran tan delicadas. Recordaba la primera vez que se había acostado con

ella, y si bien, a él le gustó mucho lo que sintió esa vez, en esto no podía compararse. Porque sentir por sus poros a una mujer completamente consciente,

que se dejaba hacer y se entregaba con confianza, era mucho más delicioso.

Al inicio fue un poco incómodo para Jin, pero esas manos y el saber que estaba entregándose al hombre que había amado desde siempre, fue suficiente aliciente para que la muchacha se relajara y se diera al placer de sentir este cielo.

Jin durmió esa madrugada arropada entre esos grandes brazos que la recibieron cuando cayó exhausta del cansancio y la felicidad. Estaba feliz, porque estaba plenamente convencida que alguien que podía hacerle sentir todo

esto, solo podía ser, quien en verdad le correspondiera.

Al día siguiente despertó sola.

Sonrió, con una sensación única en el vientre que salía como cosquillas en el corazón.

Tocó la parte de las sabanas donde él estuvo durmiendo. Las olió. Seguían teniendo su aroma.

Pero no se sintió turbada ni molesta. Ya sabía cómo era Wilson y quizá se marchó temprano porque debía irse a su casa a cambiarse antes de ir a la

oficina.

No se sintió sola ni abandonada como la otra ocasión. Estiró sus brazos en señal

de satisfacción.

Entró a ducharse, así como estaba. Había dormido desnuda así que no tuvo que hacer nada más. No podía pedirle nada más a la vida.

¿O sí?

Solo contaba los segundos que faltaban para llegar al trabajo y encontrarse con el hombre que había cancelado su misión para tenerla de vuelta en la ciudad,

que le preparó una deliciosa cena y regalado una noche de amor que difícilmente

olvidaría.

Mientras Jin se entregaba al placer de la tina, en su teléfono inteligente estaba recibiendo un mensaje de seguridad clase A, de ese tipo que sólo mandan

o el Director en cuestiones de urgencia o el Consejo de Seguridad. El remitente

era del segundo.

" Agente Carter: se requiere su presencia en la base del consejo a las 10

horas. Razón: Protocolo de investigación en atentado contra Fiscal General"

Jin seguía cantando en el baño, totalmente ajena a que uno de sus más grandes temores se estaba haciendo realidad. El consejo de seguridad, que estaba

por sobre el Director de la Agencia de Seguridad había comenzado una investigación y la habían convocado a ella para interrogarla.

Capítulo 8

La puerta tras de Jin se cerró automáticamente. Era un portal munido de seguridad alta, y era obvio que no se abría con picaportes. La sede donde se reunía el Consejo de Seguridad estaba en el piso más alto del edificio del servicio de inteligencia donde Wilson era el director.

Nunca antes había venido a este sitio, así que tuvo que aprenderse un nuevo protocolo para llegar y dejar sus armas reglamentarias, así como pasar por un control de retina y huellas dactilares, para entrar. El llamado tenía nivel de seguridad A, lo que implicaba que Jin, como agente, no podía hablar con nadie

al respecto, ni si algún superior jerárquico a ella se lo ordenase.

Cuando entró a la reunión, estaba con miedo, no podía negar aquello, por su propia implicación y la de Wilson. Por ello suspiró con tranquilidad cuando la misma acabó.

El consejo solo le había comunicado acerca de la apertura de un protocolo de investigación, ya que, según las pesquisas entregadas, y un análisis de las mismas, habían arrojado que el accidente en casa del Fiscal no podía ser tal. O

era un caso fortuito o fue preparado por alguien con consumada experiencia en

tareas de espionaje e infiltración.

El consejo no había descartado ninguna teoría, pero pretendía reunirse con todos los agentes más calificados de la Agencia e interpelarlos por separado.

El

motivo por el cual no habían adherido al Director era porque pretendían hacer una investigación independiente, y el Consejo consideraba que, si Wilson sabía

que la mayoría de los agentes iban a ser interpelados, quizás era capaz de sumariar a todos, y el Consejo pretendía que todo siguiese su curso normal. Jin

estaba un poco aturdida. Si bien había tenido un alivio al saber que el Consejo no tenía sospechas sobre el Director, lo que en verdad le causó cierta aprehensión es el recordar su propia participación en aquel suceso y su propia culpa ante el incumplimiento ante su deber ante el Consejo.

Había mentido para proteger a su amante. Y eso no estaba bien. Además, sumada a su propia culpa, por haber matado gente que ella ni conocía.

Obviamente la situación no le cayó nada bien.

Ya para esas horas había olvidado esos besos que Wilson le dio la noche anterior, y que tanto la habían enloquecido. Ahora su mente de vuelta estaba

atrapada en el saberse responsable del derramamiento de sangre, en el cual participó, quizá sin saber, pero que ahora estaba encubriendo.

.

Wilson estaba en su oficina, validando algunos documentos y leyendo

reportes de agentes que habían dejado en su oficina. El único que estaba con él

en ese momento era el agente Danvers, que lo ayudaba con un soporte digital de

fotografías de una infiltración.

—Tengo algo que decirte... —dijo de repente el agente, luego de cierta duda

—¿Por qué tanto parafraseo? No creo que lo tengas que contarme sea un secreto de estado, así que suéltalo ya, cabeza de escoba —masculló Wilson, al tiempo que sostenía de mala gana un reporte y burlándose de paso, del particular

peinado de uno de sus agentes favoritos.

—Hoy estuve de audiencia muy temprano en el Consejo...

Wilson dejó su carpeta sobre la mesa y le prestó más atención. Si esos idiotas convocaban a sus agentes sin que él lo supiera, algo estaba pasando.

—¿Qué querían? —increpó Wilson

—Hablaron acerca de la apertura de una investigación por el caso del atentado a la casa del Fiscal. Creo que sospechan de alguno de nosotros.

Se suponía que el llamado era información secreta, pero Danvers sentía que le debía todo al director, así que no le importaba violar esas reglas de confidencialidad.

—Ya veo, entonces interpelaron a todos los agentes hoy. Con razón la mayoría hizo sus marcaciones un poco más tarde, eso lo explica todo —
concluyó Wilson, aunque ya su mente había empezado a maquinarse cientos de ideas.

De pronto se levantó y enfiló hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Danvers, sorprendido ante el arranque del director

—Voy a poner en claro algo, tu quédate aquí y acaba esos reportes. De

hecho, vuélvelos a empezar, si no lo haces para cuando regrese, te juro que te enviaré al departamento de tránsito a cobrar multas callejeras —amenazó el director y salió del lugar.

El cabeza de escoba bufó, pero sin enfado. Sabía como era él y tenía su confianza.

Wilson ya no oyó cuando Danvers le rezongó. Su mente ya estaba en otra cosa mientras caminaba por los pasillos para subir al ascensor rumbo al último piso.

Si convocaron a todos los agentes, ¿Por qué Jin no le había dicho nada?

De alguna manera él esperaba que ella fuera la primera en revelarle eso, y no Danvers. De él no se extrañaba, Danvers era su marioneta, pero Jin se suponía que también debía serle fiel. Justamente había entrado a esos juegos de amante con ella, para tenerla entre sus manos.

Pero por el otro también se daba cuenta de que el Consejo no tenía ninguna información y que Jin tampoco le habría revelado la verdad, porque si hubiese ocurrido esto último, ya lo hubiesen hecho arrestar, pero esto no ocurrió.

Solo cuando la escotilla del ascensor paró en el piso número 70, que era la usada para comunicarse con el Consejo, fue que detuvo sus pensamientos, y lo hizo más aun cuando vio una figura, al parecer también esperando el ascensor.

Wilson tuvo que mirar dos veces para asegurarse.

—¿Qué rayos haces aquí, Scott?

El aludido sonrió, mientras Wilson salía del ascensor.

—Oh, Wilson ¿Cómo estás? Me has ahorrado el viaje de bajada. He venido aquí porque he sido llamado por el Consejo —sin perder su habitual sonrisa y calma.

—¿Pues para que te han llamado? —consultó el director, ignorando el saludo de su amigo. Scott era un tercero, sin puesto ni investidura.

—Justo iba a hacerte una consulta. Es una oferta que el Consejo me ha hecho. Me han ofrecido ser secretario del Consejo ¿puedes figurártelo? Luego de años de rogar a este gobierno un espacio, me lo quieren dar, y uno de escritorio

—atinó Scott

Wilson enarcó una ceja.

—Tu no habrás sido tan estúpido de rechazarla, ¿verdad?

—No podía aceptar algo así, sin consultártelo primero —apuntó Scott para luego añadir—. ¿Y tú que haces aquí?

—Pues vine a mostrarle a los idiotas del Consejo que quien manda aquí —respondió Wilson, quien ya había cambiado su sorpresa con una sonrisa maquiavélica, y tomando del brazo a su amigo patidifuso, agregó—. Tú vienes

conmigo.

—Pero... —quiso replicar Scott, pero Wilson ya no lo oía.

El director ingresó sus códigos de seguridad y entró al enorme salón, donde se celebraban las conferencias de larga distancia con el Consejo, arrastrando a Scott con él.

Ingreso no autorizado en la plataforma

Anunciaba una voz automática al detectar a Scott. Una alerta de intrusos.

—Autorización del director, Luke Wilson —dijo Wilson con calma. Dicho esto, las compuertas se abrieron automáticamente. Scott no tenía idea de que planeaba su amigo.

Pero Wilson siguió arrastrándolo adentro, hasta que se encendieron las luces y los monitores gigantes mostraron los rostros de los cinco miembros del Consejo de Seguridad.

—Director Wilson, el señor Scott Global no está autorizado a estar en esta plataforma —mencionó tajante desde uno de los enormes monitores, un miembro del Consejo.

—Ya lo he autorizado —apuntó Wilson sin dar vueltas—. Tiene mi venia para ser su secretario en este sitio. No encontraran mejor candidato para manejar este sitio de caos.

—Director Wilson, existen reglas... —quiso decir otro rostro del monitor.

Pero Wilson lo hizo callar.

—Que quede claro, señores del Consejo, el director de Inteligencia de este país soy yo y solo yo. No aceptaré intromisiones a mi labor en forma alguna, como me he enterado que están haciendo una campaña de persecución contra los

agentes a mi cargo en una investigación cerrada. Eso los pone en mala posición y

lo rechazo. Yo respondo por mis agentes.

—Nadie ha armado campaña alguna de persecución, y si se hizo algún interrogatorio es clasificado... —quiso decir otro.

—Nada es clasificado para mí, señores concejales. Soy el mejor espía de este país, así que yo no me meto en sus terrenos y ustedes no se metan en el mío, quiero que quede claro este asunto. Y no me gustaría enterarme que vuelvan a amedrentar a mis agentes —categorizó Wilson.

—El Consejo ha tomado una decisión y no piensa retractarse —atacó uno de los concejales.

—Reconozco que el Consejo ha tomado una decisión, pero en vista de que es estúpida he decidido ignorarla. Soy el director de Inteligencia y Servicio Secreto de este país. Así que, si no quieren que haya una crisis institucional, les

sugiero que se limiten a atender lo que les compete —señaló el director al tiempo de hacer una seña con su pulgar donde se digitaban sus huellas para cerrar la comunicación con los Concejales, que habían quedado estupefactos.

¿Una apasionada defensa a sus agentes o una hábil forma de cubrir sus propias huellas?

Scott observaba sorprendido.

Una vez que los monitores se apagaron, Wilson le dijo:

—Ya ves, más que nunca quiero que seas el secretario de este quinteto de payasos, supuestamente encargados de velar por cuestiones de seguridad nacional. Nada más estúpido, porque la fuerza ejecutora y combativa es el

Servicio de Seguridad. Así que aceptaras este puesto.

— ¿Crees que seguirán dándome el voto de confianza luego de ver que entré contigo? —arguyó Scott.

—Créeme que mañana te enviaran tus credenciales. Necesitan alguien que tenga los pies en la tierra —añadió Wilson al tiempo que su ascensor marcaba que había llegado a su piso, y antes que Scott respondiera—. Ven un momento a

la oficina. Quiero advertirte de unas cosas.

Cuando entraron a la perfecta oficina blindada del director de Inteligencia,

Scott no pudo evitar maravillarse con los ojos. Este era el sitio donde se horneaban los planes que muchas veces conducían a este país y marcaban el sistema de un gobierno.

Se necesitaba de una mano especial al que no le temblara hacer algo que podría obrar contra la institucionalidad de un país, pero que le permitiría un sitio libre de corrupciones. Wilson odiaba a los corruptos, de forma extrema, y el Gobierno lo sabía, por eso lo nombró Director de su servicio de Inteligencia. Era mejor tenerlo de aliado que enemigo.

Scott suspiró levemente.

Por culpa de su enfermedad él no podía aspirar a algo así. Por eso le ofrecieron un puesto burocrático como secretario del Consejo de Seguridad, donde evidentemente no tomaban decisiones estratégicas, por lo que había visto.

Wilson era el único conductor de la casa.

—Tengo una duda con respecto a la muchacha —adujo Wilson de repente

Scott fue a sentarse en uno de los sofás. Su amigo no lo trajo para advertirle

de cuestiones laborales, sino por una consulta sentimental.

—¿Qué te hizo esta vez la jovencita, Luke Wilson? ¿Qué nunca lees las notas que te envío al correo? —sonrió Scott, paseando por la estancia.

—¿Viste la farsa del Consejo? Montaron una investigación, llamando a todos los agentes para interrogarlos. Obviamente me iba a enterar, pero el agente que me avisó no fue ella, sino otro, y estoy seguro de que ella también fue llamada a declarar. No habrá dicho nada de lo que sabe, pero, aun así, se supone

que tenemos un lazo distinto ahora, me debió haber alertado de este jueguito del

Consejo —lanzaba al tiempo que encendía un cigarrillo y añadía—. He leído tus

correos, no pienso hacer ni la mitad de lo que me sugieres ahí, por cierto.

Todo lo sucedido pisos más arriba ante el Consejo, parecía ya haber sido olvidado por Wilson, en tanto que Scott aún no salía de su estupefacción, así que tomó asiento.

—Pensé que íbamos a hablar de lo que acabo de ver arriba y sobre este nuevo trabajo —adujo con seriedad Scott, pero luego añadió sonriendo—. Ya tendremos tiempo luego para eso, por tu cara veo que no te gusta que la chica esa no se te doblegue por completo.

Wilson se quedó callado.

—Y sigo adivinando, la causa de esta rebeldía no podía ser otra que tu propia culpa. Lee mis notas, por amor de Dios, y tendrás muchas respuestas.

Dale un espacio real en tu vida, Wilson. Es lo único que esa jovencita requiere.

El director que estaba de espaldas, ya echando humo con su eterno cigarro,

lo oía con cierta incomodidad La única con quien había salido antes en una relación seria, fue Lisa, y él la amó. Pero entonces él era más joven y más idealista.

No entraba al caso comparar. Había estado casi siempre solo y gustaba de esa soledad. Y darle un "espacio real" a Jin no era algo en lo cual no había pensado. Era increíble, pero ya no tenía en mente toda la investigación del Consejo ni del sorpresivo nombramiento de Scott, sino su mente solo cavilaba como obrar con una mujer que al final le había resultado impredecible.

—¿Me estás oyendo? —la voz de Scott lo sacó de sus cavilaciones.

—Leeré tus notas, por más estúpidas que sean —y luego añadió, cambiando

de tema—. Desde mañana serás el nuevo secretario del Consejo, y una puerta de

enlace importante. Tu presencia allí me tranquiliza mucho, esa gente me preocupa en ocasiones y contigo allí sabré que podemos tenerlos a raya y vigilados.

—¿Entonces voy a ser tu espía en el Consejo? —increpó Scott con astucia.

—Si quieres, yo no voy a detenerte —rio Wilson.

—Creo que antes de regodearte de eso, tienes un problema de faldas que arreglar —bromeó Scott como respuesta.

Jin había estado todo el día ocupada intentando hackear una señal en la "web profunda", para tomar la pista de unos hackers profesionales que habían estado desviando millones desde un Banco. El resto de los Ninjetti estaba en trabajo de campo, justamente buscando pistas de estos ladrones. El asunto era grave e implicó que hasta el mismo Ethan estuviera en el campo.

Jin misma no estaba sola frente a los computadores. Le acompañaban como media docena de agentes más, ya que apenas se recibían señales, los hackers perseguidos enviaban otros para reescribir los códigos, y justamente por el inmenso perjuicio, se había puesto en marcha el operativo que ocupaba a muchos agentes del Servicio.

Justamente la minuciosidad del trabajo le impidió estar pensando en lo ocurrido más temprano cuando tuvo que reportarse ante el Consejo y por el hecho que por causa de eso había vuelto a recordar que ella fue la causante de la muerte de todas esas personas. Aunque no fuera premeditado, el asunto le había

dado mucha culpa, aunque luego admitió su olvido cuando se sintió acorralada

por la sorpresiva seducción de Wilson a ella, haciendo que su mundo se volteara

de pies a cabeza.

Se sentía ligeramente miserable por eso. Y no le agradaba sentirse así.

—¡Agente Carter! ¿Ha logrado ya encontrar los cortafuegos de la última pista?

La voz palpable del agente Grants, quien estaba supervisando la operación en el salón de máquinas, la quitó de sus ensoñaciones.

Como siempre, pensar en Wilson, la hacía salirse de su concentración.

Y ahora por culpa de él, hasta podría perder una pista importante y perjudicar a los otros agentes que si estaban dando lo mejor de sí por la misión.

Se sintió peor que hace un rato.

Solo una severa mirada del agente Grants le hizo volver de nuevo a su realidad.

Había ido a su casillero a buscar sus cosas. La misión fue un fracaso. Un grupo de hackers burló al Servicio Secreto y los Ninjetti que estaban en campo,

solo habían atrapado a un miembro de esa organización, aunque seguro que con

sus temibles técnicas de interrogación podrían lograr sacarle algo.

Igual Jin se sentía desanimada. Sentía que no había dado todo de sí. Se preguntaba si en realidad estaba calificada para ser una agente, porque empezaba

a desconcentrarse cada vez que pensaba en su amante, y lo peor es que el sujeto

en cuestión era nada menos que el director del lugar.

Estaba actuando como nunca, y se preguntaba qué pasaría si Ethan se diera cuenta de que ella había dormido con el Jefe.

¿Le zamparía un merecido puñetazo a ella?

¿Pelearía con el director?

¿Y qué pasaría cuando supiera que ella había tenido implicancia en el atentando a la casa del Ministro de Justicia?

Menos mal que no vivían en el mismo lugar. Miró su teléfono inteligente.

No tenía mensajes de Wilson. Por otra parte, tampoco la mandó llamar a su oficina. Suponía que debía haber estado muy ocupado. Aunque también se preocupaba por otra cosa.

¿Sabría Wilson que ella había sido llamada por el Consejo?

Terminó de cambiarse y guardar sus cosas en el casillero. Mejor irse a casa.

Quizá Wilson vaya apareciendo por sorpresa como ayer, y quería llegar para al

menos arreglarlo un poco. No le gustaba que Wilson viera que era una muchacha

bastante desordenada.

Sólo que cuando iba a girar para ir hacia la zona del metro para tomar un subte que la llevara a casa, recibió un texto de Wilson.

Conoces mi casa. Ven luego de acabar el trabajo. Trae ropa de recambio.

Jin casi no podía creer el contenido del mensaje. Pero no, sus ojos no le

mentían. Su amante le pedía que ella fuera a su casa, ese sitio prohibido que solo conocía de espiar, de la época que protegían la casa del director cuando ocurrió

lo de la emboscada.

Aquella vez Jin fue que vio a la tal Lisa. No negaba que la idea la emocionaba. Habían puesto límites en el trabajo, pero nunca hablaron de encontrarse en casa de él.

Por primera vez en todo el día, olvidó todas las cosas en las que estuvo pensando, y literalmente empezó a correr. Iba a regresar a la base, a buscar del

casillero un par de ropas más. Ni loca pensaba pasar por su departamento, tardaría demasiado, y apenas y podía caber por la emoción.

Contrariamente a lo que Jin pensaba, Wilson ya estaba en su casa. Había batallado un poco antes de mandarle el texto a la joven, pero al final decidió darle espacio como Scott le sugirió, y por eso la invitó a su santuario personal.

Todo estaba inmaculado como siempre, así que aprovechó de revisar unos pendientes sobre el progreso de algunas misiones y enviar unas coordenadas a sus agentes en Francia. Luego revisó sus correos.

Primero se sorprendió, pero luego le ardieron los ojos al ver lo que Scott le enviaba en sus notas.

Invítala a tu casa. Dale un lugar

Cómprale cosas

Invítala a cenar

Cosas a la cuales él no estaba acostumbrado.

—Maldito Scott —mascullaba Wilson, aunque luego recordaba que este último acababa de ser nombrado secretario del Consejo, así que aprovecharía y

se vengaría un poco. La posición que había logrado Scott era buena y Wilson se

alegraba por eso, aunque en su fuero interno estaba al tanto de que su amigo hubiese sido más feliz de haberle ofrecido un trabajo de campo.

Scott era su mejor amigo, el de confianza, que lo conocía de las viejas épocas. Compartían la misma filosofía y creían en los principios por los cuales

pelearon en el pasado en aquella legendaria secta guerrera a la cual pertenecieron.

Bajó el aparato sobre la mesada, y miró su alrededor.

No recordaba la última vez que había metido una mujer a su casa. No estaba del todo seguro que Jin se sintiese cómoda en un lugar como éste. Miró su cocina. Al menos le daría de comer algo decente, porque ella acostumbraba a comer chatarra. También tenía toallas extras y su manía de pulcritud daban a su

hogar un aspecto de confort. Ella no podría pasarla mal en un lugar como éste

Tomó asiento, ínterin la esperaba.

La verdad es que volvía a recordar que estaba enfadado con ella, por el asunto de que no le había avisado de la llamada del Consejo. Igual forma, controlaría su impulso de reñirla. De todas maneras, no era buena idea lo de

amedrentarla. Quizá al final, las estúpidas notas de Scott estaban funcionando.

Cuando Jin llegó al departamento de Wilson, fue casi una hora después de que éste le avisara que viniera. La muchacha decidió tomar muchos recaudos para ir a esa casa.

Por ejemplo, si Lance o alguien del equipo de su hermano la viera entrar en casa del director. Seguro tendría muchas excusas para dar y justificar, pues conocía la tenacidad de su hermano, no le cerrarían algunas cosas, e indagaría más. No le gustaba pensar en lo que podría pensar su hermano sobre esa relación.

—¿Por qué llegas a esta hora? —dejó escapar Wilson al ir a abrirle y sin saludarla. Le había impacientado su tardanza.

—Vine caminando. No recordaba que los techos fueran tan puntiagudos como ahora —se excusó Jin, con una mano en la cabeza, entrando en la casa.

Apenas lo hizo, su mente se quedó mirando el lugar en lugar de seguir a Wilson. El sitio se veía como recordaba. Limpio y bien ordenado. No había nada

fuera de lugar.

Extrañamente Wilson no tenía retratos en ninguna parte. Mientras éste fue hacia la cocina, al tiempo que refunfuñaba que la comida estaba fría, la jovencita siguió mirando, para ver si encontraba algún cuadro al menos. Pero no.

Se preguntó de forma desdeñosa si Wilson tendría guardado algún

portarretratos oculto con la foto de Lisa, su exnovia, aquella mujer tan bonita que le daba tantos celos recordar.

¡Qué diferencia de aquel tiempo a ahora! La mujer que ahora pasaba tiempo

con él era ella y la mayoría de las cosas que prodigaba solo en sueños lo estaba

viviendo. Bueno, un sueño muy al estilo de Wilson. Pero eso no importaba. Pero luego volvía a recordar los ojos de su amante cuando se había encontrado aquella vez con Lisa. Se veía tan diferente. Tan calmo. Como si ella no lo conociere.

—Pero si la mujer que tiene ahora soy yo... —habló de repente, como pensando en voz alta.

—¿Qué dices? —preguntó Wilson, que abría una botella de vino.

—Nada —se apresuró a decir ella—. Sólo que no recordaba que tu casa fuera tan espaciosa— al tiempo que iba junto a Wilson, quien estaba quitando el corcho al vino rosado sudamericano. Una cepa chilena que le gustaba al director.

—¿Ya habías estado aquí?

—Pues en la época que me dieron la misión de protegerte cuando ocurrió lo de esa emboscada.

Wilson no pudo evitar reír.

—Ya lo recuerdo. ¿En serio creían que me estaban protegiendo? Yo no necesito guardaespaldas, pero para no desmoralizarlos no dije nada en aquel entonces —al tiempo que le señalaba una silla—. Siéntate.

—La verdad ya estaba necesitando comida casera. Estuvimos muy ocupados con esa misión de esos ladrones de cuello blanco. Y eso que nos esforzamos, igual no salió del todo bien, quizá debimos abrir otra brecha, pero el agente Grants insistía...

Jin siguió hablando de la misión que había tenido en el día, que tanto la consumió y frustró a ella y sus compañeros.

En tanto Wilson la observaba cuando hablaba. La estaba dejando hablar de asuntos de trabajo, solo porque esperaba que ella le contara lo del asunto del Consejo. Sin embargo, eso no pasó.

—Ni se te ocurra pedirme algún privilegio que no te lo daré. Seguirás bajo las órdenes de Grants hasta que acabe la misión —mencionó Wilson de pasada.

—No seas pesado, ni que lo estuviera pidiendo. Pero tú sabes que soy mejor en el campo —quiso disuadir Jin.

Wilson bufó, pero sus expectativas de que ella dijera algo se vinieron abajo cuando ella cambió de tema. Hasta cuando acabaron la cena, el tema del Consejo no se traía aún, pero Wilson se tragó el mal carácter.

Solo cuando Jin fue a llevar los platos a la piletta, fue que ella preguntó algo inesperado.

—¿Lisa y tu vivían juntos aquí?

—No —respondió Wilson, aunque estaba sorprendido que ella recordara eso. Aunque luego recordó que Jin lo había espiado una vez—. ¿Y tú viviste

antes con algún hombre? —fingió preguntar Wilson, aunque él sabía que eso era

imposible.

—Desde luego que no, pensé que eso ya lo sabías —increpó Jin, pero sin voltearse aún a mirarlo. Él seguía sentado.

—¿Y, estás viendo a alguien más? —preguntó mordazmente ella, pero ya volteándose a mirarlo. Esto era un interrogatorio amoroso, y Wilson al fin se dio cuenta.

—Pensé que habíamos dejado claro eso. No tenemos etiquetas, tú y yo. Pero ya que tanto quieres saber, no, no estoy viendo a otra persona.

Jin suspiró.

—Es que me avergüenza decirlo. Pero hoy estuve pensando mucho en eso, me dieron un poco de celos, el recordar a la mujer que vi antes contigo — admitió finalmente.

—¿No me digas que eso te tenía mal?, la próxima instruiré a Grants que te doble el trabajo mañana, así no estarás pensando tanto —masculló Wilson ya llevándose un trago del delicioso vino a la boca.

Jin sólo sonrió, aunque luego se puso seria.

—También me gustaría mencionarte otra cosa que tampoco me ha tenido bien, y más que nada, porque no me he acercado a decírtelo en ningún momento

—sentenció Jin, tomando asiento junto a Wilson, que estaba férreamente quieto

oyéndola —. El consejo me llamó en secreto hoy para preguntarme unas cosas sobre el asunto aquel del Fiscal. Todo el día me debatí entre decírtelo y no. Aun siento mucha culpa por el asunto, pero por otro, no me gusta nada ocultarte algo

a ti.

Wilson se quedó estático. La confesión que tanto esperaba al fin había llegado, pero sin embargo se sentía con pena, porque Jin estuvo debatiéndose entre decírselo y sus culpas internas. Aunque luego olvidó sus pensamientos lógicos cuando sintió que Jin acomodaba su cabeza en su hombro.

—No me gusta tenerte secretos —añadió la joven al tiempo que su cabeza tibia arreciaba en el hombro derecho de Wilson—. ¿Tú me tienes alguno? —preguntó repentinamente.

Wilson abrió mucho sus ojos ante aquello. No se lo esperaba.

—No querrás que te cuente un secreto de Estado —respondió con ganas más de romper la tensión.

Ella no respondió. Y él entendió que quizá Jin no tenía ganas de sarcasmos ni juegos.

Puso su mano sobre la de ella.

—Lo que ves es lo que soy, Jin.

Una respuesta de nuevo corta, pero que a Jin se le antojó más cálida, ya que él había puesto su mano sobre la suya, dándole a entender que ya no debía temer

y debía guardar esos celos.

En ese instante se miraron, y aunque Wilson decía que debía besarla para hacerla callar más que nada, la verdad es que lo hizo porque no pudo resistir la

tentación de rozar esos labios perfectos, rosas y brillantes. Sencillamente no pudo evitar el deseo de hacerlo, de acariciar su mejilla sedosa en el trayecto, y ya no pudo parar más.

Aunque su interior consciente le decía que debía preguntarle más sobre esa reunión, su cuerpo estaba completamente entregado al deseo de tener a esa joven

entre sus brazos y besarla.

Jin estaba totalmente abstraída. Era la primera vez que se besaban de esta forma, fuera de la cama.

—Muéstrame tu habitación —rogó finalmente Jin, colgándose a su cuello.

Al cabo de un rato, Jin cayó a un lado de la cama, exhausta.

Él aprovechó para encender un cigarrillo y observarla con el rabillo del ojo.

Estaba desnuda y sudorosa bajo las sabanas. Ligeramente todavía temblaba por

el orgasmo que acababa de darle.

—Creo que ya es tarde. Debería irme —mencionó, ya que no estaba del todo segura si Wilson quisiera que ella pasara la noche allí.

—No digas tonterías, solo quédate y ya —apuntó Wilson llevándose una bocanada de cigarro a la boca.

—¿En verdad no te molesta?

—Mientras no dejes colgando ropa interior por todas partes, por mí está bien —contestó él, acomodándose mejor en la cama

Jin rio de buena gana ante el comentario. Ya no volvieron a hablar de trabajo ni de cosas que no fueran de ellos. Esa noche, volvieron a hacer el amor

antes de dormir, más calmados, y hasta a Jin se le figuró como algo normal, tanto que acabó por dormirse enseguida.

Wilson en cambio no pudo hacerlo de inmediato. Aunque estar con la joven le daba una paz y una tranquilidad que lo invitaba a dormirse enseguida, la verdad es que no pudo. Más bien se dedicó a mirarla. La chica tenía un poco más

de veintiún años, pero, así como estaba fácilmente podía echarsele menos años.

Lucia más inocente de lo que era en verdad.

Porque Jin, pese a ser una agente del servicio secreto entrenada en técnicas de combate y espionaje, que podía causar un gran revuelo, no dejaba de ser una jovencita que maduró más rápido de lo esperado.

La mayor prueba de todo es que todavía sentía culpa por haber matado a tanta gente sin realmente quererlo, y había caído ante su seducción a la primera.

Se había entregado a él sin más y además lo estaba protegiendo. Y fue ahí, en un

arrebato de ternura raro, que Wilson se acercó cuidadosamente a posar sus labios

en las de la chica dormida. Por menos de un segundo. Casi imperceptible.

Aunque al instante, apenas dejó el contacto, se sintió pésimo por haber caído en la tentación tan impropia de él. Se volteó a su lado a dormir, bastante

enfadado consigo mismo por haber tenido ese acceso de debilidad con ella.

Debería aprender a repetirse que esto sólo era una estrategia, no podía ser más.

En algún momento, cuando ya no sirviera, pues tendría que acabarse. Jin solo era una misión para él. No podía representar más que eso.

Capítulo 9

—¿Desde cuándo venir en China es divertido? Odio comer su réplica de ramen —mascullaba Jin al tiempo que daba cuenta de una enorme porción de esos fideos con cerdo

Lance, quien estaba con ella, la miraba algo sorprendido. ¿Cómo es que una muchacha tan delgada podía llegar a tragar tanto? Ironía que el plato japonés que estaba comiendo tuviera ingredientes chinos.

—Pero bien que te los comes —respondió Lance, para al tiempo enarcar una ceja—. ¿Desde cuándo te gustan tanto los fideos, Jin? Te veo comer solo eso

en el trabajo y ni estando en China, no quieres otra cosa.

Jin terminó de tragar su tazón. Era cierto, no era afín a los fideos. De hecho, antes no le gustaban. Ahora los comía con ahínco, porque era el plato favorito de Wilson, que cocinaba una versión de estos fideos a la usanza japonesa del ramen.

La fuerza de la costumbre y el haber roto la vergüenza la había llevado de forma natural en estos meses a dormir en el departamento de Wilson. Venía muerta del trabajo, recogía algo en su departamento y luego salía, a hurtadillas, saltando por ahí a casa de su amante.

Había alcanzado una naturalidad inesperada de convivencia con él, aunque en el trabajo se habían arreglado para no verse mucho. Tenían que disimular. Ese

fue el trato.

Jin todavía creía estar en un sueño. Le iba muy bien en el trabajo, donde ahora era una agente de campo en su magnitud, porque odiaba el trabajo de oficina con Grants sobre su cabeza todo el tiempo, y prefería lidiar con su

hermano, Lance o los Ninjetti; sino que también tenía para ella a ese hombre que

llevaba tanto tiempo amando, y lo mejor es que estaba segura de que ella era la

única mujer que él veía. Lo sabía porque lo había espiado. Bien típico de ella

—¿Dónde andas últimamente, Jin? He ido a buscarte estos días y nunca

puedo encontrarte —apuntó Lance, aunque mirándola bien fijo, para leer su expresión.

Jin se sonrojó ante el comentario inesperado de Lance. Era cierto, estaba tan

embebida en esa relación con Wilson que había olvidado a sus amigos, y hasta a

su hermano, si venía al caso, y se limitó a tartamudear, sin responder concretamente. Lance rodó los ojos.

—No te metas en demasiados problemas ¿quieres?

Lance no era tonto, él siempre supo que Jin estaba enamorada del director y

no le había dado importancia, pero sus vigilantes ojos habían creído ver en estos meses un aura diferente entre esos dos, una muy diferente de la de un mero subordinado y su jefe. Es por eso por lo que empezó a prestarle más atención a

Jin. No era su padre para regañarla por tener un amorío con su jefe y tampoco ella era una niña para merecerlo. Pero la quería mucho y no deseaba verla sufrir

como estaba seguro de que pasaría

La comida siguió en silencio.

Y eso que todavía le quedaban muchas horas para estar camuflados frente al

local de una tienda de imitaciones en un barrio de Pekín, donde ahora estaban cumpliendo una misión desde hace una semana para rastrear a un poderoso contrabandista de diamantes rosados. Inicialmente era trabajo de la Policía, pero como no lo pudo resolver, se lo tuvo que derivar a ellos y la persecución silenciosa había terminado en China, en específico en aquella gran ciudad, que era la base de operaciones de aquel grupo criminal.

Siguió su rutina de siempre. Cuando acababa con lo suyo en la oficina del

Servicio de Inteligencia y no estaba vigilando algo, o conspirando en pos de su

ideal de justicia extrema, iba a su departamento. Allí se cocinaba unos fideos y

los comía mientras repasaba material en una tableta, ya sea grabaciones o informes de otros agentes encubiertos. Wilson siempre estaba trabajando, aún en

su tiempo libre.

Tenía mucho material que analizar, y es que él tenía la manía de querer revisar puntillosamente. Aprovecharía que la chiquilla no estaba allí para molestarlo, porque estaba en China en un trabajo de camuflaje bastante estúpido,

según las palabras de Wilson, quien consideraba aquella como una actividad *bagatelaria* para sus agentes. Jin había insistido en ser agente de campo y gracias a eso ahora estaba ausente y muy lejos de él, así que no tuvo tiempo de

pensar en ella y en el peculiar juego que tenían.

A pesar de ello, algo ocurrió la primera noche que pasó en su departamento, casi una semana después de la marcha de Jin.

Como siempre, luego de la ducha, empezó con la faena de cocinarse fideos

con carne, para sentarse a cenarlos al tiempo que analizaba informes desde su sofisticada tableta, pero al mirar una y otra vez en los alrededores fue como que de pronto su departamento se le figuró enorme, como si sobrara espacio y estuviese exageradamente callado. El televisor estaba apagado, en su nevera no

estaban los potes de helado de vainilla que se habían vuelto tradicionales desde

que ella los ponía allí, a pesar de que él odiaba los postres fríos.

Eran los dulces favoritos de ella.

No hizo caso y fue a sentarse a engullir sus fideos, sólo se oía de fondo el ruido cuando tragaba y el ocasional tic de su tableta. Sintió algo diferente cuando le tocó leer un informe, que decía:

" Informe Ninjetti, Operación Pekín"

Le vino un repentino interés en leer y le tomó menos de un minuto repasar el detallado reporte que el encargado del equipo le estaba pasando. Sin duda que

Ethan era muy bueno. Si no fuera un poco raro, probablemente algún día sería un

excelente sucesor, aunque de inmediato descartó la idea, ya que sentía que no existía otra persona como él, capaz de hacer su trabajo como director de inteligencia.

No era arrogancia pura lo que tenía Wilson, en serio él creía tener un nivel diferente al resto, así que su sentido de superioridad no era gratuito.

En ninguna línea se mencionó el nombre que esperaba leer. Wilson suspiró.

El nombre de la mujer que lo acompañaba desde hace muchas noches en su casa,

y en la que ahora, estúpidamente, estaba pensando.

El hombre se enfadó y tomó un cigarrillo.

¡Maldición! Esa mocosa no sólo le había traído un tremendo problema, sino también ahora le había robado su tranquilidad y su previsibilidad. ¿Por qué? Era

un juego de dominación lo que estaba jugando con ella hasta que se le pasase el

miedo y ese sentimiento de vulnerabilidad por haber ejecutado un asesinato de alto nivel por encargo de él. Que por lo demás, en algún momento tendría que acabar, porque no era algo que estaría por siempre allí ¿verdad?

Él no quería mantener esto por más tiempo del indicado. Pero ¿cómo saber si algo estaba dentro de la línea de tiempo prudencial? Como sea, esa noche, a

Wilson le costó conciliar el sueño. No encontraba un sitio que le acomodase en

su cama, que se le figuraba más grande que de costumbre. Se sintió un estúpido,

porque era la primera vez que sentía que le faltaba algo a la cual se había acostumbrado bastante. Eso no le gustaba.

El sentido de insuficiencia en cualquier faceta de su vida era algo casi inconcebible con él. Se durmió a duras penas, con esa mala sensación en el

cuerpo y un mal sabor en la boca. Y más que nada porque sospechaba la causa de su mala situación. Algo sobre el cual no deseaba pensar ni ahondar más.

Pero antes de cerrar su tableta inteligente, revisó el buzón privado de mensajería por si recibió algo. No había nada. Eso fue más frustrante aún.

Resopló fastidiado. ¿Qué demonios estaba esperando esa tonta para escribirle?

Mucho más lejos, pero de alguna forma, con sus sentimientos muy cercanos a su tierra natal, Jin tampoco podía conciliar el sueño. Esa noche estaría libre.

No le tocaba hacer vigilancia ni nada, y tampoco le apetecía recorrer las calles de Pekín, por lo que prefería dormir. Tenían que usar sitios muy extraños para descansar, porque se suponía que la embajada norteamericana desconocía de su

presencia en el lugar, así que estaba descartado que pudieran pedir lugar donde

quedarse.

Era la primera vez que tenía una noche libre desde que había venido a China. No le gustaba el ambiente. Si bien, Jin hablaba chino mandarín fluido, y

que fuera justamente un motivo por el cual la habían traído, no le agradaba estar lejos de casa.

Ethan había acabado reconociendo que su hermana era una de las mejores agentes y acabó convocándola para este trabajo. Quizá no era muy fuerte, pero

tenía una sagacidad impresionante. La muchacha revisó su tableta pequeña, inserta dentro de su reloj, y que le servía para comunicarse con todos.

Desde que vino a China sólo la había usado para comunicarse con el equipo, aunque en más de una ocasión había deseado enviarle a Wilson un mensaje, pero

se había aguantado. Sí, era su amante, pero también era su jefe y habían compartido mucho juntos, incluso se atrevía a pensar que ella conocía más de él

que muchos en la agencia, pero todavía no tenía esa confianza y esa soltura como para enviarle un mensaje en cualquier momento. Era consciente que

Wilson ya no era un chiquillo y quizá no le gustaban esos juegos.

Pero igualmente sonrió ante esa sensación de complicidad que tenía con él y

las situaciones íntimas que venían compartiendo. Él podría ser poco vivaz y nunca le decía algo bonito o agradable, pero lo compensaba después con la forma tan especial con que la tomaba. No es que Jin tuviese con qué comparar,

pero su toque sin duda era tan único y ese tacto también. Como sea, el simple hecho de vibrar entre los brazos de la persona amada era algo único, y Jin sabía

y era consciente que ella amaba a ese hombre más de lo que podría decir.

¿Por qué Wilson estaba con ella ahora?

Si no la amaba, sin duda era por algo. No podría dormir y estar con una mujer tanto tiempo como con ella, si al menos no la encontraba bonita. Jin se quedó prácticamente somnolienta e inmersa en esas ideas. El simple hecho de pensar que Wilson la encontraba bonita, aunque él nunca se lo dijera, le resultó

una sensación tan agradable que fue como un bálsamo que le sirvió para dormirse enseguida.

—Pásame el reporte de China —ordenó Wilson a Danvers, que estaba en la oficina con él, analizando otra cosa.

— ¿Qué? ¿De qué habla? ¿Acaso no estamos aquí para ver esto que llevaré

a San Diego, con respecto a esos misiles? —urdió sorprendido el joven agente,

de que su jefe no le haya estado escuchando y en cambio le haya pedido un informe del que él no tenía ni idea.

Wilson enarcó una ceja y eso fue suficiente para que Danvers, quien le temía lo bastante como para no desobedecerlo, se apresurara a buscar el informe en la tableta de su jefe.

—Aquí hay un informe, pero data de hace dos días. No hay actualización, pero se ve que ya estaba en tramos finales ¿Ya deberían regresar? —preguntó el fiel hombre.

—Carter no ha actualizado su status —apuntó Wilson, bajando su cigarrillo.

Danvers estaba más que extrañado. ¿Desde cuándo el director estaba interesado en ver una misión como esa? La agencia tenía cientos como esa activas, además todas supervisadas por los inferiores jerárquicos. Y si no se equivocaba, esta misión por la cual el director preguntaba tan interesadamente era liderada por el Ninjetti, uno de los mejores equipos. Además, la misión no era algo que debiera atraerlo. El buen agente no pudo encontrar algo que pudiera

llamar la atención en él.

—Y la agente Carter... ¿Por qué fue hasta ahí?

La pregunta fue lo que descolocó a Wilson. ¿Por qué ese bobo de Danvers preguntaba por ella? Eso alarmó por un segundo al director. ¿Acaso había sido tan obvio que hasta el tonto de Danvers pudo notar algún interés de su parte fuera de lo normal?

¿Acaso él podría en verdad estar preocupándose por Jin? ¿Tanto que hasta otros podían notarlo? Pero se calmó en cuanto notó que Danvers ya estaba viendo otra cosa, aunque el asunto sí que lo dejó pensando. Como no quería

ahondarlo, lo desechó de inmediato, pero algo bastante tangible le ocurrió. Se puso de un mal humor terrible y como el pobre agente Danvers estaba por ahí,

fue el perfecto receptor de aquello.

Lo único que quería era regresar a Estados Unidos. Estaban encubiertos

desde hacía varias semanas y la misión ya estaba acabando, pero por un problema de seguridad habían decidido no informar nada a la central acerca de

sus actividades de las últimas 48 horas por temor a que fueran infiltrados y estropear todo el trabajo de semanas. Esa había sido la decisión de Ethan Carter.

Si el director no hubiese tenido empañado sus pensamientos probablemente

hubiese pensado que ese era un motivo válido por el cual su mejor equipo podría

haber dejado de mandar reportes en ese tiempo. Además ¿cuántas misiones había

activas en ese momento? Como sea, el director literalmente se obsesionó con ésta.

Luke Wilson no estaba en sus mejores días, lo que conllevaba a que

estuviera de un flagrante mal humor.

Incluso en la reunión que tuvo arriba en conferencia con el Consejo de Seguridad y su sonriente secretario Scott, estuvo distraído la mayor parte del

tiempo. Cuando se hubieron apagado los hologramas de comunicación con los miembros fue que Scott se le acercó.

—¿Qué te ocurre ahora a ti? Tienes mala cara y no te atrevas a mentirme, que esa cara solo te le vi en el momento que descubrimos que estábamos en desventaja cuando patrullábamos para los Lobos de Mibu.

Era cierto. Estaba tenso y nervioso. Pero aun así no sentía la confianza suficiente, ni siquiera con Scott, para hablar que lo que en realidad estaba matándolo era esa sensación de preocupación hacia una mujer en particular. Y

eso que él sabía que la vida de un agente no estaba exenta de peligros y cosas así, pero por una razón sentía como si Jin debiera estar fuera de eso.

Nunca confesaría que había sido él quien movió los hilos para que Grants encerrara a Jin y la tuviera como agente de escritorio durante mucho tiempo, aunque al final no pudo detener que ella quisiera unirse en esta última misión en conjunto con su hermano, quien había pedido por ella. Wilson era todopoderoso,

pero eso no lo pudo detener.

Miró a Scott, que lo miraba con ojos escrutadores. Tampoco a él se atrevería a confesarle que había algo que ni él entendía del todo, pero que brotaba dentro

de él con intensidad:

Que estaba preocupado por Jin y que se sentía demasiado ansioso ante sus ganas de volverla a ver.

No se quedó a trabajar hasta tarde como acostumbraba cuando le quedaban reportes que revisar, como aquel día, ni tampoco aceptó la invitación de Scott de ir a beber algo. Prefirió irse, quería estar solo con su obsesión. No le

gustaba sentirse de esa forma, y eso que la incomunicación de Jin era perfectamente normal.

Al no tener respuesta a tanta tensión, decidió que iría a beber solo. No quería a nadie que lo analizara, y era seguro que Scott se dedicaría a eso. Él ya no necesitaba a otro más que pudiese decirle lo que de verdad le pasaba.

Por alguna razón estúpida, enfiló a uno de esos bares horribles de mala muerte y que, si hacía memoria, era el mismo de donde había rescatado a Jin de

ser manoseada, poco antes de hacerle el amor por primera vez en la vida.

Qué raro se sentía rememorar un acto, que en ese momento lo hizo, creía él, como un modo de protección hacia sus intereses, pero que disfrutó a límites insospechados, así como todas las siguientes veces que tuvieron intimidad también.

Wilson siguió bebiendo el escocés que le habían servido. ¡Pero si hasta su subconsciente estúpido lo guio a este lugar como una burla a lo que le pasaba!

Aun así, el terco hombre se negaba a reconocer que su cuerpo intentaba decirle algo.

—Qué estupidez...

Luego de vaciar dos botellas de escocés, que a cualquier hombre normal tumbaría, y luego de pagar, Wilson salió caminando como si nada. Ya era hora

de volver a casa, y tampoco estaba como para seguir haciendo el tonto ridículo.

No se reconocía a sí mismo. Intentaría dormir. Maldecía el que tuviera una complexión tan fuerte que ni dos botellas de puro whisky pudieran romper. Al menos si estuviera borracho como una cuba no se sentiría tan mal.

Pero a pesar de que sus sentidos estaban ligeramente debilitados, igual pudo percibir como en la oscuridad algo se gestaba. Podía estar algo enturbiado, pero indefenso jamás. Probablemente le hubiese dado un tremendo golpe a lo que venía, pero tuvo el buen tino de detener su poderoso puño, a solo centímetros cuando vio de qué se trataba. O mejor dicho de quién.

Sus ojos no lo engañaban.

No era una ilusión.

No podía serlo.

Ese olor a té blanco bajo la lluvia se le metió por los sentidos y quiso perderse cuando vio esos ojos verdes abiertos de par en par, un poco asustados

por la reacción de él.

—¿Estás bien? —tragó saliva la muchacha. El tener frente a su rostro el puño detenido del hombre sí que la había asustado.

Wilson bajó la mano y la miró.

—¿Qué haces aquí?

Jin parpadeó confusa.

—Acabamos de llegar, y como no te encontraba... y tus líneas estaban desactivadas, te rastree hasta aquí ¿Acaso hice algo mal?

Wilson hubiera querido poder decirle que *no estaba nada mal*. Lo que estuvo mal es que nunca le hubiera escrito una sola mísera línea y que nunca más volviera a cogerlo de esa forma, que él hubiese podido matarla con ese golpe. Pero no, simplemente cerró la boca.

Se sentía un adolescente tonto. Al final suspiró profundo, cerró sus ojos para calmarse y que ella no se diera cuenta de la tremenda turbación que le

causaba.

—¿Ya comiste algo?

—¿Eh? Sí, la verdad es que algo...—respondió Jin, sonrojada—. Pero la verdad me gustaría mucho poder probar unos fideos de verdad, esos que comía

en China no era nada buenos.

Wilson no respondió. Solo se limitó a andar camino a su departamento con ella a su lado. Hubiera podido tomar un taxi, pero prefería caminar varios kilómetros, escuchando las letanías de la muchacha que no dejaba de hablar de

los cuarenta tipos de fideos que probó en China, de los cuales ninguno se asemejaba a los que él cocinaba. De alguna forma no le importaba lo

tremendamente inconveniente que resultaba.

Pero le gustaba, y mucho. Y, por, sobre todo, por esa tremenda sensación de paz que se había apoderado de él.

Jin ya había sacado todos los ingredientes sobre la mesada, mientras

aguardaba que él saliera de la ducha donde quiso entrar apenas llegaron.

—¿Qué fue lo que bebiste? Tenías una mala cara allí afuera. Por poco me matas, y eso me lo debes —decía Jin, en broma, mientras elegía los fideos.

Pero se paralizó por entero cuando sintió una mano enroscando su cintura.

No se lo esperaba, y más cuando sintió un peso sobre su hombro. Ella tragó saliva. Por el rico aroma de té verde y cigarro, ya sabía que era Wilson en un movimiento inesperado.

Soltó el paquete de fideos que tenía en la mano, cuando percibió una segunda mano ayudando a enroscarse también. Ya no pudo resistirse. Nunca pudo hacerlo contra él, pero extrañamente Jin no lo sentía sensual o posesivo como siempre, como preludio de algún encuentro íntimo, sino que sintió ese contacto algo apesadumbrado y hasta nostálgico.

Los paquetes de fideos cayeron al suelo. El hambre desapareció y surgió el tremendo deseo de ser poseída por él, que estaba muy diferente a como recordaba. Las palabras sobraron, y Jin creyó estar en el cielo cuando él la cargó entre sus brazos como una recién desposada, con una ansiedad que a ella se le antojó tierna. Sus labios no la buscaron con brusquedad o con sensualidad, sino

que la buscaron con suavidad y ternura.

La depositó delicadamente sobre aquella cama que ya habían compartido en tantas otras ocasiones y Jin no pudo recordar haber tenido un preludio tan largo, ya que Wilson se tomó su tiempo para recorrer suavemente cada recodo y curva

como si nunca las hubiese visto o sentido, con unas manos que parecían estar digiriendo lo que su alma le dictaba por fin. Como aceptando algo.

Jin dejó que él le hiciera el amor de esta forma tan particular, y aunque no sospechaba el motivo, era la mejor sorpresa que podía tener luego de un viaje de trabajo.

Sólo después de haber tenido a Jin unas cuantas veces, su cuerpo pudo responder y Wilson al fin pareció relajarse, no sin antes acariciar con sus dedos

la mejilla de la muchacha desnuda que estaba acostada encima de su pecho.

Había tantas cosas que su cuerpo gritaba, que hizo que entrase en una especie de estallido ante la ausencia lejana de aquella mujer. Y ahora se daba cuenta de que ella se había terminado convirtiéndose en una pieza importante de su

vida. Él no tener noticias tuyas casi lo desesperó, y ahora, con la certeza de tenerla aquí, solo para él, era como si el mundo se mostrase diferente a como lo

veía antes. Él siempre fue un hombre orgulloso, poco dado a los sentimientos o a

los afectos, pero ante tanta evidencia no podía más que dejar a su cerebro rendirse ante la misma.

Su mente y su cuerpo se lo habían gritado esos días y desde mucho antes.

No tan ostensiblemente, pero de que estaban las señales, pues estaban. Ya no podía seguir negándolo más. No a sí mismo.

Estaba enamorado de Jin.

Se le antojó que dormía plácidamente, porque sonreía entre sueños, así que

Jin se salió lo más sigilosamente posible para no despertarlo y se escabulló de sus enormes brazos. Su estómago pedía a gritos un poco de comida. De por sí,

cuando vino, ya estaba con hambre, y el cansancio producido por la actividad íntima vino a recrudecer esa situación.

Había visto unas galletas en la mesada. Eso serviría. Con un poco de té sería fabuloso así que enfiló con la gracia de una felina hacia la cocina para eso.

Recorrió la cocina, y cuidó de no ensuciar mucho, ya que sabía que Wilson era

bastante quisquilloso con la limpieza, y no quería enfadarlo, siendo que esta noche se comportó de forma distinta con ella.

—De todas formas, no llegué a preguntarle porque bebió tanto —se dijo la joven, mientras bebía el té.

Estaba muy tranquila, cuando de repente pareció caer de cuenta de algo.

Había dejado su tableta de trabajo en la base, cuando fue a cambiarse apenas llegó de China con el resto del equipo. Y eso era un grave error, ya que tanta era su prisa por venir a buscar a Wilson, que olvidó que ella se había comprometido

a mandarle unas coordenadas que memorizó en China a Ethan, cosa que no hizo,

por estar enfrascada en su misión personal. Eso le podría valer un regaño terrible. Y lo que menos quería era quedar mal ante su hermano que confió en ella. Además, era un detalle que todavía estaba a tiempo de subsanar.

Miró por todas partes, y al fin se le ocurrió algo. Podía perfectamente usar ya sea la tableta o la computadora de Wilson. Sólo se cuidaría de hacerlo desde

su *user* y listo. Así que apenas divisó el aparato cerca de la cabecera de la sala, fue por él. Todo iba bien, y estaba bien sumida tecleando lo que tenía que teclear al destinatario asignado, cuando ocurrió lo fatal por causa de un descuido, ya que activó un archivo de un correo abierto en una de las ventanas emergentes.

—Si Wilson supiera que estoy husmeando sus cosas me mandará a cobrar

multas de ciclistas —se dijo la joven, haciendo ademán de cerrar de inmediato lo

que abrió sin querer, pero sus ojos verdes quedaron quietos al leer su nombre en

ese archivo.

Sus ojos empezaron a recorrer ese archivo y tuvo que mirarlo dos veces, para asegurarse de que no se engañaba. Sus pupilas empezaron a temblar ante esas

líneas.

Sedúcela. Hazle el amor por las noches y las mañanas.

Intenta comprarle algún regalo.

Asegúrate de cocinarle algo, que sea algo que después ella quiera buscar.

No seas brusco, por el amor de Dios, recuerda que el sacrificio que haces es por tu bien.

Al menos dale un cajón en tu ropero, para pueda guardar su ropa íntima.

Intenta ser detallista.

¿Ves que el arte de la seducción de jovencitas no es difícil?

Intenta seguir mis instrucciones. Ya te dije que, si las sigues ya pronto, ella ni recordará lo que le indujiste a hacer.

Y no sólo estas. Había más líneas. Todas hablaban de pasos de métodos de sugestión y galanteos. Los labios de Jin empezaron a temblar sin control. Luego

sus manos y sus brazos también se vieron presas de esa sensación trémula que se

gestaba desde la punta de sus pies.

Sus mejillas empezaron a perder color y su fuerza disminuyó, tanto que la

tableta cayó al suelo haciéndose añicos. Tampoco pudo evitar que la taza que estaba sobre la mesilla también cayera al suelo.

Tenía que ser una mentira. No podía ser cierto. Su mente, ágil para tantas otras cosas, ahora no podía acabar de procesar lo que sus ojos acababan de leer.

¿Wilson la había estado seduciéndola solo para un beneficio personal?

¿Se acostó con ella cómo una forma de sacar un provecho y que, además, no contento con eso, se dedicaba a compartir sus intimidades con este sujeto que le

mandaba este texto?

¿Todo este tiempo fue víctima del más cruel engaño que podría sufrir una mujer?

¿Todo lo que ella creía como vivido no era más que una artimaña y un ardid?

Capítulo 10

Wilson despertó al sentir el ruido y se levantó de la cama, y aunque no intuyó peligro, igual se incorporó para ir a revisar que había ocurrido, más al notar que Jin no estaba a su lado.

—¿Estás ahí? ¿Se te cayó algo? —preguntó Wilson caminando hacia la cocina.

Pero lo que vio lo paralizó aún más que haber visto a un sicario venir hacia él.

Jin estaba estática, echando lágrimas desde sus enormes ojos verdes abiertos

en par en par y en el suelo, la tableta personal del director. Wilson no era estúpido, solo tuvo que hilar un poco para darse cuenta de lo que pasaba. ¡Ella

descubrió los archivos que Scott le había mandado!

Pero lo que más le dolió fue la mirada feroz que ella le dirigió apenas lo vio parado en la puerta, con su cabello revuelto y portando solo sus calzoncillos.

Ella ya no pudo contener la profunda indignación que parecía iba a matarla y que

estallaría dentro de su cuerpo.

—¡Cómo pudiste hacerme esto! —fue su primer grito, uno que le salió del alma, con fiereza y dolor, tanto que la profunda aflicción que generaba pudo ser

percibida por el hombre.

Ella se le acercó y empezó a golpearlo con los puños en el pecho.

Obviamente no podía causarle ningún daño, ya que él era mucho más fuerte y resistente, así como tampoco él la detuvo. Otrora se lo consideraba como un hombre que podía decir y desdecir. Esgrimir argumentos o refutarlos, pero ahora

no le salían las palabras para contener el doloroso reclamo de Jin. Sentía como el desconsuelo e ira de la joven se trasladada a él mismo como una profunda culpa,

y más ahora, cuando su frío corazón al fin le había traído a colación los verdaderos sentimientos que esa muchacha le inspiraba.

Era cierto que al comienzo se acercó como un modo de aprovecharse de ella y sus sentimientos, pero que después esto había mutado. Lo acababa de descubrir, porque acababa de darse cuenta, pero ¿cómo explicárselo?

—¡Eres un desgraciado! Yo sabía que tú no tenías corazón ni el mínimo afecto por nada, pero en el fondo de mi alma quería creer que yo te causaba algo, que significaba algo para ti ¡Pero no! Jamás significó nada... sólo me usaste, te

aprovechaste de mi —fue ahí que Jin ya no pudo evitarlo y se puso a sollozar ante el horror de Wilson, que a esas alturas ya no sabía qué hacer.

—Escúchame, Jin... no es tanto, así como crees... —alcanzó a decirle él en voz baja, realmente atosigado por el dolor de ella.

—¡Cierra la boca! No quiero oír tus mentiras ni juegos. Sólo quiero que me digas una cosa ¡¿Por qué no puedes quererme, aunque sea un poco?! ¿Qué tengo

de malo? No eres capaz de sentir, aunque sea pena por mí ¡Eres un cerdo miserable! —volvió a gritarle Jin.

Wilson se llevó una mano a la cabeza.

—Si me dieras una maldita oportunidad para explicarlo... —el hombre se sentía realmente fuera de lugar. Nunca en su vida se había sentido en la obligación de explicarse ante nadie y ahora estaba perdido.

—¡No te atrevas a decir una sola palabra! No contento con llenarme de falsas ideas, también te reías con tu amigo de mí, burlándote de lo que yo era. O

sea que ni siquiera podré ocultar la vergüenza ante el mismísimo secretario del

consejo de seguridad —chilló Jin caminando unos pasos.

Wilson quiso detenerla y fue hacia ella, pero Jin echó una pataleta, y le tiró algo que le dolió aún más que la propia fuerza de la palabra.

—¡No te atrevas a tocarme! Si tanto te preocupa que abra la boca con respecto a que me mandaste matar al Fiscal, no voy a decir nada —y fue ahí que

se volteó a mirarlo con los ojos aguados —. No hacía falta que armaras todo este

numerito, solo tenías que habérmelo pedido, y yo lo hubiese hecho por ti. No

hacía falta que me torturases de esta forma. ¡Tú sabías lo que yo sentía por ti!

Así que, por favor, al menos por ello, hazme el favor de soltarme, quiero salir de aquí —cercenó ella, acompañada de la mirada más afligida que Wilson había visto en su vida.

Ni su descomunal fuerza pudo hacerle frente a semejante petición y Wilson

acabó soltándola, resignado e incapaz de seguir negándole nada, porque ella tenía razón. Wilson, el hombre todo poderoso, que hizo caer gobiernos enteros y

era capaz de matar sin titubear y sin que le temblase el pulso para hacerlo, la vio salir sin moverse siquiera. Sólo cuando percibió que ella ya estaba lejos de su edificio, fue que pareció espabilarse un poco y acabar de comprender la verdadera implicancia y significancia que esto suponía.

Acababan de tocarle algo a Wilson, que nadie sabía que tenía. Ni siquiera él mismo.

Un corazón.

Jin no fue a su departamento esa noche, temerosa de que Wilson fuera por ella. No quería verlo, no quería olerlo, no deseaba sentirlo de forma alguna.

Y ella estaba segura de que la seguiría sólo para poder asegurarse de que ella nunca abriría la boca. ¿Qué otro interés tendría? No supo si él la siguió, porque hizo uso de toda su capacidad de sigilo para esconderse y ni siquiera él,

con su ojo ultra entrenado, podría alcanzarla.

¿Dónde iría?

Jamás junto a Ethan. Su cara cubierta de lágrimas e hinchada de tanto llorar no era algo que quisiera mostrarle a su hermano, además que la avergonzaba

que

él supiera lo que ella había estado haciendo. El correcto y formal Ethan nunca aceptaría que su hermana pequeña hubiese estado como amante del director. Jin,

por su parte, no podría responder por las acciones del jefe de los Ninjetti en caso de que se enterase de lo que pasó entre ella y Wilson.

Ethan lo buscaría y lo mataría. Nunca se lo perdonaría. Jin estaba enojada,

pero tampoco quería que alguien perdiese su vida por causa de que ella fue incapaz de controlar sus sentimientos. Esos malditos sentimientos que le tenía a

Luke Wilson, ese perverso bastardo que le robó el corazón, el alma, su amor, y

hasta su condenada virginidad.

Le quitó todo y ella se lo permitió sin más, porque sus sentimientos eran genuinos y auténticos. De una profunda admiración que le tuvo cuando lo conoció, germinó en un intenso amor que no dudó en entregarle, en cuanto él abrió sus brazos para seducirla.

Como Ethan estaba descartado y ella necesitaba un sitio donde quedarse

donde pudiera sentirse en confianza, fue al único sitio donde podría sentirse segura y en un ambiente tan familiar como íntimo. El departamento de Lance.

Ese hombre, apenas la vio parada en la puerta, no tuvo más que echarle un vistazo para dejarla pasar, sin preguntas.

Danvers había venido a traerle un reporte, pero él no le prestaba atención.

Luke Wilson fue temprano a la oficina, con la ligera esperanza de poder

toparse con Jin, pero ella no llegaba. Había pasado gran parte de la noche

buscándola en sitios donde ella podría estar, como su propio departamento, los bares donde iba y hasta sus tejados favoritos.

Finalmente, en medio de su rastillaje, pudo saber que había ido a casa del agente Lance. Wilson no tuvo más remedio que voltear y regresar a su casa.

Tampoco tenía ánimos de exponerse ante aquel agente. Eso era algo que él y Jin

debían arreglar por su propia cuenta.

Aun convencido de eso, apenas pudo dormir. No sólo porque su habitación olía a ella, o toda su maldita casa se la recordase, sino por el hecho de haber tenido la consciencia que sentía algo por esa mujer y que no era un simple deseo.

Por ello había venido hoy, con la plena decisión de hablar con ella. Quería contarle todo lo que pasó. Que, si bien se había acercado a ella con una intención oscura, con el tiempo se fue dando algo más auténtico, algo que él no conocía y

que ella era la primera mujer por la que sentía eso. Una mezcla de deseo, ansiedad y ternura, en la medida que lo permitía su propio carácter. Por eso ya

no podía negar que lo único que quería en estos momentos era poder verla.

Danvers seguía hablando de un reporte.

—¿Has visto si la agente Carter se ha reportado ya? —preguntó Wilson de

solapo, interrumpiendo la letanía del agente, quien se asustó por aquella pregunta tan fuera de lugar.

El rubio parpadeó un segundo antes de responder. Nunca le había visto una

mirada tan aprehensiva al director como la que tenía en ese momento.

—No se ha reportado aún. Pero quizá venga más tarde ¿no crees?

—Esto no es el colegio. Llámela de inmediato y ordénele que se presente.

Danvers estaba confundido, aunque igual activó su aparato para

comunicarse con la agente Carter. Como sea, resultó infructuoso y cuando se lo

comunicó al director, su rostro de seria preocupación acabó por darle cierta iluminación.

Obvio que no le diría aquello que pensaba de frente.

Sólo cuando salió y pudo estar bien lejos del rostro extraño del director, esgrimió—. ¿Por qué tengo la impresión de que él tiene más interés de lo normal

por la agente Carter?

En tanto no lejos de ahí, pero inmersa por completo en su drama personal, con el rostro opacado a causa de la pena y el cansancio por no haber dormido en

absoluto, se encontraba Jin Carter. Se hallaba en la ventana de la sala del departamento de Lance, donde ella había venido a pasar la noche en un intento

desesperado por marcharse lejos de cualquier sitio que pudiese recordarle a Wilson.

Pero, aunque intentase sofocar de algún modo su tremenda aflicción, lo

cierto es que ni su natural simpatía y su autocontrol como una agente entrenada

podían ayudarla.

Lo único que la hizo voltear fue cuando Lance se acercó tras ella a pasarle una taza de café.

—Tiene crema, como recuerdo que te gusta —adujo el hombre

Ella asintió y lo tomó sin decir una sola palabra. Lance decidió hablar sin rodeos.

—Mi excusa para estar aquí es que tengo día libre, pero tú ¿cuál es tu excusa? ¿Qué no tienes un trabajo y un deber que cumplir?

Jin parpadeó un poco, pero no volteó a mirarlo.

—No voy a regresar. Tengo pensado renunciar.

Esto sí tomó por sorpresa al hombre, quien no se esperaba semejante intención por parte de Jin.

—¡Pero Jin!

—No, Lance... ya no soporto la situación. No seré capaz de ir ahí y seguir viéndole la cara a algunas personas. No me obligues a decirte qué fue lo que ocurrió, pero puedo asegurarte que no ha sido agradable. Necesito alejarme de allí ¿me entiendes? —adujo ella con seriedad y abatimiento.

—No puedes estar hablando en serio —replicó Lance, quien no necesitaba que ella le contara que todo esto tenía que ver con el director Luke Wilson.

—No soy tan fuerte como todos piensan —respondió ella, volteándose para mirar a Lance.

—Sólo te estas engañando a ti misma, tú eres una mujer creada y entrenada para ser una agente, demasiado buena para darte por vencida. Y, además, esto

es

tu vida, Jin...—alegó Lance

—Tengo que retirarme...

—Querrás decir *huir* —contraatacó el hombre.

—Tu no me entiendes, Lance. En mi estado actual no puedo ser útil al servicio —argumentó ella.

Él se cansó y decidió ser directo. No podía ver que una mujer tan capaz como ella quisiera tirar su brillante futuro por algo como eso.

—Deja de decir tonterías, Jin. No puedes descuidar tus obligaciones por una estúpida decepción amorosa. Vas a tener que madurar, porque te necesitamos más que nunca.

Jin enrojeció hasta la punta de los cabellos al oír hablar así a Lance.

—¿Tú... ya lo sabías? —balbuceó la joven.

—Tengo ojos ¿no es cierto? Por supuesto que sabía de ti y del director. Ya sospechaba que algo había allí. Y justamente por eso, no vas a renunciar a tu puesto. En todo caso, pide un traslado a otro sitio, así no puedes verlo —
solucionó Lance.

Jin intuía que su buen amigo no estaba completamente enterado de lo ocurrido con el engaño de Wilson, pero mejor así. Era demasiado embarazoso para contárselo a alguien.

Jin bajó la cabeza, avergonzada. Lance tenía razón. Su trabajo al servicio del país era su vida. Había nacido y entrenado para ser una agente. No podía imaginarse una vida diferente a ésta.

—Voy a salir un momento. Te prometo que lo voy a pensar —esgrimió finalmente la chica.

Su buen amigo se limitó a sonreírle. Él tenía la creencia que Jin era demasiado tenaz como para dejarse apabullar por este tipo de sentimentalismos,

pero también comprendía que lo mejor era dejarla sola, a sus anchas, para que meditara sobre lo que realmente deseara.

También decidió que no hablaría con Ethan de esto. Era mejor mantenerlo al margen.

Jin no se reportó en el trabajo ese día.

Wilson no pudo concentrarse en la pila de trabajo o en lo que fue ese día.

Según sus informes, Lance estaba en su día libre y Ethan, el hermano de la causante de sus quebrantos parecía no saber nada, de hecho, estaba bastante ocupado con la elaboración del plan de una próxima misión. Seguro no le extrañaba que su hermana no hubiese venido. Era natural que Jin estuviese

cumpliendo misiones afuera sin necesidad de venir a la base.

De cualquier forma, a Wilson todo este asunto se le hacía bastante

insoportable porque él era un hombre acostumbrado a solucionar sus cosas por

su cuenta, que no tenía hábito de mantener emociones de apego, por eso esta situación lo desesperaba, ya que apenas anoche había descubierto lo peligroso que podía ser cuando alguien significaba tanto para alguien.

Descifrar lo que le ocurría con Jin, que, sin darse cuenta, se había

enamorado de ella, era liberador. Pero también había sido peligroso, fatal, porque ni eso lo excluía de haber jugado horriblemente con ella. Usarla, y

que ella lo hubiera descubierto, fue algo muy fuerte. Era indudable que no iba a perdonarlo jamás.

Wilson marchó hacia los ascensores, rumbo a buscar a la única persona con la que tenía confianza y con quien precisaba poder hablar de esto. Porque si seguía solo en su oficina podía darle un ataque.

Scott miraba a Wilson con unos ojos escrutadores. No parecía sorprendido de oír la retahíla de la confesión de Wilson.

—Ya. Ahora puedes burlarte —culminó Wilson, sentándose en el sillón de visitas de la elegante oficina del nuevo secretario del Consejo de Seguridad. El aludido sonrió y se tocó el hombro.

—No me reiré de este asunto, aunque déjame decirte que yo sospechaba que esto podría ocurrir. Lo malo es que empezaste a sentir algo por ella.

—Como si no pudiera ponerse peor. Necesito conversar con ella, hoy no se reportó, aunque sé que se encuentra en una casa que no es la suya —añadió Wilson.

—¿No esperarás que te perdone? —increpó Scott, enarcando una ceja.

—Demonios, que no tengo idea. Pero ella no me dio de tiempo de explicar nada —apuntó Wilson sin quitarse el cigarrillo de la boca. Estaba prohibido fumar en el recinto, pero era una regla que a Wilson le encantaba romper.

Le costaba horrores confesarse de esta manera con alguien.

Y solo estaba abriendo la boca porque con Scott tenía esa confianza casi ciega por ser antiguos compañeros de armas que se forjaron en pos de una creencia que, al menos Wilson, seguía sosteniendo, plenamente seguro que

Scott

también.

Scott pareció estudiarlo unos momentos.

—Pero ella está en un sitio seguro ¿verdad?

—En casa de un agente del Ninjetti. No me fue difícil rastrearla. No está escondida. No quiere estar en un sitio donde podamos coincidir.

Scott tomó asiento en el enorme sillón frente a su escritorio.

—¿Sabes? Creo que deberías calmarte, regresar a tus labores y ya mañana buscarla para charlar con calma —adujo Scott con mucha tranquilidad—.

Después de todo se vería ridículo que el director de la agencia de seguridad de

este país estuviera descuidando su deber, por seguir a una chiquilla ¿no te parece?

Wilson bufó al oír esto. No sólo por la tremenda razón que tenían esas palabras y que probablemente él mismo le hubiese dirigido a Scott o a cualquier

otro que estuviere sufriendo por estas cosas en vez de dedicarse a sus obligaciones. Ahora estaba comprobando en carne propia que no era divertido.

Sin embargo, lo tomaría como un consejo. Tenía mucho trabajo en la

oficina, así que mejor regresar a eso. Ya más tarde, cuando regresase a su casa,

vería la forma de poder comunicarse con esa mujercita que había conseguido lo

que nadie nunca.

Hacerlo perder su autocontrol de sentimientos.

Jin no hizo más que vagar casi sin rumbo durante todo el día. Volvió un rato a su departamento, pero solo a recoger un par de cosas que llevaría a casa de Lance. Tampoco le agradaba la idea de estar en su departamento en estos momentos. Ella adoraba ese pequeño cuchitril porque era su pequeño mundo privado. Lo que le dolía era que ese maldito lugar le recordaba demasiado a ese

Wilson que le había hecho el amor durante meses, que dormía con ella

arropándola, que le cocinaba rico y que además se portaba atento. Claro, a su manera.

Un Wilson que ella llegó a amar más intensamente, pero que al final no resultó más que un engaño. En ese departamento habían pasado su primera noche juntos, y como él estaba habituado a quedarse allí en ocasiones, ella le acondicionó un cajón en el armario donde hasta guardaba sus toallas e incluso calcetines. Le puso un sillón de felpa cómodo, porque odiaba sentarse en los

sillones de plástico de ella y hasta había comprado un juego de ollas especiales, para que él pudiera cocinar sus deliciosos platos de fideos.

Su departamento entero le recordaría a él, por eso no podía quedarse,

porque tampoco tenía fuerzas como para deshacerse de todo eso. Todavía estaba

demasiado desconsolada y su corazón roto no era algo que pudiera arreglarse en

una tarde. Además, tenía la autoestima hecha añicos y no quería ni siquiera mirar su rostro en los espejos.

Las lágrimas volvieron a caer copiosamente de sus ojos. No podía

detenerlas, salían de ella antes que su consciencia pudiera frenarlas.

Estaba tan absorta en su tormento, sentada sobre su cama, aquella donde tantas veces amaneció en los brazos de ese mentiroso, que no sintió ni percibió

que algo se acercaba a ella.

La caída de la noche marcó el fin de las actividades normales en la agencia de seguridad, y extrañamente se respiró un aire de calma. Wilson lo agradeció,

porque eso implicaba que podía volver a su casa y poder enfrascarse en su drama

personal sin que interfiriera con su trabajo. Se sentía un poco estúpido, pero también era el único momento que tendría para poder dedicarse a buscar a Jin y

hablar a solas con ella.

Y vaya que ella tendría que oírle.

Decidió que no iría a casa del agente Lance donde se suponía que ella estaba, ya que lo primero era ir a ver en el departamento de ella, porque era muy probable que hubiese vuelto. Además, le molestaría ver como ese agente Lance

lo escrutaba y él no estaba como para responder preguntas invasivas que no le concernían a otra persona.

Cuando llegó a la puerta del departamento de Jin, sus sentidos de sigilo se

dieron cuenta que algo no estaba bien, pero no pretendía ser alarmista, así que con una artimaña entró desbloqueando la cerradura. Ya vería con Jin que le disculpase por arruinarla. Cuando entró, el olor a té blanco le entró por las narices. Sin duda que ella había estado allí, porque el perfume era muy reciente.

Recorrió el sitio. Como sospechaba el lugar ya estaba vacío o quizá Jin se marchó al notar que él venía se puso a contemplar el lugar.

Por supuesto que también estaba plagado de recuerdos para él. Todos los malditos cambios que ella hizo para que él se sintiese más cómodo estaban a la

vista. Aunque él siempre fingió que no le interesaba o que no se daba cuenta, la verdad es que sí se había percatado de esos pequeños esfuerzos. Entró a la habitación y el olor de té blanco se hizo más fuerte. Sin lugar a duda, ella había estado en ese lugar hacía pocas horas o quizá minutos.

Paseó sus ojos en la cama deshecha. Eso sí le pareció un poco extraño, porque Jin, aunque desordenada, jamás dejaba la cama de esa forma, aunque luego su visión objetiva no pudo dejar de notar que un pequeño *souvenir* que siempre estuvo en la mesita de noche también estaba en el suelo. Aquí había pasado algo, aunque era evidente que las huellas habían sido cubiertas, él podía

distinguir la escena de un patente delito, o quizá su imaginación pesimista le jugaba una mala pasada.

Wilson enarcó una ceja, y finalmente, en un imprevisto movimiento, se

volteó sacando un arma para apuntar a quien sea que vino a colarse a sus espaldas y que su sentido de agente percibió.

Pero el que estaba allí no era otro más que Lance ¿Qué rayos hacía ese estúpido aquí?

Wilson suspiró, bajó su arma y sus ojos se encontraron fijamente con los del agente, subordinado suyo.

—¿Qué hace aquí? —increpó Lance

—Creo que eso no le incumbe. Más bien, ¿qué haces tú aquí? —consultó

Wilson.

—Vine a ver si Jin estaba aquí.

—¿Acaso no estaba en tu casa? —enarcó Wilson.

—Estaba, pero algo no anda bien. Jin no suele desaparecer tantas horas sin enviar, aunque sea, un aviso. Ha desconectado su celular y no puedo hallar su última conexión —avizó Lance, que, aunque no estaba contento de ver a ese hombre ahí, también sabía que Wilson había venido a por Jin. Con sus ojos paseó por la habitación y pudo notar lo mismo que Wilson.

El director guardó su arma y su sentido de alerta se activó. Aun

comprendiendo el daño que él le hizo, era probable que Jin decidiera estar sola y esconderse un rato, pero sí era raro que no avisara de tal cosa a su amigo, más

cuando estaba acostumbrada a hacerlo.

En ese instante, un pequeño *click* proveniente de su tableta inteligente apareció en la pantalla, trayendo un mensaje de remitente encriptado. Wilson enarcó una ceja y lo revisó, sacándolo de su bolsillo, ya que podía ser alguna llamada o aviso del Consejo de Seguridad, pero cuando abrió el archivo, sus ojos

quedaron pasmados ante unas cortas letras que salieron de ella.

Tenemos a tu pequeña comadreja.

Si haces lo que te decimos, quizá puedas volver a verla.

Tú decides.

Wilson se quedó de una pieza al leer eso, y miró alternativamente su tableta y a Lance que lo miraba con suspenso.

—Parece que alguien ha secuestrado a Jin ...—finalmente alcanzó a decir

Wilson en un hilo de voz.

Capítulo 11

¿Quién podría tener las suficientes agallas como para desafiar de forma tan descarada al Director de Inteligencia de un país, supeditándolo a que accediese a unas demandas, bajo apercibimiento de lastimar a su amante? Como sea, eso había logrado lo que ni siquiera estando en un interrogatorio bajo tortura podría lograr. Que Wilson se pusiere furioso.

¿Cómo se atrevían a hacer esto?

Lance lo miraba a su vez, casi sin saber qué decir. Jin era como una hermana pequeña para él y ahora venía a enterarse de que la habían secuestrado

para quitarle algo a su amante que detentaba un cargo de poder. Lance estaba enfadado, aunque tampoco iba a perderle a Wilson el respeto por su rango, porque sabía que ese hombre había estado buscando a Jin, lo que le decía que quizá podría no tener interés en dañarla y sería el más interesado en recuperarla.

Wilson recuperó la compostura.

—Manejaremos esto de forma extraoficial, agente —ordenó finalmente

Wilson.

Lance lo miró, pero de alguna manera convino.

—Pero pasado el tiempo reglamentario lo reportaré oficialmente —fue la respuesta.

Ese modo de hablar tan familiar había resultado de haber pasado toda la madrugada intentando rastrear el mensaje que el director recibió por la noche cuando ambos hurgaban en el departamento de Jin por el mismo motivo. Al final, la delicada cuestión había unido a ambos hombres. Wilson movió todos sus

contactos y todo el poder que podía llegar a tener en ciertos sectores para ver si alguien sabía algo del secuestro. Lance dedicó en rastrear el mensaje, pero todas las pistas lo conducían a un punto muerto.

Finalmente, ya llegada la mañana, los dos hombres se reportaron a la base, visiblemente cansados por la falta de descanso. Fue ahí que Wilson le mencionó

que lo ideal sería mantener la extra-oficialidad del asunto y Lance concordó que

lo haría al menos hasta pasado el tiempo reglamentario para reportar una desaparición. Finalmente Lance se marchó a seguir indagando, en tanto Wilson

se quedó en la oficina intentando usar los recursos que tenía allí, para intentar conseguir datos.

Llamó a Danvers de forma urgente. Necesitaba más ayuda, el asunto era grave siendo que él y otro agente no fueron capaces de dar con el paradero de Jin.

—Director, estoy haciendo como cien reportes, creo que usted más que nadie sabe mi agenda —rezongó el hombre de particular peinado, que emulaba a

una escoba. Técnicamente era su día libre, solo tenía trabajo administrativo, por eso se extrañó sobremanera al recibir la orden de presentarse ante el Director.

Wilson estaba de espaldas a él, así que cuando volteó, Danvers no solo quedó petrificado por la orden que le dio, sino también al ver el rostro ojeroso y cansado del hombre. El agente no recordaba haberle visto ese aspecto jamás.

—Al diablo con eso. Su nueva orden es esta: rastrear como sea a la agente

Jin Carter. No escatime en usar los medios para producir información acerca

de

su paradero.

Danvers, quien, seguía con la boca abierta, se tragó las ganas de preguntar acerca de aquel drástico cambio en su agenda.

—La misión es de extrema confidencialidad. Solo tiene órdenes de reportar esto ante mí. No puedes hacerlo ante ningún otro agente —fueron las palabras de

fogueo de Wilson.

El rubio y perspicaz agente secreto quiso replicar algo, pero luego recordó su propia posición, y que su único deber era la de acatar órdenes, aunque estas

no le dejasen de parecer extrañas.

—Ni una palabra de esto a otro que no sea yo mismo o el agente Lance —acotó Wilson como final.

Danvers dejó de lado la sonrisa y se limitó a cuadrarse.

Sólo cuando hubo salido del rango de vista del director, se secó el sudor de la frente. Con Wilson lo más seguro era permanecer callado, y en cuanto a la misión que le habían encomendado, pues lo mejor era recurrir a lo mejor que sabía hacer y que era recolectar información. Si el director tenía ese aspecto, es porque él no había tenido éxito, así que eso doblaba la dificultad del trabajo.

Prefirió no seguir pensando en las extrañas implicaciones que esto tenía. Aunque

las mismas tuvieran un tinte romántico, a él le daban igual.

Su trabajo era la de obedecer y listo.

¿La mafia china? ¿Algún rezagado del esquema corrupto de los fiscales asesinados?

¿Los malditos misileros rusos? ¿Quién podría estar detrás de todo esto?

La lista de gente que pudiere odiarlo a nivel personal era larga, pero existía una regla dentro de esto y es que nunca se tomaban represalias a nivel personal

para alcanzar algo. A Wilson siempre le pareció un juego sucio. El que sea que

estuviera amenazándolo así, era alguien de cierto poder, porque pudo burlar todos sus intentos de rastreo y las del mismo agente Lance.

Pero sin duda que él y su accionar lo molestaba, ya que el último mensaje

había sido categórico en establecer como requisito para la liberación de la rehén, que el director renunciase a su cargo. El problema era él y el secuestrador de Jin se lo daba a saber.

Había intentado responder con algún mensaje encriptado aquella primera

amenaza, solicitando una prueba de vida de la agente Carter, pero no había logrado establecer ningún contacto con el o los captores y el no saber nada de ella le desesperaba aún más. Lo estaba matando el no tener control sobre la situación, algo inconcebible para un hombre con el poder que tenía él, porque, a

pesar de estar usando muchos recursos para encontrar a Jin, las noticias seguían

sin aparecer.

Volvió a tomar asiento en el enorme sillón de la oficina mientras su mente seguía divagando, identificando probables enemigos lo suficientemente audaces como para hacer esto.

Abría sus ojos de tanto en tanto, según lo que le permitía la enorme pesadez que sentía, sumado a la sensación de casi ahogamiento que tenía en el pecho. Al

aspirar el aire que le pareció, venía de un sitio cerrado, y ser consciente de ello, alcanzó la fuerza para finalmente despertar de un sueño forzado. Se incorporó violentamente, respirando por la boca, abriendo sus enormes ojos verdes. Jin empezó a jadear luego de sentir el sabor metálico extraño en la boca. Todavía estaba mareada y confundida.

— ¿Dónde demonios estoy? —fue su primer pensamiento, que no tardó nada en salir de su boca.

Una vez pasados los segundos de extrañeza y de no saber dónde estaba, su mente entrenada de agente empezó a cavilar y percatarse. Mirando por todas partes, olfateando el sórdido y oscuro lugar, y atando cabos con sus últimos recuerdos, se percató que la habían traído a la fuerza a este sitio. No reconocía nada.

—¿Quién pudo haberme sustraído? ¿Por qué? —obviamente lo primero que hizo apenas saltó del pequeño catre donde estaba, fue acercarse a lo que parecía

ser un orificio de ventilación. También divisó una puerta de estilo acorazado, una especie de lujo dentro del sórdido cuarto. Sobre el catre solo había un colchón pegado al mismo, pero sin sábanas ni almohadas. Evidentemente por seguridad

habían quitado de allí cualquier elemento que ella pudiere usaren su defensa o en su contra.

Intentó procesar cualquier método de salida rápida, pero era imposible sin saber o ver a qué se enfrentaba.

¿Por qué alguien se tomaría la molestia de secuestrar a alguien tan insignificante como ella?

¿La someterían a tortura para quitarle información sobre algo?

Eso pareció apretar de furia a Jin.

—¡Pues que se atrevan! —gritó repentinamente la muchacha. Era cierto,

ella no le temía a la tortura y a los interrogatorios bajo presión. Ya bastante estúpida se sentía por haber permitido que alguien la secuestrara como para venir ahora a abrir la boca, aunque enseguida volvió a sentarse sobre el catre. Ella no estaría allí, si no fuera por su propia inutilidad que hubo cimentado esta lamentable situación. Eso le había pasado por haber bajado la guardia,

estúpidamente enfrascada en su drama personal como si fuera una adolescente.

Pero, aunque intentase aplacarlo con furia, ese crudo sentimiento de dolor típico de un corazón roto, al saberse usado y restregado, volvió a ella con intensidad. Ella amaba a ese hombre por sobre cualquier cosa en el mundo y se

odiaba en estos momentos por aquello. Al final ya no pudo seguir pensando en el

horrible pesar de su propio e inexplicable cautiverio, sino en la desazón de su propio corazón.

El secretario del Consejo de Seguridad era en teoría una de las personas más poderosas del país, ya que se encargaba del trabajo administrativo del órgano

que conducía los destinos del país. Claro en teoría debería estar por encima del

Director de la Agencia de Seguridad, Luke Wilson, pero todo el mundo sabía que eso no era tal, ya que el verdadero brazo ejecutor, al que nunca nadie

discutía era a Wilson. Si a éste no le gustaba algo cocinado por los miembros del Consejo, lo cambiaba; además está decir que Wilson tenía ese carisma especial y

un aura de respeto que no tenían ellos. Wilson era capaz de inspirar y movilizar a todos los agentes, y eso, porque sabían que ese hombre además de incorruptible

había pertenecido a una de las castas de hombres ya casi extintas del país: los famosos Lobos de Mibu, quienes tenían una fidelidad y lealtad absoluta por su nación.

Scott Gloval había obtenido ese puesto, no solo porque Wilson se lo hubiese sugerido al Consejo, sino también porque él mismo era un miembro

sobreviviente de esa casta, y también porque era el único hombre en quien el director confiaba para darle un puesto de ese calibre.

Sólo ahora pudo acceder a un puesto estratégico dentro del nuevo gobierno, porque su mala salud se lo impidió en el pasado.

Scott cerró los ojos, ante ese pensamiento. Pronto debería de cambiar eso.

No le tembló la mano para llegar hasta ahí y no le temblaría en el futuro. Así debía actuar alguien que portaba un cargo tan delicado como el suyo. En ese instante, la puerta de su espaciosa oficina se abrió anunciando con la voz del computador.

Luke Wilson, director ejecutivo de la Agencia de Seguridad, acceso

autorizado por clave encriptada.

En ese momento volteó y se encontró con cierta sorpresa con algo que no recordaba haber visto desde sus épocas de guerrero más arduos. El hombre que

veía entrar venía agotado y con aspecto de cansancio. Scott lo vio entrar sin ceremonia y arrojarse al sillón que estaba frente al escritorio del secretario.

—Demonios, ¿se puede saber que ocurre contigo? —lanzó Scott, al parecer mostrando preocupación.

Wilson parecía tener sus ojos fijos en algún punto indeterminado.

—Se la llevaron, Scott, se la llevaron para tenderme una trampa a mí...

—Espera ¿Qué se llevaron a quién? ¿Y cómo es eso de que te están tendiendo una trampa? —preguntó Scott, aparentemente curioso.

Wilson jamás dejó de mirar ese punto indeterminado con el rostro sumamente serio.

—Alguien la secuestró a ella —soltó de vuelta, y al decirlo se le notaba la rabia contenida —. Y lo hizo solo con el único efecto de doblegarme — agregó

finalmente con los labios apretados, y los ojos centelleantes de ira.

Scott parecía confundido.

—Pero ¿Quién ella? ¿Podrías ser más claro?

—¡Me refiero a Jin! ¿De quién más podría estar hablando?

Scott pareció sorprenderse, pero enseguida se repuso y se sentó en su sillón reglamentario.

—¿Qué piensas hacer? —atinó preguntar.

—Me piden que renuncie al puesto o de lo contrario no aseguran que ella pueda vivir —adujo Wilson sin mirar a Scott

—¿Acaso me estas pidiendo consejo acerca de lo que *debes* hacer o de lo que *puedes* hacer? —subrayó el secretario, mirándolo fijamente.

Wilson no notó el tono con el cual le estaba hablando su mejor amigo que, aun si no lo ejerciera en la práctica, era su superior en rango de oficialidad.

—He movilizado mis recursos disponibles, pero no tengo noticias. Mucho menos he levantado la alarma del asunto a nadie. No quiero tener a Ethan Carter

encima mío.

Scott siguió mirándolo.

—Sabes que la mujer de alguien con poder siempre estará en una posición vulnerable.

Wilson lo miró extrañado.

—Jin no es mi mujer, y eso lo sabes. O, de cualquier forma, su posición no implicaba que intentaran hacerle esto. Ella no tiene nada que ver en mi relación

con la gente que persigo en mis acciones de director de seguridad.

Scott parecía tener un pulso extraño en ese momento.

—Entonces si no es nada tuyo, pues ya sabes que responderles... no necesitas mis consejos. Después de todo, en toda guerra, *siempre hay bajas*.

Eso pareció enervar aún más a Wilson.

—¡De ninguna manera voy a dejar que ella muera! Aunque sea lo último que haga iré a traerla donde esté y personalmente mataré a quien se atrevió a meterla en este lio.

—¿En serio lo harás?, recién dijiste que no era nada tuyo. Pero, por otra parte ¿No estas olvidando algo? —increpó Scott

Wilson extremó su mirada. Scott siempre había sido muy directo, pero esta vez parecía estar disfrutando con la situación, dándole un tinte que no tenía y eso ya no le estaba gustando. Mas cuando él era alguien que estaba en poder de muchas confidencias de Wilson.

—Sé cuál es mi deber —replicó Wilson

—Exacto, y tu deber, como tú y yo tenemos bien aprendido, es primero servir, cumplir con las obligaciones y luego los problemas personales. Y desde el inicio me dijiste que estuviste usando recursos que estaban a tu mano para usarlas en tu búsqueda de esa mujer ¿o me equivoco?

—¿Qué demonios te sucede? —se levantó Wilson del sillón. Había venido buscando algún consejo a medida y a cambio estaba recibiendo una reprimenda

y un consejo de dejar morir a Jin, porque su cargo era más importante.

—Ya sabes que, si no puedes cumplir con el juramento a tu deber, por encima de un romance particular, pues ya sabes que tienes que hacer, Wilson, y

te lo digo por tu bien, porque somos amigos y esto está afectando tu desempeño

profesional —pareció tener una pausa metódica para luego añadir—. *Renuncia.*

Wilson en medio de la tremenda lucha emocional que tenía en su cabeza no pudo evitar vislumbrar la lógica de esas palabras. Un agente como él debería estar listo para saber dónde terminaba su vida privada y comenzaba el deber que

tenía implícita con la investidura de su cargo, pero eso no era lo que él quería escuchar. Independientemente de que Jin fuese su mujer, ella también era una agente que estaba siendo utilizada por fuerzas externas para extorsionar a un superior jerárquico.

Un delito a todas luces, y Scott le hablaba de bajas necesarias.

—Entonces crees que mi renuncia es necesaria... —finalmente urdió

Wilson

Scott no respondió, pero en su mirada estaba implícita lo positivo de la respuesta. Y Wilson supo verlo. Scott no lo estaba considerando digno de ocupar

una posición como la que él tenía, porque estaba anteponiendo deseos personales

por encima de su deber.

Fue entonces que salió de allí. Necesitaba respirar aire puro y seguir pensando, y de paso seguir rastreando a Lance y a Danvers. Ya no quería seguir

teniendo un escrutinio ético o moral con Scott, de quien no esperaba tal cosa, aunque en el fondo lo comprendía. Scott era su amigo, y era el único que sería

capaz de decirle estas cosas y ponerle en consideración. No valía la pena pelear

con él.

Algo otras veces inconcebible estaba pasando. Generalmente nunca cruzaban caminos porque sus tareas siempre habían sido diferentes. Uno era un mago de la infiltración y el espionaje, y el otro era un genio de las tareas de búsqueda de datos o pistas, pero Lance y Danvers habían cruzado caminos en medio de su búsqueda común. Y ahí estaban monitoreando datos obtenidos.

—Por Dios, pareciera que un fantasma se la tragó, en serio ¿no podríamos pensar que la agente Carter ya pudo haber sido asesinada? —requirió Danvers,

aunque enseguida cambió su semblante luego de ver la cara de Lance—. Está bien, lo siento. Sé que ella es tu conocida o algo así.

—Mejor cállate y sigue intentando descifrar la dirección IP de dónde provino ese mensaje —le silenció Lance.

Wilson estaba en la oficina sumamente afectado por las palabras de Scott y escrutando cada tanto su tableta esperando reportes de Lance o Danvers, que tenían la premisa de hacerlo cada una hora, pero aún sin novedades pertinentes.

Un sonido le anunció la llegada de un mensaje encriptado a su dispositivo.

Cuando lo revisó se dio cuenta de que no era otra cosa que la prueba de vida que usualmente se mandan en los secuestros extorsivos.

Wilson había visto cientos de este tipo de videos en su vida, que nunca le habían movido un pelo, pero en ese momento su corazón entró en desesperación

al verlo. Un corto donde mostraba una Jin evidentemente inconsciente sobre lo

que parecía ser un catre. Se notaba que respiraba y junto a ella, un periódico del día. Tenía el rostro apesadumbrado, como si hubiese estado sufriendo mucho antes de haber sido silenciada por aquellos quienes la habían secuestrado. Y eso, aunque fuere invisible para otros, no lo era para él.

Saberse el culpable de tamaña cosa era más de lo que su airado pecho pretendía soportar. ¡Al diablo el deber! Scott tenía razón, a él ya no le interesaba el deber ni el juramento que había hecho de proteger a este país. No le importaba. Prefería anteponerla a ella ante cualquier otra cosa. Prefería verla a libre, viva, quizá odiándolo a muerte por lo que le había hecho, pero al menos sana y salva. Tan fuerte era su convencimiento que estaba dispuesto a pagar el precio de entregar su cargo, ese que siempre pensó como la cosa que más amaba

en el mundo. Desde el sillón del director podía desplegar su justicia, pero ahora nada de eso podía tener importancia. No más que ella.

Si con sus considerables recursos no era capaz de salvarla ¿para qué quería el poder? Estaba probando su inutilidad y su incapacidad de poder actuar en consecuencia. Se puso de pie, no tenía otro remedio. Debía renunciar. Debía poder liberar a Jin del yugo de su propia inoperancia. Después de todo, el único

artífice de su propia situación era él mismo.

Pero en ese instante, vinieron a él cientos de ideas, como detonadas por la decisión que acababa de tomar y que estaba en camino de comunicar al Consejo

vía transmisión en la sala del secretario.

¿Quién saldría beneficiado con su ida?

¿Quién conocía a fondo los sentimientos que él tenía por esa mujer? Porque podría tener una amante para desahogarse y a nadie le importaría, pero quien

organizó todo esto era alguien que conocía la intimidad de sus sentimientos, algo que no sabía nadie, excepto...

Alguien que anhelaba su cargo y su posición. Que quizá lo recelaba. Que tenía los recursos para despistar a los mejores agentes, porque apretaba los botones desde allí mismo.

Que lo conocía tanto que era capaz de tocar los controles adecuados con tal de hacerlo trastabillar en su mente. Alguien en quien confiaba tanto como para

no percatarse ni hilar alguna premisa de sospecha, porque Wilson era un detective nato, pero esto no lo había podido dilucidar, porque interpuso los sentimientos de amistad que sentía por esta persona.

Alguien que fue capaz de manipularlo. ¡El único que lo conocía lo suficiente y podía limitarlo!

Sus ojos oscuros se tornaron ámbares, detonando una furia ilimitada y abrió, casi destrozando, su propia puerta, para salir de ahí luego de que la verdad se hubiera develado ante sus ojos. Lo que no supo ver antes, porque sus emociones

habían estado involucradas.

Luke Wilson, director de Agencia de Seguridad, con acceso autorizado según clave encriptada.

Esas palabras del computador fue lo que oyó Scott quien estaba sentado dando la espalda a la puerta, pero casi sabiendo lo que se venía. Porque conocía

a Wilson, quien ahora podía estar estúpidamente enamorado y con las emociones

comprometidas, pero también era un hombre sumamente inteligente. Sonrió

al oír los pasos firmes de Wilson, junto con el ruido metálico de la cabeza de pistón de un arma al cual estaban preparándole casquillos. Ante eso su sonrisa de satisfacción se amplió.

—Scott...

La voz de Wilson llamándolo con un desprecio casi inhumano finalmente lo hizo voltear y ahí lo vio, con sus ojos centelleantes de ira y con el arma apuntándole directamente a la cabeza.

—Así que lo dilucidaste....

—Las reglas han cambiado ahora, entrégame a Jin o te mueres.

La voz de Wilson, dura y fría, su pulgar listo para hacer volar los sesos de Scott, lo decían todo

—Tú no mereces el cargo que tienes y lo sabes —volvió a sonreír Scott, pero Wilson no tenía ánimo de seguir con el teatro, ya luego se encargaría de derramar su furia debida con él, ahora necesitaba que Jin regresara con bien.

—Te daré un conteo razonable para que llames a tus secuaces y me traigan a Jin. Sabes que no me temblará la mano para liquidarte, maldito traidor.

—¡Oye! —respondió risueño—. No tan rápido, que todavía tengo un juego para ti. La verdad esperaba que renunciaras, yo asumiría el cargo, te devolvía a

tu mujer y todos estaríamos felices, pero ante estas nuevas circunstancias creo que tendré que recurrir a unos efectos especiales... *algo dramáticos* —agregó Scott

—¡No estoy para juegos! —soltó Wilson, airoso.

—Mi equipo tiene ordenes de ejecutar a la mujer si no me comunico cada

media hora con ellos ¿quieres hacer el intento de probar?

Los ojos de Wilson brillaron.

—Pues hazlo... y de paso diles que tu estúpido golpe ha fracasado y que lo abortas. ¡Quiero a Jin libre, ahora! —acercándose más con su arma en filo.

Scott sonrió, y antes de que Wilson pudiera preverlo, la puerta de entrada se cerró automáticamente y el sonido del chasquido de un arma hizo eco en el sitio,

como si fuera un arma apuntándole. Alguien que Wilson no pudo prevenir, porque había aparecido casi subrepticamente.

—Un maldito ninja —dedujo Wilson para sus adentros cuando se percató que un hombre alto y aspecto frío y con efectivo atuendo ninja, le estaba apuntando a la cabeza también.

—Oh, te presento a Murakami, yo mismo me lo traje de Japón. Quizá te esté apuntando con una automática ahora, pero también tiene una katana de esas afiladas que adorábamos usar antes. ¿No te parece poético? —sonrió de nuevo Scott.

Wilson estaba decidido a pegarle un tiro a Scott, pero el saber que con ello también podría matar a Jin, lo calmó, ya que el muy imbécil tenía que reportarse

cada media hora a quienes tenían a la mujer. Sería una muerte en vano. No tuvo

de otra más que bajar el arma y arrojarla a un costado.

Quizá debía hacer esto por las buenas y renunciar. Ya luego encontraría como matar a Scott como el perro que era, pero no contaba con que Murakami,

que estaba detrás de él, le diera una feroz estocada con el mango de su katana.

Fue tan rápido que no supo detener el golpe que al final hizo que perdiera la capacidad de consciencia, y cayó aparatosamente al suelo.

Scott, que lo estaba mirando con esa sonrisa que nunca lo abandonaba añadió.

—Supongo que como éste estúpido no quiere las cosas fáciles, le daré una muestra dramática de cómo se hacen las cosas. Obvio, antes de matarlo, porque

ahora menos que nunca podría dejarlo vivo, porque si me entrega el cargo, sé que me buscará y me matará, lo conozco —estableció Scott al tiempo que levantaba la mirada ante el impasible ninja que estaba parado allí para dirigirle la palabra:

—Levántalo, lo llevaremos a que haga una última visita a la mujer.

Capítulo final

El saber que pronto podría obtener algo que él creía que por derecho natural le pertenecía había cegado a Scott Gloval. Estaba convencido de que era el más

capaz y apto para el servicio, para la tarea tan delicada que implicaba ser la cabeza y el brazo ejecutor de la seguridad de una nación, aunque en el proceso

tuviera que cometer actos de traición contra un amigo.

Él era más indicado que Luke Wilson y lo iba a terminar de demostrar, aunque fuera ejecutando un show patético, porque eso era algo que necesitaba hacer, quería mostrarle a Wilson, ese bastardo autosuficiente y sardónico, que no era el ser infalible que decía ser, y recurriría a estos

métodos de maldad y truqueras propias de un malvado de película. Secuestrando a la amada y haciéndole un espectáculo frente a sus ojos, para verlo derrotado y arrodillado, aceptando su superioridad.

Ese era el deseo y sueño de Scott. *Tener la aprobación de Wilson*. Sentirse superior. Y por esto estaba haciendo todo. Junto con su matón personal Murakami, habían traído a Wilson a una de las bóvedas búnker que había dentro

del mismo recinto del edificio de la Agencia de Seguridad. Una guarida improbable donde también tenía a Jin Carter.

¿Quién habría pensado que la joven secuestrada estuvo todo este tiempo dopada dentro del lugar? Wilson probablemente lo hubiera pensado si hubiere deducido a tiempo que era Scott quien estaba tras el rapto de la joven agente.

Aquí Scott tenía todas las de ganar. El director estaba dado de baja y la mujer que tanto le importaba, convertida en su punto débil para doblegarlo. Sus

planes estaban saliendo más que bien y eso era increíble. No. No era increíble,

era lo justo, porque él no tenía debilidades como Wilson y con esto reafirmaba lo que pensaba.

Wilson abrió los ojos con una sensación horrible de pesadez en los ojos y un dolor en la nuca que lo enturbiaba. Cuando lo hizo, no se puso a pensar cómo es

que había llegado a ese estado y ese lugar, un hombre con su preparación no caía

en tantas dudas. Sin duda que fue llevado en algún sitio para esconderlo y rematarlo.

Revisó sus manos y piernas. Firmemente atadas y sostenidas por mecanismos que parecían cadenas gruesas a una silla metálica. Sin duda que Scott temía que escapara.

Se sintió a sí mismo y supo que no tenía ninguna arma con él. Tampoco tenía el dispositivo que llevaba pegado al brazo siempre. Lo raro es que el idiota de Scott no lo había asesinado cuando estaba vulnerable o por lo menos, provocado daños a algún órgano vital.

¿Qué pretendía dejándolo vivo aún?

Se suponía que él era su más grande obstáculo. Con sus ojos paseó la mirada al lugar donde estaba para estudiarlo y memorizarlo. El color del lugar enseguida le hizo razonar porque recordaba el video de la prueba de vida que le

había sido enviado. ¡Jin debía estar por aquí también!

Pero ¿qué demonios de lugar era éste?

Aún le dolía mucho la cabeza, era evidente que aparte de golpearlo

brutalmente en la nuca, le habían puesto algún tipo de droga. Su mente se activando. Podrían quitarle la movilidad, pero eso no le impediría seguir cavilando. El lugar donde estaba parecía ser un sitio de interrogatorios y era bastante grande, como una especie de salón.

—Es un bunker bajo tierra —finalmente dedujo Wilson. Empezó a estudiar

el lugar de forma detenida. ¿Qué lugar podría ser tan impenetrable para dos agentes como Lance y Danvers? Como sus órdenes habían sido secretas, estaba

seguro de que Scott no tenía conocimiento de que esos dos estaba bajo la pista

de Jin. Además, al no estar reportado en ningún sitio, estos dos agentes se alarmarían a su vez. Y si buscaban lo suficiente en la oficina del director

podrían llegar a alguna conclusión. O al menos eso esperaba.

¡Un momento! ¿Un lugar en el que nunca hubiesen pensado buscar?

¿Cómo pudo haber sido tan tonto?

Y como dándole la razón, la enorme compuerta se abrió, dando lugar a dos sombras que entraban. Wilson enarcó una ceja. ¿Vendrían a matarlo?

Pero cuando al fin distinguió en la luz lo que ocurría y quienes eran lo que

entraban, se le heló la sangre. No solo porque pudo distinguir al bastardo de Scott caminando tranquilo sino porque detrás venía ese matón de Murakami con

aspecto de suficiencia, llevando por sobre sus hombros el cuerpo de una mujer.

Un cuerpo que él podría reconocer en cualquier sitio. Era el de ella, y verla tan frágil y vulnerable bajo los brazos de aquel miserable le nubló los sentidos.

Si pudiera mataría a ese desgraciado por llevarla como si fuera un saco de cebollas, y odió ver la sonrisilla de Scott. Sardónica y miserable al verlo tan expuesto y sin posibilidad de hacer nada. El gran Luke Wilson sin poder

nada.

Pero el colmo fue cuando ese imbécil de Murakami arrojó el cuerpo inerte de la joven al suelo sin mucha delicadeza.

Todo frente a Wilson que, aunque furioso y bullendo por dentro, los observaba impávido.

—No esperaba que despertaras tan pronto —aplicó Scott.

—¿Por qué no me mataste? —preguntó Wilson con frialdad, y manteniendo la voz tranquila, pese a que, por dentro, la visión del cuerpo tirado de Jin le daba escalofríos.

Scott pareció darse cuenta y añadió con otra sonrisa —. No te preocupes, no está muerta. Al menos, no todavía.

—Ella no sabe que eres un traidor, mejor suéltala de una vez y mátame sin tanto juego ¿quieres? —desafió Wilson.

—Tengo algo en mente que te enseñará a darme la razón de por qué soy el más indicado para ocupar la silla que has estado teniendo —respondió Scott.

—¿Y crees que montando un circo al típico estilo de los malvados de un comic americano lo lograras? —aguijoneó Wilson.

Scott se volteó con el semblante cambiado esta vez, y no pudo evitar lanzarle un golpe con toda la fuerza de su puño al rostro a Wilson.

—Golpeas como niña. Entonces ¿así se siente cuando golpea un traidor?

¡No mereces haber estado con los lobos de Mibu! —se burló Wilson sonriendo

de medio lado y escupiendo sangre.

Pero Scott ya estaba decidido a que todo acabara.

—Si no te maté, es para mostrarte de que no eres capaz ni apto para el cargo que tienes. Mira que andar de débil por una muchacha como ésta. Hubieses sido

capaz de darlo todo por esta chica, sin importarte tu deber ¿y te dices el director de la agencia? —retrucó Scott.

Wilson lo estaba oyendo, pero sus ojos estaban más fijos en la joven que ya estaba removiéndose en el suelo. Al hombre se le encogía el corazón de sólo pensar que le pudieran haber hecho algún daño, y ya estaba pensando, en caso de

no morir, en la forma en que mataría a Scott.

Scott seguía hablando de la demostración que quería hacerle, pero Wilson no le prestaba atención. Era como si la boca de ese maldito se moviera sin más,

él solo podía ver como Jin parecía estar despertando de ese letargo, y su alma pareció que iba a salirse cuando vio que abría sus ojos verdes. El implacable director no recordaba haberse sentido así de aliviado.

Tenía una mezcla de ternura, alivio y ansiedad al verla. Cosas que antes no había sentido.

Luego vino la congoja al imaginar qué podría sucederle a la joven, porque de las palabras de ese bastardo de Scott podía deducir que "quería darle una lección a él", y eso obviamente podría lograrlo castigándolo donde más le penaba, es decir, lastimándola a ella.

Apretó con rabia sus ataduras de hierro y miró de reojo por todas partes.

Fue ahí que, tras segundos agonizantes para él, Jin pareció despertar por completo.

No pudo evitar que su nombre le saliera como un susurro, y ella, aún aletargada, fijó su cara en la suya. Sus miradas se habían encontrado finalmente

y Jin pareció quitarse la modorra, así que hizo lo primero que su impulso de agente la llamaba a hacer. Intentó levantarse, pero fue apuntada con un arma

por

un hombre de complexión enorme que estaba allí.

¿Qué ocurría aquí?

También vislumbró al secretario del consejo, Scott Gloval, en el centro del salón, paseando con las manos en los bolsillos, y peor aún, vio a Luke Wilson amarrado, sentado, viéndola con los ojos casi despavoridos y un semblante que

ella nunca le había visto. Estaba inmovilizado. Por más secuestrada que estuviera, ella podía deducir lo que estaba pasando, no dejaba ser una agente después de todo.

—¿Qué demonios? —finalmente gruñó ella.

—La muchachita al fin despertó —respondió Scott volteándose a mirarla.

Murakami seguía impávido apuntándole con un arma, pero al verla removerse no dudó en aplicarle una bofetada que volvió a lanzarla al suelo con toda potencia.

—¡Déjala, imbécil! ¿No ves que aún no está bien del todo? —gritó Wilson, exacerbado luego de ver la escena aquella.

Jin se incorporó sentándose como podía, en serio que esto último le había dolido bastante. No recordaba haber recibido un golpe así en mucho tiempo, pero ella tenía resistencia, aparte el hecho de que Wilson gritara de esa forma, en cierta forma la enfureció. Ella no era una débil muchacha. Podía seguir resistiendo golpes como ese durante todo el día. Aunque su enfado no era tanto

por la desconfianza a sus habilidades, sino por recordar que Wilson era el

causante de un drama personal horrible en su vida, que inclusive la hizo cuestionar el deseo de seguir en las filas del servicio.

Wilson vio su gesto impávido, aunque esta vez ella no dio muestras de intentar retorcerse. No comprendía del todo este espectáculo, pero algo parecido

al orgullo pareció llenar cada espacio de su cuerpo al intuir que ella no le daría el gusto de mostrarse débil.

—Jin...—susurró Wilson al verla así, pero la joven le correspondió con una mirada fría, llena de rabia contenida. Aunque estuviesen en una situación así, ella no se lo perdonaría. Era demasiado duro saberse utilizada, a sabiendas de los sentimientos que uno podía tener. Pero ¿cómo saber si un hombre tan frío y tan

cínico como Wilson sabía lo que era el amor? O en caso de que supiese vagamente el concepto, de seguro no le importaba. Por eso le molestaba como la

miraba, con esos ojos que de seguro estaban fingiendo que le importaba lo que

ella estaba pasando.

Jin estaba sentada en el suelo. Murakami no la había amarrado, pero le apuntaba en la cabeza.

—Luke Wilson —dijo de repente Scott, haciendo que ambos, tanto el aludido como Jin lo mirasen—. ¿Serías capaz de entregar los códigos termonucleares de las bases aéreas de este país al enemigo?

—¿Qué rayos es esto? Si quieres códigos como esos ya puedes ir matándome, porque no pienso dártelos —escupió Wilson ya perdiendo la

paciencia con el juego.

Scott sonrió y se acercó a Jin que lo miraba con odio. Aunque abrió mucho sus ojos cuando vio que Scott traía entre sus manos algo parecido a un parche electrónico que entregó a Murakami, quien no dudó en pegárselo a la espalda de

Jin.

—¿Los entregarías... digamos... por ejemplo... si hiciera esto? —preguntó

Scott, apretando el botón de un dispositivo que tenía en la mano, que de inmediato hizo que corrientes eléctricas surcaran el cuerpo de la joven agente que se puso a gritar del dolor.

—¡Detente, imbécil! —gritó Wilson, desesperándose.

Jin dejó de gritar y, temiendo que estuvieran extorsionando al director para conseguir ese dato ultra clasificado, reaccionó.

—¡No lo se entregue, director! Soy un agente, si tengo que morir para evitar que terroristas como estos se salgan con la suya, lo haré —gritó la joven, aguantándose las ganas de seguir aullando de dolor, aunque en su fuero interno no entendía como este traidor pretendía obtener datos como éstos usándola a ella,

cuya vida no le podría importar menos al director. Eso sí que no lo comprendía.

Scott sonrió y apagó el dispositivo, dejando a la joven echada al suelo, jadeante, pero consciente aún.

—No seas ilusa, estúpida. ¿Crees que quiero ese código? Estoy jugando con este sujeto, viendo cuánto es capaz de dar por algo que solo le compete a sus

intereses personales. Porque esto y más sería capaz de entregar este imbécil por

salvarte a ti, olvidando cuál es su deber, y es eso lo que quiero probar... antes de matarlos —finalmente soltó Scott.

Jin quedó atónita ante el comentario. ¿Qué acaso estaba oyendo bien? ¿El secretario del consejo estaba haciendo todo eso por hacerle una jugada al director?

Wilson apretaba su lengua, pero no pensaba dejarse dominar.

—¿Por qué mejor no me matas y terminas con esto? Aprovecha ahora que no puedo moverme, sabes bien que, si llego a soltarme, tú no vivirás mucho.

Conoces la política que tengo contra los traidores. Y a ella ¡suéltala! No me interesa lo que pase con ella, así que deja de jugar esa carta —mintió por último Wilson intentando jugar un naípe, para que Scott liberase a Jin al no ser valiosa para su juego demostración.

Scott lo miró.

—A ti te interesa, lo sé —apuntó Scott, acercándose a Wilson que viendo que su última estratagema podría resultar, decidió jugarla hasta las últimas consecuencias, aunque en su fuero interno lo lamentase profundamente.

—Si te creíste esa estupidez, ¡eres un imbécil! ¿Crees que yo caigo en esos jueguitos de amor? Ella sólo fue otra mujer más, que tomé porque estaba de ofrecida allí, no soy de piedra ¿sabes? La estúpida no estaba tan mal, pero si quieres matarla ¡Adelante! Me harías un favor, porque esta inútil me trajo muchos quebraderos de cabeza por haberla usado para matar a ese fiscal corrupto. Tuve que cometer la bajeza de seducirla. ¡Yo el gran Luke Wilson cayendo bajo por esta mujer! Haz lo que te plazca con ella, ¡no me interesa!

—

gritó Wilson, aunque sabía que sus palabras podrían estar matando de dolor a Jin, prefería que Scott no la creyese valiosa y la soltara. Con el corazón más

roto aún, pero viva al menos.

En eso sí tenía razón, a Jin ya no le dolían los calambres que le provocaba la descarga eléctrica con la que la torturaban. Cada hiriente palabra de Wilson era

como una daga que le cortaba las venas. Por un milímetro de segundo tuvo la esperanza de sentir que quizá Scott, el traidor, la había secuestrado porque sabía que, de alguna forma, ella era importante para Wilson, pero las palabras dichas

por ese hombre lo desmentían, arrojándola más al fango.

Wilson se daba cuenta, pero ¿qué podría hacer? Decidió pisar aún más el acelerador. Total, el daño ya estaba hecho.

—¡Me harías un favor, deshazte de ella! ¿Acaso crees que una mujer como ella podría haberme importado alguna vez? ¿Acaso no me has conocido de antes,

Scott?

El aludido estudiaba su mirada, escuchando sus palabras, intentando procesar lo que le decía, parado frente a Wilson.

—Lo que quieres es hacerme un espectáculo para ver si tengo debilidades.

Lamento informarte que no las tengo. ¿Cómo la ves que tu juego patético no te

funcionará? Me matarás y quedaré como héroe. Como mártir —aguijoneó

Wilson haciendo uso de toda su capacidad de manipulación, asumiendo una postura fría.

Algo que sabía Wilson es que Scott no tenía la inteligencia emocional ni práctica que tenía él. Siempre fue el eslabón débil en la cadena de los Lobos de

Mibu, aparte de enfermo, lo que finalmente lo excluyó de tener una posición de

poder en algún momento.

Scott parecía pensarlo, y Murakami había tomado de los cabellos a la joven que ya no se resistía.

—¿La matamos, jefe?

Scott parecía pensarlo. La chica parecía que al final no era valiosa y su plan se le estaba yendo de las manos, porque su único objetivo siempre fue mostrar

que Wilson podía caer. ¿Qué sentido tenía ahora? ¿Acaso simplemente tenía que

limitarse a matarlo sin más? Eso sería demasiado fácil y él lo único que deseaba

era verlo admitiendo antes de morir que no era apto para el deber que estaba cumpliendo, que tenía una debilidad muy grande, incapaz de controlar y que él,

Scott Gloval era el único que podía llenar la silla de director.

Miró a la muchacha. Por su rostro de cansancio se notaba que las palabras

de Wilson habían acrecentado su odio hacia él. Quizá hasta le podría ser de ayuda, porque podía montar un número con Wilson, acusándolo formalmente del

asesinato del Fiscal General, lo cual sería peor que matarlo, porque

enturbiaría su nombre, quitándole su honor, y si podía manejar a esta muchacha estúpida, manipulándola lo suficiente, podría hacerla caer a su favor. La sonrisa falsa y el carisma que tenía de algo le tenían que servir.

—No, no la vamos a matar —respondió Scott, luego de haber pensado largamente.

Wilson se alegró interiormente. La manipulación había funcionado, y eso porque él conocía como se manejaba la mente fácil de Scott, que al verse asediado por ideas que parecían muy buenas no dudaba en tomarlas. Aun así, Wilson sabía que las cosas para él no eran fáciles, era consciente que sería fácil para Scott ensuciar su reputación, acusándolo de cualquier cosa ahora, ¿y Jin?

De alguna forma quería creer que ella se pudiera mantener al margen, pero ¿quién entiende a las mujeres despechadas? También tenía que tener en cuenta que Jin aún estaba susceptible con lo de la muerte del Fiscal y todo su círculo.

—Es cierto, tú no te mereces sufrir por causa de este patán. En cambio, te ofreceré la magnífica oportunidad de vengarte de él. Testificarás en su contra en la denuncia formal que le instauraré —esgrimió Scott a Jin.

Wilson decidió ir por la yugular al ver que Scott había señalado a Murakami que le quitara el dispositivo a la joven, la que le producía las descargas de voltios. Jin no hablaba ni alzaba la mirada del suelo. Aunque ya estaba liberada

del peligro de los voltios, no parecía estar en condiciones de hacer nada más.

Como la veía liberada de esa amenaza, aprovechó para lanzar sus dardos y enardecer a Scott.

—Encima cobarde resultaste. No sólo te vas a aliar con esta estúpida para conseguir lo que quieres, sino que me tienes atado aquí, porque sabes que si tuviera las manos libres no podrías hacer nada. Te mataría a ti, a Murakami, y...

¿y por qué no? A esa también —rio Wilson de una forma casi espeluznante.

La última estratagema de Wilson funcionó perfectamente, ya que eso

enfureció a Scott, quien, sin mediar consecuencias, se acercó a él y lo tomó del

cuello.

—¡Pero pude doblegarte! Y seré perfectamente capaz de reemplazar tu

estúpida gestión —por casi primera vez Scott ya estaba perdiendo la paciencia con Wilson. Se estaba enfureciendo. ¿Cómo era posible que ese idiota pudiera colmarle a niveles insospechados?

Pero algo que el actual secretario del Consejo de Seguridad no tomaba en cuenta es que Wilson era el mejor agente del país, dotado de un cargo de alto nivel como el que tenía no por nada, sino por su valía, así que no vio venir cuando Wilson le sonrió y de la nada hizo un movimiento feroz con la cabeza para dársela de bruces a la de Scott, quien cayó a un costado por el dolor, momento que fue aprovechado por Jin para hacer una llave de piernas a

Murakami, tomándolo por sorpresa y haciéndolo caer al suelo a pesar de su tremenda fortaleza. No tardó en inmovilizarlo.

En ese mismo momento Scott se levantó furioso del suelo, con la boca

sangrante y lo ojos inyectados de furia, listo para darle un buen golpe a Wilson, pero éste, engrillados sus brazos y piernas a la silla igual pudo esquivarlo.

Parecía algo imposible y titánico estando prisionero, pero Wilson era fuerte, su

estado físico excepcional y pudo hacerlo, aunque tuvo que detenerse cuando Scott sacó un arma y le apuntó.

Jin, que tenía inmovilizado a Murakami, abrió mucho los ojos cuando vio que Scott estaba más que dispuesto a ponerle punto final a todo ese asunto. Supo que apretaría el gatillo.

Definitivamente sería el fin. El hombre que amaba iba a ser herido frente a sus ojos y ella no podría hacer nada para evitarlo. Podría ser un desgraciado, pero justamente, porque ella tenía principios es que se resistió al plan de Scott y por eso atacó a Murakami en la confusión.

—¡NO!

El grito de la joven se ahogó con el ruido del disparo. Pero él que cayó inerte no fue Wilson, sino Scott.

—¿Pero qué rayos? —indujo Jin apenas pudiendo atajar a Murakami bajo su cuerpo.

Wilson bufó lo suficiente para dar a entender que él sí sabía lo que estaba pasando.

—Tardaron demasiado.

Ahí estaba Danvers apuntando con un arma, parado junto a Lance.

Wilson sabía que, en algún momento, esos dos agentes iban a descubrir la pista. Seguro ya se habían extrañado por la falta de comunicación y cuando fueron a la oficina y no lo encontraron, ataron cabos. De alguna forma llegaron

al Bunker.

No en vano, eran de los mejores agentes con los que contaba su agencia. En

todo este tiempo, él había intentado ganar tiempo manipulando a Scott.
Mientras

lo hacía, no sabía si sobreviviría ni le importaba, sus esfuerzos y tácticas habían estado puestas en que Jin si pudiera salir con vida. No estaban heridos, pero él

ahora estaba totalmente acalambrado y Jin aún estaba algo mareada por la descarga de voltios, y la droga que le habrían dado más temprano.

El rubio Danvers inmediatamente corrió junto al director para sacarle las cadenas con uno de sus dispositivos, en tanto Lance fue hacia Jin para sostener

al enorme matón que estaba al servicio de Scott. Wilson, en tanto no dejaba de observar el cuerpo ensangrentado de Scott.

—No le di en un punto vital, director. Ese hombre está vivo —mencionó Danvers, al tiempo que las cadenas se soltaban, causándole una sensación de calambre al director.

Ahí fue que Wilson miró a Jin que estaba masajeándose los brazos, liberada totalmente ya que Lance había tomado a Murakami.

—No pensabas irte de lado de Scott —afirmó Wilson mirándola fijamente y ya parado, sin importarle que Lance o Danvers estuvieran presentes.

Ella no le devolvió la mirada.

—Sólo estaba cumpliendo mi deber. Yo jamás le juré lealtad a un loco como ése —adujo la muchacha con voz imparcial.

Se la había jurado a *otro loco*.

Wilson la vio salir, caminando con cansancio y dificultad. Quiso ir tras ella,

necesitaba hablarle, explicarse y por sobre todas las cosas, precisaba hacerle saber que él no estaba diciendo la verdad cuando le decía a Scott que ella había

sido un juego, que la consideraba una ofrecida que no le importaba. Necesitaba y

deseaba hablarle de aquello, pero no pudo ir tras ella.

Lance y Danvers estaban allí y esperaban órdenes.

—Lleven a Scott al centro médico, estará bajo custodia. Estos dos serán acusados formalmente por traición. Hagan los preparativos —ordenó Wilson.

Los dos agentes obedecieron. Lance se llevó esposado a Murakami, y

Danvers cargó a Scott.

El resto del asunto ya era pan comido. Con testimonio de tres agentes más

el director, era seguro que serían enviados a la cárcel especial de la agencia. El consejo quedaría horrorizado ante las acciones del secretario, aunque era obvio

que no se señalaría un pequeño detalle: lo que podría existir entre el director y la agente Carter y el verdadero trasfondo de aquel enredo.

No fue difícil mantenerlo en reserva, porque cuando Scott despertó con las muñecas esposadas a una camilla de máxima seguridad, entró en pánico, e histérico, no dejó de gritar por días, siendo aplacado sólo por dosis colosales de calmantes y dentro de las siguientes semanas se le diagnosticaría un cuadro delirante de esquizofrenia, misma que llevaba años sin medicar.

Wilson tuvo que declarar ante eso, tan sorprendido como el resto, porque él

había apoyado su ascenso. Desconocía por completo ese diagnóstico, pues

siempre pensó que lo que tenía su examigo era algún tipo de epilepsia. Scott

se

había cuidado mucho de develarlo ante los demás sus ansias de poder, sofocando su locura.

Todo esto según los reportes, y al solo efecto de validar el envío sumario de

Scott Gloval a un recinto psiquiátrico de alta seguridad, controlado por la Agencia. La verdad secreta es que Gloval sí que estaba enfermo, pero no de eso,

sino de sus edemas pulmonares, no ameritaba ser enviado a un lugar como ése ni

recibir tratamiento para algo que no tenía.

Todo, por supuesto, era obra de Wilson, quien sabía perfectamente que

enviarlo a un lugar como ése, y darle medicación como ésa, sí que lo volvería loco esta vez. Esa sería su venganza por su traición. Y además con esto se aseguraba que nadie creyera sus palabras ya que el muy traidor conocía su implicancia en el asesinato del Fiscal General.

Los informes oficiales fueron firmados por él, Lance y Danvers. Nadie los

contradeciría jamás. Jin también firmó el adverso, pero ni siquiera lo leyó; ya solo deseaba no ser involucrada en aquello y además que Scott se merecía un castigo ejemplar y no existía mejor castigo que confinarlo como un

esquizofrénico. Ethan Carter leyó con interés el reporte, así que el líder de los Ninjetti tomó el asunto como una misión más en la que estuvo involucrada su hermana. A Wilson ya no le importaba. Tenía tiempo de sobra para jugar con Murakami y con Scott, una vez arreglado el asunto de cara a la galería.

Lo mejor fue que, un grupo de radicales del medio oriente, sabiendo de la

confusión que había creado el asesinato del Fiscal y sus secuaces, decidió adjudicarse el atentado como una forma de mostrar poder al mundo. Wilson alzó

una ceja ante el video que mostraba a un barbudo con una sábana enrollada sobre

la cabeza y salió de la sala de video con una sonrisa burlona. El mundo estaba loco, pero le convenía.

La que no dejaba de preocuparle era Jin.

Jin no se quedó en la base. Solo lo justo para firmar los informes y reportes, que Lance y Danvers elaboraron. Después de todo eran ciertos, ese Scott estaba

loco y merecía que lo encerraran en un agujero y arrojaran la llave en un pozo.

Al terminar pasó de largo de la oficina del director. No le daría su reporte a Wilson. No quería verlo. De ninguna manera.

Hizo algo que hace tiempo no hacía. Decidió ir junto a su hermano mayor.

Él siempre tenía las respuestas para varias cosas. Sobre Lance, de alguna forma

sentía que el director había hecho quién sabe qué y lo tenía de su lado. Además,

la avergonzaba saber que Lance podría saber su secreto. Le resultaba humillante.

Ethan estaba en la sala de oficiales cuando vio a su hermana entrar.

—Jin....

—Sólo por esta noche ¿puedo quedarme en tu casa? —preguntó de solapo la muchacha.

—Claro que puedes hacerlo —respondió el hombre, sorprendido por la petición de su hermana.

Ethan sabía que su hermana acababa de participar en una misión complicada que llevó a descubrir la traición del secretario del consejo de seguridad, pero eso era todo. No sabía que había sido secuestrada ni torturada, ni que ella pensaba que era mejor que él se quedara con la versión oficial. Intuía que su hermana estaba cansada y quería un poco del calor del hogar, un hogar que ella había dejado en pos de la independencia de su departamento. O quizá tenía ganas de hablar. Hacía bastante tiempo que había perdido la pista de los pensamientos de su hermana menor.

—Deberías volver. Tu cuarto ahora es un desván de cajas, pero podría arreglarlo si regresas —decía Ethan trayendo la comida.

Era cierto, el departamento figuraba como un lugar solitario donde lo más notorio era un escritorio repleto de documentos y expedientes que Ethan administraba.

Jin sonrió. Su hermano era un excelente cocinero, aunque cuando él le acercó el plato, la sonrisa se le desapareció. Eran fideos.

—¿Por qué esa cara? ¿Qué no te gustaba los fideos con vegetales frescos? Se ve que comer porquerías en lata te ha quitado el gusto por la comida —esgrimió Ethan, sentándose en su parte de la mesa.

Jin no respondió. ¿Por qué todo tenía que recordarle a ese bastardo de Wilson?

Finalmente habló.

—Dime Ethan, cuando era más joven y no querías que me involucrara en el

servicio ¿Cómo fue que luego me lo permitiste?

El hombre se extrañó con la seria pregunta que planteaba Jin. Era evidente que ella tenía una crisis existencial en estos momentos.

—Pues bien, me di cuenta de que eras lo suficientemente buena para algo así. Eres mi hermana, después de todo. No eres una mujer corriente como todas.

Eres especial, Jin —respondió Ethan sin tanto preámbulo, para luego enarcar una

ceja —. ¿Satisfecha con la respuesta?

Ethan era un hombre muy directo, no se iba por la tangente. Jin hubiera querido poder hablarle con libertad de otros temas, pero le avergonzaba abrirse

de lo que realmente le apenaba.

—Te lo pregunto porque en un momento dado me cuestioné mi capacidad de seguir en las fuerzas —confesó la joven.

Ethan enarcó una ceja.

—¿Tuvo que ver la reciente operación que descubrió al ex secretario del Consejo?

—Quizá —respondió dubitativa ella, y añadió enseguida—. Aún me sigo cuestionando si debo seguir dentro de las fuerzas, porque hay una situación con

la cual no sé si puedo lidiar. Sé que tengo otras habilidades y no quiero desperdiciarlas... pero no tengo la capacidad de contender con eso —dijo con algo de aprehensión y Ethan notó que se apretaba los nudillos, como si algo le

pesara.

—Tus habilidades puedes seguir usándolas en otro sitio, no sólo en tu

puesto se requieren de personas como tú, Jin —fue la respuesta de Ethan con toda practicidad.

Jin se quedó viéndolo. La cena fue deliciosa y esa noche ella quedó allí a pernoctar, pero las palabras certeras de su hermano la habían dejado pensando toda la noche. Ella era una mujer especial, hecha y creada para el servicio, como una vez le dijo Lance. Si creía que no podía seguir dando más de sí misma, por

causa de la cercanía de Wilson, debía buscar otro lugar donde podría seguir sintiéndose útil.

Cerró sus ojos ante ello. Tenía el corazón roto y era como una enfermedad

que le infectaba el cuerpo y el alma, pero no se dejaría derrotar por ello, y tampoco dejaría de hacer lo que le gustaba por causa de un hombre.

Wilson por su parte, no fue a su casa esa noche. Tuvo un día muy ocupado,

rindiendo reportes ante el Consejo, que no estuvo muy feliz de haber tenido como secretario a un loco como Scott. También estuvo haciendo trámites para ordenar la remisión del susodicho a un centro médico bajo custodia especial y al

matón de Murakami a una de las guardias especializadas mientras pensaba qué

hacer con ellos, pero eso sí. No los mataría. Se divertiría bien con ellos.

Había estado bastante ocupado y en más de un momento quiso poder llamar

a Jin, a pesar de estar seguro de que ella jamás le respondería, pero no lo hizo.

La vio firmar reportes y marcharse sin siquiera verlo. Para Wilson estaba

claro

que debían hablar, pero sus múltiples deberes se lo impidieron, aunque tenía toda la intención. Estaba muy afectado por todo lo que había pasado: Jin, la traición

mortal del que había sido su camarada y mejor amigo, el trabajo y el deber que

tenía. No eran cosas sencillas de digerir en tan pocas horas. Terminó de arrojar la colilla del cigarrillo que estaba fumando al suelo para pisarla.

El pequeño complot de Scott resultó ser la única novedad que tuvo la agencia esos días, además del descubrimiento tenebroso de que fue él quien había urdido y ejecutado una emboscada al director. Éste fue un descubrimiento

que nadie se esperaba.

Jin Carter había pedido un permiso especial para tomarse unos días, así que

Wilson no pudo localizarla, e imaginando que ella seguía molesta prefirió tomar

distancia. Ya vería el momento adecuado de poder retomar conversaciones. Jin no podría estar eternamente oculta, ya que, aunque estuviera de permiso, seguía

siendo subordinada suya.

Miró con aburrimiento la pila de expedientes que tenía que analizar esa mañana. Odiaba el trabajo administrativo. Más cuando descubrió en su agenda que tenía pactado acompañar una clase para los agentes aspirantes a enrolarse al

portaaviones que estaba anclado en aguas del Pacífico, en labores de patrullaje y autodefensa. Dependía de la Marina, pero la Agencia siempre destinaba agentes

para ese servicio, que luego pasaban a formar parte de la plantilla militar. Era un convenio que tenían ambas entidades desde hace años, fomentando la vocación

de servicio y excelencia.

Wilson se fumó tres cigarrillos antes de entrar al salón de situaciones, donde iban a clase los agentes que se habían postulado a los puestos. Cuando entró, no

prestó mucha atención en la gente presente, pero cuando tomó asiento casi fastidiosamente, se sorprendió al ver allí a una persona que no se esperaba.

Jin Carter estaba sentada en una de las sillas de los aspirantes, lista para oír la conferencia.

Por unos segundos, sus miradas se encontraron. Wilson se puso furioso al comprender que esa mujer que lo era todo para él, ni siquiera había avisado que

planeaba meterse dentro de un hoyo en el medio del mar. Jin era una piloto preparada como todos los agentes, pero nunca estuvo en combate en

portaaviones y Wilson no podía imaginársela de ese modo.

Jin decidió no volver a mirarlo. Si bien en esos días Lance le estuvo diciendo que no juzgara prematuramente al director, ella no sabía si confiar en ese juicio. Ella creía que Wilson se había ganado a Lance y logrado convencerlo

al hacerlo sentir importante al darle una misión secreta en conjunto con él para lo de Ethan.

De todas maneras, no importaba, pensaba irse a la Marina, aprovechando el

convenio de la agencia con los marines. Después de todo, ese puesto implicaba

una responsabilidad y un compromiso a largo plazo. Tampoco se engañaba con

la posibilidad de quizá no pudiese regresar jamás. Ethan apoyó a su hermana en

aquella decisión.

Por primera vez en su vida, Wilson estuvo atento a las clases y más cuando

Jin hablaba o respondía alguna pregunta de los conferencistas. Justo estaban hablando de un ejercicio de maniobra y manejo de situación en caso de bombardeo, instando a los aspirantes a exponer cuáles serían las opciones que tomarían como pilotos. Jin fue la primera en alzar la mano y responder de forma

instintiva.

—En ese momento no se piensa, se actúa. Yo atacaría con misiles para

proteger el espacio, dejando libre de maniobra al portaaviones. Aunque eso implique forzarlo desde todos los ángulos.

Wilson, que la estaba mirando desde que empezó la clase, decidió apuntar el

argumento de la joven, ya que desde hacía rato que deseaba interactuar con ella.

—¿No le parece que arriesga mucho en un avión de 40 millones de dólares, agente? —fue la réplica feroz.

Jin abrió mucho sus ojos ante ese comentario, que podría restarle varios puntos valiosos de asignación y miró fijamente al hombre. Wilson tampoco le soltó la mirada, pero Jin estaba demasiado sorprendida como para replicar algo y

más cuando el director siguió añadiendo:

—Lo que dijo la agente Carter está bien... como un claro ejemplo de lo que no debe hacerse. Los ataques sin pensar nunca han resultado y más forzando aviones a hacer algo que escapa de la línea normal de defensa. Deben pensar otras estrategias.

Jin se quedó callada, como tumba. En lo que siguió la conferencia y examinación de nivelación ya no volvió a participar. No sabía si sentirse herida o

rabiosa, y más porque Wilson no le quitaba los ojos de encima. Cuando finalmente sonó la campana que anunciaba el fin de la conferencia, Jin salió raudamente del lugar. De todos modos, no pensaba quedarse, ella todavía estaba

de permiso y además la intervención de Wilson le había dolido muchísimo.

¿Acaso ese canalla iba a quitarle la posibilidad de marcharse de allí? ¿No le bastaba con todo lo que le había quitado ya?

Su confianza, su autoestima, su alegría.

No pudo evitar que unas lágrimas traidoras le salieran del rostro, mientras tomaba impulso para correr y largarse a cualquier parte. Entonces escucho esa voz inconfundible detrás de ella.

—¡Agente, espere!

Jin no pensaba hacerle caso. Estaba demasiado ida, colérica, y apretando sus puños, emprendió la corrida con toda la fuerza del impulso que le daban sus piernas, pero Wilson estaba dispuesto a alcanzarla. Ella había desoído incluso cuando él le ordenó que se quedara, usando el poder de su rango, así que la siguió, usando el mismo recurso que ella, pero Jin era bastante veloz y ágil, porque la misma no dudó en trepar el primer muro que encontró en un callejón.

Wilson no pensaba dejarla ir. Estaba decidido. Él debía y quería hablarle, así

que decidió terminar el juego y cuando Jin entró corriendo en una zona que comunicaba con unas altísimas azoteas del edificio que había trepado, fue que logró interponerse en su camino.

Jin retrocedió unos pasos al ver la enorme figura de Wilson cortándole el paso, pero al final decidió que no se callaría.

—¡Eres un imbécil! ¿Qué es lo que quieres? ¿También truncarás mi deseo de enrolarme a la misión naval? Y para que sepas ¡no soy ninguna temeraria! ¡Cuando yo piloteo, la seguridad de mi avión y mi tripulación es lo primero!

—¡Pues tendrás que oírme! Para que sepas, mi análisis de tu técnica de vuelo era correcta —adujo Wilson mirándola fijamente, tan cerca que casi podían sentir sus propias respiraciones.

— Ah, ¿sí? ¡No me digas! —fue la réplica enardecida de ella.

—¡Claro que sí! —urdió Wilson, aunque ahí cambió su mirada desafiante, la que siempre tenía, para cambiar por otra más anhelante hacia ella y añadir —.

Pero oculté algo más. Creo que eres una gran piloto, una de las mejores... ¡pero

no podía decirlo ahí...! porque no quería que la sala completa pudiera darse cuenta que en realidad lo que me sucede... ¡es que estoy enamorado de ti!

Ya estaba. Lo dijo, y Jin, que estaba muy cerca, al oír por primera vez algo

así de él, vio su vida en común pasar frente a sus ojos en unos decisivos segundos, donde dejó de lado el debate acerca de la verdadera personalidad de Wilson ¿el brutal megalómano o el visionario director? y era éste hombre obsesionado con dominar y controlar a los demás, uno que anteponía su orgullo

por encima de todo. Ése mismo hombre le estaba dando una apasionada

declaración. Ya no pudo seguir evitando lo que su cuerpo y corazón le pedían a

gritos, y se arrojó a besarlo. Así de débil y traicionero es el cuerpo, que sacaba a la luz, lo que la lógica podría impedirle.

Y él le correspondió con toda la fuerza que tenía, aunque apretarla con todo, podría significar que le rompiera algún hueso a una mujer tan frágil como ella.

Ella no podía resistirse a Wilson y él tampoco podía resistirse a ella. Esa era la fuerza del poderoso sentimiento y deseo que sentían. Como si todas estas últimas

semanas de reproches y dolor ya no existieran o no hubieran existido.

Terminaron haciendo el amor de la manera más intensa sobre aquella

azotea. El frío suelo no les importaba, sólo les interesaba poder sentirse y estar juntos de nuevo.

Varias horas después, el viento frío y seco de la madrugada que operaba a

estas horas se había colado por todas partes, pero los amantes en el suelo, desnudos y sólo cubiertos con la chaqueta de Wilson parecían no sentirlo. Ella se acurrucaba entre sus brazos, grandes y cálidos, y él se aseguraba de poder sostenerla, en un gesto de posesión y protección. No había dejado de besarla ni

de acariciar su rostro. Sentía como si después de toda una pesadilla, por fin estuviera en casa.

—Tengo muchas cosas que decirte —susurró él.

—Lo sé —respondió ella—. Hablaremos luego, ahora... simplemente disfrutemos ¿quieres?

—Como quieras —replicó Wilson asegurándose de abrazarla más todavía, aunque sólo esperaría unos minutos más antes de levantarse, ponerse sus pantalones, y cargarla a ella, rumbo a su casa.

Quería volverle a hacer el amor, pero ya no quería hacerlo sobre el suelo.

Esa mañana fue él el primero en levantarse. Habían dormido poco pero bien. Hablaron algo en los descansos de su furia amorosa, aunque todavía faltaba mucho por limar, y Wilson en particular sentía que aún le debía muchas

explicaciones.

Estuvo a nada de perderla a ella y venía de poner en juego su preciada ética, porque recordaba cuales habían sido sus decisiones, pasando todas por encima de su deber. Todo por ella y el deseo apasionado de volverla a ver.

Necesitaba una profunda autocrítica, pero sería luego de eso. Ahora tenía decidido que la amaba.

También que quería atenderla lo mejor posible y se guió por el lado

práctico, así que se aseguró de preparar el desayuno antes de ir para la base. Ella se puso contenta al ver el detalle aquel y se lanzaron algunas sonrisas de complicidad, porque era la primera vez que sentían que no existía una mentira o

un secreto pisándole los talones.

Wilson no se esperaba lo que Jin acabó diciéndole en medio del café.

Parecía como si hubiera madurado muchos años en una sola noche.

—Quiero que sepas una cosa, yo mantengo mi deseo de marcharme a esa misión naval. Es algo que quiero hacer, ¿entiendes? Quiero seguir

probándome

en lo que creo que soy mejor, y quiero hacerlo en esa área.

Wilson hubiera querido replicarle y prohibirle todo eso, a pesar de estar en un proceso de perdón, a pesar de haber pasado recién una noche juntos, porque a

él ya le gustaba tener la fantasía prematura de que podría tenerla por siempre, pero empezaba a vislumbrar que quizá el inicio de su penitencia era dejar que se

fuera lejos de él.

Debía dejarla ir por sus propios sueños y no intentar encadenarla a un despacho para siempre, por el capricho de protegerla y tenerla cerca. Ella era una mujer con alas propias y no podía cortárselas, aunque le doliera el corazón en el proceso.

—Lo arreglaremos de alguna forma —fue todo lo que se le ocurrió decir, acariciándole el rostro como podía.

Ella no respondió, pero si cerró sus ojos ante aquel poderoso contacto.

El amor ya no era un problema, sino el deber público que ambos habían decidido echarse encima. Nadie decía que la vida y las decisiones fueran fáciles, pero ellos ya habían dado el primer decisivo paso que los llevaría juntos a algún lugar.

Cinco años después.

—Aquí Delta 05, solicitando permiso para aterrizaje —la voz metódica del piloto a la torre de control, con la voz vía *tacnet* anunciaba una llegada

—Base Prometeus a Delta 05 tiene permiso para aparcar en el hangar C — fue la respuesta del operador de la base.

Le habían otorgado el mejor hangar que tenía el poderoso portaaviones que estaba en el medio del Pacífico, en aguas internacionales. No era de menos ya que un pasajero importante venía a bordo del Delta 05. Nada menos que el director de la Agencia de Seguridad Secreta y un fuerte candidato a convertirse

en Concejal de Seguridad, según los últimos rumores, era quien venía en misión

oficial a bordo del portaaviones

El otro detalle y que le daba a esa misión oficial, un tinte personal, es que

aquel importante personaje era también la pareja de la Capitana del Portaaviones

y responsable de todo, Jin Carter.

Siguiendo el protocolo, era deber de la Capitana recibir al alto oficial, así que lo hizo en medio del hangar luego de que él bajara del avión.

—Capitana —le hizo la venia militar.

—Director —ella también se cuadró.

Una sonrisa tenue iluminó sus rostros casi secretamente. Llevaban dos semanas sin verse.

No hubo tiempo de reportes ni de misiones oficiales, ya habría lugar para eso, porque las prioridades eran otras en estos momentos, como la de besarse en

el camarote privado de la Capitana. Se habían extrañado y anhelado y no desaprovecharían la ocasión. Él la necesitaba y ella a él.

Solo cuando les faltó la respiración, se detuvieron y fue que Wilson se sentó en el sillón principal de la oficina de su mujer, palmeando sus piernas para

que

ella se sentara encima.

—Por Dios, te extrañé...—susurró la joven mujer.

—Lo sé —admitió él fanfarronamente, rodeando sus brazos por el cuerpo

de su mujer. Si bien estaban ansiosos por recuperar algo del tiempo perdido, también estaban agotados, él por el viaje y las corridas que tuvo durante el día y ella, porque ser la cabeza de un portaviones no era un juego de niños por la tamaña responsabilidad que conllevaba.

Ella recostó su cabeza en el pecho de su pareja, el único sitio donde se permitía cerrar sus ojos y bajar la guardia por entero. Al verla de esa forma nadie podría imaginar que aquella mujer menuda y locamente enamorada era alguien

de rango tan importante, que escaló al mismo a base de talento y perseverancia

tras ingresar a la Marina por convenio con la Agencia, encontrando Jin su verdadera vocación.

—¿Comemos algo? —preguntó él, casual.

—Ya almorcé con el coronel Grants, quien también está en la base. No sabía

que venías antes. Se me notificó cuando tu avión ya estaba llegando —respondió

ella acurrucándose un poco más en él.

Él frunció el ceño y Jin identificó el gesto.

—¿No me digas que te molestaste?

—Pues disculpa que no me encante que mi novia almuerce con un coronel

de pacotilla —gruñó él, rodando sus ojos ámbar.

Ella simplemente lo besó por toda respuesta. Wilson seguía siendo insufrible, no había cambiado y por eso ella lo seguía adorando con la misma fuerza.

Pero todos estos años juntos le habían enseñado a Jin Carter a domar y controlar a Wilson en cualquier estado. Habían aprendido a manejarse en su particular relación que al final no había sorprendido a nadie cuando se hizo público, ni siquiera a Ethan cuando lo supo. Wilson tuvo que aprender a darle su

lugar a ella, porque la necesitaba tanto como ella a él. Jin maduró mucho en esos años, donde él hizo lo posible para que ella pudiera dejar atrás los complicados

inicios que tuvieron. Malentendidos, peleas y fantasmas deberían de quedar en lo

profundo de la memoria y como recuerdo decrepito de lo que fueron.

Él encontró en ella el soporte que siempre buscó, la única que podría acompañarle en el complicado camino que había escogido, en medio de los deberes y obligaciones de sus respectivos cargos. Wilson no era el príncipe azul

de cuentos, ni le bajaría jamás una estrella. Era el hombre con la que tenía una

relación madura, más intensa, más adulta, que no la trataba como una frágil figura de papel, sino como la mujer que era.

Y eso estaba muy bien. Wilson volvió a besarla con más intensidad en ese momento.

Ya luego pensaría como decirle que tenía un anillo recién comprado,

guardado en el fondo de su cajón preferido del escritorio del departamento que

compartían, cuando coincidían en horarios.

Él había dicho una vez que no le gustaban las etiquetas, pero el tiempo hace cambiar a las personas. Y Luke Wilson no era la excepción.

FIN.

Otras obras de la autora:

Thriller y suspenso:

Si quieres leer de los personajes mencionados de este libro que acabas de terminar, pincha aquí más abajo.

La Mentira: Entre el amor y la obsesión

Viktoria Sterling, una ex agente del servicio secreto siempre sospechó que su pasado la perseguiría aunque se ocultare bajo las rocas.

Pero cuando un dramático suceso se suscita, con el secuestro de su hijo Björn, no tiene más remedio que acudir a la única persona que podría ser capaz de ayudarla; su ex amante Mihael, padre del niño, quien desconocía el secreto de la

filiación, y que además la odiaba y jurado matarla en cuanto la viera, por causa

de una terrible traición.

Ambos se verán obligados a enfrentar un pasado sangriento lleno de mentiras, intrigas y deseos de venganza del que podrían no salir vivos. Y donde la obsesión juega un papel importante en un tablero de juegos que los tiene como

peones.

Vive un thriller apasionante que tiene como condimento especial: un triángulo amoroso que pondrá al lector en el medio del suspenso romántico más intenso que podrían leer en mucho tiempo.

relinks.me/B074HSSFYS

Romance Paranormal:

Vidas Cruzadas:

Un ángel ha pasado por la ciudad de Ripoll.

Parece algo circunstancial cuando se cruza con Alba, una mujer atribulada y con

el corazón roto, a la que intenta ayudar desde su posición angélica, como haría

con cualquier otra alma adolorida.

Sin embargo, pronto se dará cuenta que entre él y aquella mujer, hay algo más que una simple coincidencia.

¿Puede el amor traspasar barreras del tiempo y del espacio en pos de un deseo y

una promesa?

Una conmovedora historia que entrelaza situaciones contemporáneas del Ripoll

de tiempos actuales junto con una más oscura y turbulenta del Japón de 1868, en

plena Guerra Civil.

.

.

Un drama sentimental que juega con matices esperanzadores acerca del amor más allá de la vida, la muerte, el tiempo, e incluso el espacio.

rx.me/6P84XP

Erótica:

La infidelidad de Cassandra

Cassandra tenía una vida perfecta.

Una familia y un novio que la amaba sinceramente.

Sin embargo, un día despierta, y se encuentra con que ha pasado la noche ; con

otro hombre !, que no es más que el hermano de su mejor amiga, y que representa la antítesis total a los valores de estabilidad y de una vida tranquila.

Axel es un hombre peligroso y ella no puede evitar caer ante los bajos instintos y la lujuria que él le produce.

Sin embargo ¿hasta dónde será capaz de llevar esta peligrosa aventura?

relinks.me/B06Y4TPYY9

GRACIAS POR HABER DESCARGADO ESTE EBOOK

Sobre la Autora

Paola Noguera Franco nació en Asunción del Paraguay. Es abogada y ha estudiado Licenciatura en Historia en la Universidad Nacional de Asunción.

Desde pequeña ha mostrado una voracidad por la lectura, y ha escrito desde siempre, bajo seudónimos en la web, numerosos relatos y novelas cortas.

Pero no fue sólo hasta el 2017 que decidió dejar atrás el anonimato y darse tiempo en su profesión y publicar novelas bajo su propio nombre.

Paola escribe drama, romance, *chick lit*, paranormal, eróticas, comedia, históricas.

No le teme a la pluma y al poder de la imaginación.

Es fiel creyente de que los argumentos son finitos, pero la forma de contarlas son infinitas

[1] Hajime Saitō fue el capitán de la 3ª tropa del Shinsengumi. Uno de los pocos que sobrevivieron a las guerras de la Restauración Meiji, era considerado como el capitán más poderoso de los llamados Lobos de Mibu, que era una fuerza de policía especial del último período del Shogunato en Japón.

[2] Personaje femenino principal de La Mentira, era una ex agente que había trabajado con Wilson y a quien el director manipuló en su momento, por lo que acabó renunciando.

[3] Personaje masculino principal de La Mentira, un ex asesino al servicio del gobierno y otrora amante de Viktoria Sterling.

[4] Englobe de artes marciales chinas y japonesas, sin usar armas de mano.

[5] Colton Benedictis, así como Laarson Refilsson son personajes principales aparecidos en La Mentira, que fungieron de antagonistas en la misma y contra quienes Jin se vio obligada a combatir. Resultó gravemente herida y abandonó la misión. Misma misión que le fuera ordenada por Luke Wilson.

Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo final](#)
- [Sobre la Autora](#)